

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

---

*Nada humano me es ajeno*

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN Creación Literaria

**Fratricidio en la literatura: Un traje negro, obra literaria con poética**

TRABAJO RECEPCIONAL. OBRA CREATIVA CON POÉTICA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

**LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA**

PRESENTA

**Gustavo Adolfo Martínez Sáenz**

Directora del Trabajo recepcional. Obra creativa con poética

**Dra. Ma. del Carmen Teresa Ros Aguirre**

Ciudad de México, marzo 2025.

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

### DERECHOS RESERVADOS<sup>©</sup>

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.



A ti, siempre a ti, por ser, ayer, hoy y para la eternidad, la luz que me indica el camino. La  
divina coincidencia que me cambió la vida.

A Miguel Ángel, por hacer de mi vida un edén.



Gracias:

A Carmen Ros, porque tú me revelaste las evidencias de que escribir novela es una de las armas más efectivas para afrontar el dolor de vivir, me entregaste las herramientas y me mostraste el camino espinoso de la escritura. Al transitarlo aprendí a amar el género de la novela y creer en mi capacidad para desarrollarlo. Gracias por ser una guía invaluable en este proceso con el que culmina una de las más bellas etapas.

A Karla Montalvo, por tus enseñanzas, tu disciplina, tu entusiasmo, tu talento, que son muy valiosos para encontrar el norte y trazar la mejor ruta. Tus consejos han sido y son un faro para orientarme en este mar que es el proceso creativo.

A María Emilia Chávez, por tu inteligencia tu entendimiento, tu clarividencia, que son estímulo e inspiración; por todo lo aprendido; por tu valioso juicio, y tu pasión por la literatura.

A Rosina Conde, por tu amistad, tu cariño, tu apoyo, tus invaluable consejos y por todo ese conocimiento que me has transmitido, del que estoy tan orgulloso.

A Teresa Dey, por tu generosidad, tu entrega, tu bondad, tu compromiso y tu saber, que fueron punta de lanza en mi formación académica.

A Elsa Fujigaki, Hugo Hiriart, Xhevdet Bajraj, Alejandra Sánchez, Iliana Rodríguez por todo lo recibido de ustedes a manos llenas.

A mis compañeros y compañeras. Fueron —algunos lo siguen siendo— una parte muy importante de mi evolución. Encontrarme con gente tan talentos y creativa siempre es un aliciente.

A todos aquellos que me han acompañado en esta aventura.

## Índice

Novela: Un traje negro .....	9
Fratricidio en la literatura: Un traje negro, obra literaria con poética .....	151
Introducción.....	151
Una poética para <i>Un traje negro</i> .....	151
Justificación.....	153
Sinopsis.....	154
Marco teórico.....	155
¿Qué es el fratricidio?.....	155
Símbolo y Mito.....	159
El fratricidio en la historia.....	162
Mitos de origen sobre el fratricidio .....	164
El fratricidio en las religiones monoteístas .....	167
Marco Creativo.....	176
El báratro es aquí y ahora .....	176
La estirpe de mi novela.....	178
Cómo escribí <i>Un traje negro</i> .....	183
¿Cuál fue el impacto de este trabajo en mi novela <i>Un traje negro</i> ?.....	185
Conclusiones.....	194
Referencias .....	197



# **Un traje negro**

**Gustavo Sáenz**

Novela: Un traje negro



## **Un traje negro**

“Qué injusta, qué maldita, qué cabrona la muerte  
que no nos mata a nosotros sino a los que amamos.”

—Carlos Fuentes



## **PARTE UNO**

### **El último verano**

Siempre hay un momento en la infancia cuando la puerta se abre y deja entrar  
al futuro.

—Graham Greene

## Destrozado

ESA MAÑANA VENADO Y YO CUMPLIRÍAMOS, POR FIN, DIEZ AÑOS; Venado era mi hermano gemelo. Ambos habíamos estado esperando el momento porque nos parecía una edad importantísima — cosas de niños—, pero solo yo los cumplí. En lugar de festejar mi cumpleaños, fingía tristeza y controlaba mi ira, mientras escuchaba la voz de mi primo Andrés arrastrándose en el piso de tierra, perdiéndose entre el silencio que prevalecía en la hacienda —hasta las gallinas se guardaban sus cacareos—; sus palabras competían contra el aparente sosiego y la mirada dura, colérica, de mi madre y los lamentos de sus hermanas.

La paja apilada en la entrada del granero formaba un montículo como ladera de montaña. Parecía haber perdido su brillo habitual. Los caballos mordisqueaban los restos de forraje, golpeaban sus cascos, golpeaban, nerviosos, las puertas de las caballerizas y hacían sonar las cadenas de los ronzales diluyendo un poco el silencio.

Yo pretendía poner atención a las palabras de Andrés, que treparon al techo del granero y cayeron con más fuerza que al salir de su boca: *¡Lo dejaron irreconocible! El cráneo destrozado, había una roca grande y ensangrentada a su lado. Con esa le partieron la cabeza.*

Apenas lo oía, en realidad pensaba en el momento en que decidí seguir a Gabriel, la noche anterior, y en lo que este y Chángeles hacían y en no sé qué tantas cosas más para no escucharlo. Pero era imposible.

Mi abuelo miraba en dirección a Yahuarato. Mi abuela lloraba en silencio.

Imaginé la voz de Andrés diluirse en el agua del grifo abierto. Seguí oyéndolo, no había manera de ignorar sus palabras:

—Su cuerpo tenía decenas de cuchilladas, Pablo —me dijo—, todo tasajeado, seguía igualito a ti, pero hecho pedazos. Te miro y vuelvo a mirarlo a él. A él, pero todo roto, todo deshilachado el pobrecito. Un despojo.

—¿Fue con el cuchillo de Gabriel?

—Creo que sí era, no lo sé, no lo puedo asegurar, no lo sé. Le quemaron todo el cuerpo con cigarros. Tenía unas marcas horribles en los ojos. Creo que se los sacaron. Alcancé a ver la marca de los cigarros: *Delicados con filtro.*

La voz de mi tía Marilina se elevó, interrumpió a Andrés para pedirle que se tranquilizara: *bebe un poco de agua, le dijo, cálmate.*

—No puedo calmarme, tú no tuviste que mirarlo. A ti no te pidieron reconocerlo. Fui yo quien escuchó los gritos de aquellos niños: *¡Un muerto... un muerto!* A ti no te tironeaba el corazón

a cada paso hacia el Venadito. No fue tu deber aguantar el dolor para poder identificarlo, tirado sobre un charco de sangre. Estaba despedazado. Tenía los brazos abiertos, como Cristo, como pidiendo un último abrazo. Quise morir ahí mismo para no pasar por ello. A ti, a ninguno de ustedes, los interrogaron hasta el hastío, no los miraron con sospecha por la cantidad de San Isidro que hay ahí, al pie del ídolo. Crecen solos, todos lo sabemos, no tenían que presionarme de esa manera. A ustedes no les examinaron las pupilas con insistencia, queriendo encontrar en ellas algo que no había. No les tocaron todo el cuerpo, no les hurgaron entre las nalgas, no les apretaron los huevos para sacarles información que desconocen. A ustedes no. Así que no me pidas que me calme, Marilina.

## 2

YO YA NO QUERÍA ESCUCHAR MÁS, deseé salir corriendo de ahí, pero tenía las patas aturrulladas. La rabia me cimbró las sienes, oscureció mis pensamientos. La infancia se me escapó del cuerpo aquel día. Marilina guardó silencio, apenas parpadeaba. Mi primo Jorge·Emilio se acercó y me abrazó muy fuerte; estoy seguro de que percibió mi vacilación y tuvo la necesidad de detenerme y consolarme. Siempre lo hace. Aunque, a partir de ese día ya nada me confortaría. *Llora, Pablo*, me dijo, mientras él mismo estaba todo aturdido, los ojos muy redondos, sus manos como garras en mi espalda.

*Lo dejaron hecho un despojo, al Venadito. No pueden imaginar lo crueles que fueron con él, no dejaba de repetir Andrés. La voz de mi abuelo se dejó escuchar para preguntar: ¿Lo dejaron?, ¿quiénes?, ¿los agarraron?*

—¡Los que lo hayan hecho! ¡Yo no sé si fueron muchos o solo uno! ¡Yo no sé nada, carajo!

Cuando el rostro de mi madre se endureció más y, diez segundos después, se relajó; cuando las dos únicas lágrimas que derramó se secaron; cuando aflojó los puños de sus manos; cuando, finalmente, dijo *No siento nada* y enredó su cabello suelto en un chongo, y casi perdió el equilibrio, pude, por fin, ignorarla por completo y poner atención a las palabras de mi primo: *Lo torturaron peor que a una bestia en matadero, le arrancaron las uñas, lo molieron a golpes, le pegaron tanto que... tanto como si... fue muy difícil reconocerlo. Los paramédicos dijeron que tenía costillas rotas y que... tenía todo el cuerpo quemado con cigarros... no puedo imaginar la razón de...*

Marilina le pidió a Andrés que ya no dijera nada más y que se fuera con sus padres a descansar: *Yo me quedo aquí a ocuparme del resto, como siempre* —le dijo—. Pero Andrés ya no escuchaba a nadie, solo siguió hablando: *los paramédicos dijeron que lo lastimaron mucho, que estuvo vivo casi todo el tiempo. ¡Lo destrozaron los hijos de la chingada! ¡Lo golpeó y lo castró! Partió en pedazos al Venadito estando vivo ¡Hijo de su chingada madre! ¡Mi pequeño! Tuve que ver su carita toda quemada Le rompió la cabeza Lo acuchilló Era un niño Le metió las verijas en la boca y lo colgó junto al ídolo ¡Hijo de tu puta madre! ¿Por qué lo hiciste? Hijo de tu puta pinche culera madre.*

Me solté del abrazo de Jorge·Emilio. Lo que yo quería era huir, correr lejos hasta estallar. Alejarme del enorme cadáver que representaba ahora mi hermano gemelo. Caminé unos pasos, dirigiendo mi mirada hacia la plantación de limoneros. Cerré los ojos y pensé en Venado y pensé en Gabriel. Lo voy a matar, dije con voz bajita.

Saqué de la bolsa de mi pantalón un regalo de cumpleaños para Bernardo y lo arrojé al pozo de agua con el alma entristecida para siempre, las lágrimas borboriteándome en el corazón. Posado en el brocal estaba un pajarillo que no logró escapar antes de que lo atrapara.

### 3

ERA UN PEQUEÑO GORRIÓN GRIS Y CANELA que se debatía por liberarse de las manos de mi hijo Pablo. El triste pajarillo estaba descontento con su circunstancia de gorrión. No podía comprenderla. Sufría. Aspiraba ser un águila, ser, quizá, un halcón. No, ser águila. Ser un relámpago. Ser grito ensordecedor. Ser trueno. Comer lagartijas y ratones robados al campo, pero águila, engullir, incluso, gorriones que se quedaron siendo gorrión. Piar águila. Sabía que perdería su identidad de pájaro vivaracho y curioso. Experimentaba, este pajarito, una mezcla de orgullo y modestia. Sufría. Estaba bien dispuesto a perder la identidad, sí, pero extraviarla en pleno y majestuoso vuelo, en un griterío singular y ostentoso.

Así transcurría su sobria vida de gorrión, alisando sus plumas pequeñitas mientras soñaba con la grandiosidad del ave de presa.

Con los años, el gorrión se fue resignando a la identidad que le tocó en suerte y su último aliento lo hubiese hallado taciturno, pero en paz, de no haberle tocado antes escuchar un comentario acerca de la presencia de un hermoso gorrión en el exacto momento de la muerte de Bernardo. *Seguro que acudió por el alma del niño asesinado para llevarla ante Dios*, escuchó decir. Perturbadísimo quedó. De inmediato sanó de sus viejos delirios, de su obsesión por la

grandeza. Fue una lástima darse cuenta de su importancia de gorrión tan poco tiempo antes de escuchar crujir sus huesos.

4

PESABA UNOS TREINTA GRAMOS. Robusto. Patas cortas. Tenía una mancha negra que le cubría el pecho y se extendía hacia sus alas, diluyéndose un poco en las puntas. Acaricié su pico fuerte. Besé sus ojos y luego lo apreté hasta que sus frágiles huesos crujieron entre mis manos mientras repetía: Lo voy a matar, a ese hijo de la chingada lo voy a matar. Lo voy a matar al cabrón.

## **Rotos**

HABÍAN PASADO SOLO TRES MESES DESDE LA MUERTE DE BERNARDO y mi familia ya estaba completamente rota, el único compañero de mi hijo Pablo era, como siempre, Jorge·Emilio. Seguíamos en la casa de mis padres, yo necesitaba la compañía de Marilina, mi hermana más querida. Estaba incrustada en este valle, antaño luminoso, al que ahora cubre una sombra que absorbe la luz y lo entristece. Cierta mañana, una presencia que parecía provenir del fondo del lago de Pátzcuaro, como un fantasma que emerge y llena el aire de pesadumbre, anidó en mi corazón. Era, quizá, el espíritu de Bernardo, quien el día de su velorio se robó el aire de esta casa con su respiración de muerto, enrareciéndolo. Había pasado varios días encerrada en mi habitación, atolondrada por el dolor, sin prender las luces, sin abrir las cortinas, sin tocar apenas la comida que me llevaban, hasta que esa mañana decidí salir a regar los rododendros que yo misma traje de Tucumán y que daban a mi ventanal. Más tarde corté rosas para la tumba de Bernardo, tomé un largo baño con sales aromáticas, cepillé mi cabello bajo el delgadísimo brillo del sol, entré a la casa, acaricié el pelo de Pablo, lo estreché en un abrazo que tenía que ser eterno, aunque con la

desazón que me habitaba desde la partida de mis hijos. Le besé la mejilla y volví a encerrarme. No crucé palabra alguna con nadie.

A media tarde mi pequeñín quiso saber si yo sentía la misma nostalgia que él. Llamó a mi puerta y, al no obtener respuesta, entró para descubrir lo que terminó de estropearle la vida. No es nada fácil, estoy convencida, acudir a tu madre en busca de consuelo y, en vez de cobijo, hallarla balanceándose, colgada del cuello al tragaluz.

Dos días después, mi hermano Rogelio se los llevó definitivamente, a él y a Jorge·Emilio, a su casa en la Ciudad de México.

## Disuelta

EL CORAZÓN SE LE DESBORDA A CADA PASO. La habitación está empapada con el aire de la muerta. Un calor pegajoso anega la atmósfera. Se le puede palpar como aceite de almendras. Ahí está el dormitorio de su madre: muebles polvorientos, sillas empapadas de olvido, vasos manchados de vino tinto, volteados sobre el tocador. Una lámpara con pantalla bordada a mano. Un cuaderno forrado con tela sobre el buró.

La vislumbra de golpe, balanceándose, oliendo a rosas añejas. Cuando la aparición estira los brazos hacia él, Pablo se resigna a padecer la omnipresencia de la muerta. De pronto se olvidó de que su madre es un cuerpo inerte en un ataúd, abrazado por las raíces del árbol que creció de su boca para no dejarla ir y que sus hijos tuvieran siempre un lugar en dónde hallarla. Lo olvidó porque la mira frente a sí, con el cabello suelto, como solía llevarlo en los años felices. Sobre su oreja derecha un rododendro. Un mechón castaño sobre la frente amplia y abombada. Los grises ojos relumbrantes. Su pequeña nariz parece más afilada de lo que él recuerda, sobresale entre la fineza de los pómulos. Olvidó que era un cadáver porque su sonrisa le acaricia en medio del dolor.

Una cara purísima se revela ante él, el mentón orgulloso sobre su cuello de cisne. *Es mamá*, se dice, los dedos de las manos permanecen estirados y unidos en las puntas, como cuando era un cadáver en un féretro. Sus uñas de superficie curva están moradas. Él mira a todos lados, con el corazón en un puño. Ella lleva el vestido de lino crudo, con cuello y puños de encaje, de aquella tarde. Huele a gardenias y canela y rosas viejas. Su rostro tiene un tono verde-violáceo. *Es mamá*, repite, *Es mamá*.

## 2

SOLO AHORA, QUE HAN PASADO NUEVE AÑOS, ahora que regresa a la casa y a esta alcoba, comprende su decisión. Se preguntó tantas cosas en ese tiempo absurdo, en esos años como nubes. Ahora está aquí, sin apenas cruzar la puerta, intentando retener la mirada de su madre en esa habitación que el abuelo hizo clausurar porque estaba convencido de que jamás iba a dejar de oler a muerte. A él le parece que el olor que despide el cuarto se parece más a la tristeza, huele a tristeza y naftalina, como un abrigo que ha estado guardado mucho tiempo en un armario. Siente una presión en el pecho. Le dan unas ganas inmensas de marcharse. Se queda. Entra, al fin.

## 3

TE BALANCEAS SUAVEMENTE, LÁNGUIDA, COLGADA DEL TRAGALUZ, tu cuello atado a un lazo trenzado.

—Acércate, hijito mío.

—Madre, hace muchos años ya —parecen una eternidad— que te fuiste. Hace demasiado tiempo que te disolviste en el viento. Cuánto vacío hay ahora en este espacio, sin las notas de tu piano, sin tu voz. El vacío también se quedó en tus libros y tus cuadernos, llenos de motas de polvo: este sitio repleto de tu recuerdo, que guarda cicatrices y lamentos, sollozos lanzados al aire para que bajen por la escalera hasta el salón y la cocina, se impregnen en los muebles, salgan al jardín y se incrusten en el ánimo de todos, con desencuentros que cada día comienzan pero que jamás logran concluir. En esta alcoba, y en mi alma, está tu presencia eterna, pero el eco del silencio, contradictorio, me afirma que ya no estás más a mi lado y yo he tenido que aprender a querer menos desde tu partida. Tengo el recuerdo de tus cabellos oscuros, tus ojos grises, grandes y almendrados; puedo aún recordar tu sonrisa forzada por la nostalgia, pero no consigo evocar tu risa; dice Julieta que la perdiste el día que Venado murió. Aunque no recuerde tu risa, tu imagen me vibra en el lado izquierdo del pecho.

A veces me despierto por la noche y busco tu presencia en mi habitación. Entonces lloro, porque no estás conmigo. Antes de que tío Rogelio nos llevara a mi primo y a mí, me robé de esta habitación tu libro preferido y lo llevé conmigo; lo leo cuando más te necesito, por si alguna tarde tu espíritu vagabundo llega hasta sus páginas y decide hablarme en sus letras. Lo he leído docenas de veces, pero me has dejado a la deriva.

—Jamás.

—Lo hiciste.

»¿En dónde han quedado los lazos trenzados, con los que atabas las cortinas y dejabas las cortinas desnudas, para respirar el aire del jardín las mañanas en que amanecías menos melancólica que de costumbre? ¡Cuánto vacío hay aquí! ¡Sin tu voz! Los retratos guardados.

—Rescátalos.

—Ahí está la escalerilla que utilizabas para alcanzar los entrepaños más altos de tus libreros, en los que colocabas tus libros frágiles y las fotos de papá; creía que la habían desechado. En ella te subiste, también, para alcanzar el tragaluz. Tengo el recuerdo del brillo de tus ojos, que resplandecían únicamente cuando brotaban de ellos las lágrimas de los recuerdos. Aunque tengo memoria, también, de ojos repletos de felicidad, durante los primeros meses, cuando nos tomabas a Venado y a mí, uno en cada brazo, y decías a papá: míralos, son tan lindos. ¿Dónde está el lazo trenzado que tomaste antes de subir por los peldaños de la escalerilla? ¿Habrás mirado los rododendros mientras morías? Tenías las cortinas corridas esa mañana, qué curioso, a pesar de tu abatimiento. Lograste engañarnos a la perfección.

—En efecto, nadie se percató de las cortinas abiertas, ni siquiera Rogelio, mi querido hermano, cuando te arrancó del suelo y te sacó de aquí.

—Estoy comenzando a recordar cómo se escuchaba tu voz.

—No la recuerdas, la estás escuchando. Yo estoy aquí, siempre.

—¿Te acuerdas del orquidario? Era uno de tus sitios favoritos. Iré mañana a pasar unas horas antes de regresar a la ciudad. Quise venir a despedirme de ti y de los tuyos, que ya no son los míos, antes de dedicar todas mis fuerzas a mi propósito principal: comienzo a hacerme un

hombre y no he logrado encontrar a Gabriel. Parezco alegre, pero no soy feliz, no disfruto la vida, no puedo hacerlo, ni quiero. Aquí está el lazo trenzado.

—Déjalo.

—Me lo llevaré. Vine a despedirme y a llevarme este lazo.

—Deja el lazo y lleva los retratos.

—¿De qué sirven los retratos? Papá nunca volvió y tía Marilina se despidió hace mucho. Se disparó.

—Lo sé muy bien: su corazón estaba urgido del abrazo que pude darle segundos después.

—Julieta ya no vive con los abuelos, ni siquiera en Tzintzuntzan, se le fue el manubrio, pobre. El desconsuelo de tu partida y la de Marilina la atavió con el vestido del dolor —palabras del abuelo— y fue llevada al loquero, en Morelia, que es adonde ahora vive. Leonardo, su eterno enamorado, se quedó para vestir santos y suspirar por ella. Ella ya no lee, ni habla. Lo último que dijo fue: *la discordia que habita en esta familia logró romperme por completo y me dejó con menos fuerza que nadie, con más dolor que a todos y sin ningún derrotero*. Palabras raras en boca de Julieta. Las habrá aprendido de memoria.

—Son palabras que definen bien su naturaleza. Fue especialmente sensible desde su nacimiento. Tuvo que dormir sentada durante casi dos años porque, si la acostaban, se asfixiaba con su propio vómito; tenía un problema en el píloro. Mi madre se exasperaba tanto que teníamos que ayudar a cuidarla casi todo el tiempo.

—¿Por qué no bajas de ahí? No tolero el balanceo.

—No puedo. No es mi decisión.

—Creí que no estarías más aquí, que te habías ido en busca de Venado.

—Es mi destino morar este sitio; sin embargo, los observo a todos. Me diluyo en el viento para poder buscarlos y cuidarlos, pero siempre debo volver. También ustedes vienen, hete hoy aquí.

—Tengo el lazo y me he despedido. Me voy para no volver.

—¿A que viniste, en realidad?

—No podrías decirme lo que deseo saber.

—Quizá.

—No lo creo.

—Prueba.

—¿Sabes quién mató a Venado?

—Lo sabes muy bien, lo supiste desde el primer momento. Lo supimos todos, por eso se fue.

## 4

EL CUERPO OSCILANTE DE MI MADRE emanó un penetrante tufo durante unos segundos, tras los cuales el golpe de pestilencia se dispersó en la oscuridad dejando en la habitación un tenue olor a vinagre balsámico.

Mi madre me pide que preste atención un momento y su fantasma se diluye con suavidad, sin esfumarse del todo, para dar paso a una pequeña figura que apenas se percibe, en un rincón oscuro de la alcoba. Reconozco la silueta, que me inunda los ojos, pero no se muestra por completo. Se me atora en la garganta, obligándome a huir de su nombre. Mi corazón tiene un tamborileo que se vuelve chocante, no puedo dominarlo, se rebela. La cabeza me da vueltas, mi corazón no deja de gritar, mi piel se enfría a cada segundo transcurrido. La silueta tiene el color de los sueños y es, inequívocamente, la de mi hermano Venado. Me habla con una voz de muy hondo desaliento, pero con mucha ternura.

*Del ramaje cae, como de una herida, el pálido rocío,*

*cae y cae, como la sangre.*

*Del vacío engañoso del espejo*

*se levanta lentamente, como lo hacía lo indefinido*

*desde el espanto y la oscuridad un rostro: ¡Cáin!<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> Fragmento de *El Espanto*, Georg Trakl.

Eso fue todo: la silueta de Venado se fundió con la oscuridad. no logré verlo ni escucharlo más.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté a mi madre, nuevamente visible— ¿Adónde se fue?

—Venado te quiso mucho.

La afirmación irrumpió en mí como un golpe sordo. Su figura parpadeó por un instante y comenzó a fundirse en la penumbra.

—Mamá, ¿puedo quedarme contigo para siempre?

—No, para siempre no.

—¿Por qué?

—Vamos, vete ya.

—Mamá, mamá, ¡no te vayas!

Intento alcanzarla, pero, tragada por las arenas movedizas de la alucinación, la veo alejarse, difuminarse entre la bruma, desaparecer. Quiero gritar, pero mi mandíbula se ha vuelto de niebla. Todo es bruma a mi alrededor.

Gabriel. Debo encontrar a Gabriel.

## **PARTE DOS**

### **Ese lugar**

Es una estupidez perder el presente solo por el miedo de no llegar a ganar el futuro.

—José Saramago

PABLO NO VUELVE a la casa de mis padres. Atormentado por el pasado, solo piensa en encontrar a Gabriel. El destino abusa de él de tal manera que Jorge·Emilio decide internarlo en un hospital psiquiátrico en la búsqueda de un poco de paz para su primo. *Es solo por unos días*, le dice, *yo me voy a quedar aquí contigo*. Pablo no aguanta el encierro. El doctor Mercado, dueño de ese lugar y amigo de la infancia de Luciano —mi esposo, padre de mis hijos— promete que algo hará para que se serene un poco. Al no conseguirlo, en medio de la desesperación que le provoca ver en ese estado al hijo de su querido amigo, ordena una terapia de electrochoques. Cuando veo a Pablo en aquella fría mesa, amarrado de pies y manos, amordazado, la frente afianzada con un cinto de cuero para inmovilizar su cabeza, quiero gritar un ¡Dejen en paz a mi hijo! Pero apenas logro soltar un inaudible ¡Válgame Dios!

Está dos días semiinconsciente y luego lo mantienen tranquilo a base de sedantes y estabilizadores del ánimo. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

### Como el hueso de los aguacates

MI PRIMO SABE, Y MUY BIEN, QUE DEBE HACER UN ESFUERZO como parte de su recuperación, pero le encabrona estar en el loquero. Extraña las reuniones con sus amigos. *Sí, tienes razón, son un pinche desmadre, pero, aunque no lo creas, me ayudan a continuar viviendo con más eficacia que todos los chochos que me dan aquí.* Me dice. Me repite que extraña los fines de semana porque *¡Eran fenomenales!* Eso es cierto. Casi siempre lo acompaño y, la verdad, sí me gusta esa onda. También le preocupa que sus negocios se vayan la chingada por no poder atenderlos; pero eso no es así, sabe bien que no va a ocurrir. De todas maneras, casi nunca vamos a la plantación, no se va a volver jodido por estar encerrado un ratito aquí. Nada de lo que dice tiene sentido. Jodido yo que, si no tuviera su apoyo, ni en qué caerme muerto, ni motivos para vivir. Tampoco debería ser una tragedia hacer unas cuantas cosas para ocuparse, aunque no le gusten, pues para no desesperarse tanto, chingá. Hay reglas que deben cumplirse, es parte de su recuperación. Al menos puede pasársela leyendo en su habitación, pero dice Mercado que debe socializar más. Hay que hacer lo que hay que hacer. ¿Cuánto ganas tú como enfermero de este instituto, Domingo?

¿Cuántas horas diarias trabajas? Tengo que pedirte algo, pero después porque creo que Pablo ya terminó de bañarse, hace rato que ya no escucho la regadera. Voy a ver.

## 2

—¿YA ESTÁS LISTO Pablo?, voy a entrar.

—Tus palabras se me clavan en medio del alma, Jorge·Emilio, como los huesos de los aguacates; en medio, como la sangre que me arde en el pecho; en medio, como el lenguaje. ¿Cómo que lo que digo no tiene sentido? ¡Por estas cosas me siento un bicho raro aquí! ¡Por estas cosas más que por cualquier otra! Todos me tratan como demente. Dile a Mercado que me recete la farmacia entera, prometo ser tan disciplinado como ninguno y hasta prometo no beber nada de alcohol. De todas maneras, aquí no puedo hacerlo y, si he soportado todos estos días, ya probé que puedo.

—Unos cuantos días no son como para decir que puedes estar sin chupar, estás acostumbrado a embriagarte casi a diario.

—La última vez que bebí hasta no saber de mí fue cuando me reencontré con Soledad y conocí al Gato. Se quedaron muchos días conmigo, ya no recuerdo cuántos fueron, pero serían como diez. Consumí sustancias que no imaginé probar. Pero esa fue la última vez. Ya te conté. Lo recuerdo muy bien. Por tu cara supongo que no te acuerdas, pero ¿para qué contártelo de nuevo? Solo que no me creas y, en tal caso, tampoco vale la pena el esfuerzo. ¿Para qué evocar todo aquello? Nunca volví a ver a Sarita.

—Cuéntame. Sí me acuerdo, pero más o menos. Te hará bien decirlo de nuevo.

—Bueno... no sé.

—Anda. Te abrazo mientras me cuentas. Ven. Cuéntame qué ocurrió.

—No, primo, mejor otro día.

—Anda, te hará sentir mejor si lo sacas. Solo imagina que estás ahí y cuéntame.

—Bueno, pues. Estaba en El Zafiro. Muy triste. Me senté en un rincón, ignorando a todo el mundo, pero la Nacha se acercó. Siempre que me ve, se me encima, esa puta algo trae conmigo. Dice el Busca que está enamorada de mí, pero no, yo creo que no. El Morocho decía que está enculada, pero tampoco, ya es mucho, ya se le hubiera pasado, esa trae otra cosa.

Un par de lágrimas escurrieron de los ojos de mi primo y guardó silencio. Se alejó hacia una ventana que no puede abrirse y se perdió en sus recuerdos. Luego de unos minutos, ante mi llamada de atención, habló de nuevo.

—Sí, me quedé callado, pensando, ¿verdad? Bueno, pues estaba tirando la tristeza y bebía, cuando se me unió Nacha. La dejé, le invité de mi botella, luego quiso bailar y, aunque al principio me negué, al ratito ya estábamos cachete con cachete. Para cuando me di cuenta, el Morocho bailaba con nosotros. Nacha se veía medio encabronada. A mí no me caía bien el Morocho, pero, por molestar a Nacha, dejé que se quedara y hasta nos besamos los tres.

»En uno de esos besos, el maricón me pasó algo, una pastilla, me dijo que no la tragara, que la disolviera en la boca, le hice caso, ni siquiera sé por qué. Al ratito ya me estaba manoseando por todos lados, hasta me desabrochó dos botones del pantalón, pero no el cinturón. Nacha hizo

como que no se dio cuenta, pero estaba molesta. Ella pidió más alcohol, pero ya no bebió, me sirvió un trago tras otro. El Morocho me besaba a cada rato, aunque yo lo empujaba, pero ya no tenía muchas fuerzas, ya estaba muy borracho.

»Lo siguiente que recuerdo fue despertar en mi cama. Sonaba el celular y yo quise ignorarlo, aunque ya no me pude dormir de nuevo. Estaba sudoroso y como embotado. No respondí, pero revisé. Tenía docenas de mensajes en el WhatsApp y muchas llamadas perdidas. Repiqueteó de nuevo, era un número desconocido.

»Sí respondí, Jorge. Era Sarita, pidiendo ayuda, dijo que estaba en Bellas Artes, al pie de la ventana que da al Jardín de las Rosas. La llamada se cortó y mi mente seguía embotada, pero la adrenalina recorrió mi cuerpo y me levanté de un salto. Me puse encima una camiseta y un short que uso para correr y que boté como una semana antes en el piso, me calcé un par de tenis y salí a toda prisa. Creo que ni siquiera me acordé de cerrar bien la casa. Estaba aterrado, primo, como aquella mañana, en Tzintzuntzan, la mañana de Venado. Sabía que algo terrible estaba sucediendo, pero no podía pensar bien.

Pablo se queda en silencio otra vez, como escarbando en la memoria, no lo presioné para que continuara, su respiración se agitaba por momentos, cuando se tranquilizó un poco, continuó:

—Me dolía la cabeza. No, no me dolía la cabeza, solo era confusión. Pasé por el mercado de dulces y tuve que empujar a los turistas que entraban y salían. No me dejaban pasar. Hubo uno al que no pude hacer a un lado, no era un turista, era el Morocho. Después recordé que me lo cogí la noche anterior en el callejón que está detrás del Zafiro. Me miró de arriba abajo mientras se mojaba y mordía los labios y murmuraba que me veía mucho mejor a la luz del día y en short.

Tuve ganas de golpearlo, pero no pude, estaba sofocado a pesar de que corro, bueno, corría, casi todos los días.

Pablo se zafa de mi abrazo, se levanta y se mete al baño. Creo que es para hacer tiempo, parece perturbado. Cuando regresa, me dice:

—Ya no quiero seguir hablando de esto. ¿Cuándo me vas a sacar de este pinche lugar? Tú sabes muy bien que puedo estar en casa, llevo muchos años luchando contra la puta angustia y la puta soledad; con el tiempo en Tzintzuntzan, el tiempo en Tucumán, el tiempo en esta ciudad de México que asfixia como el nudo de la horca de mi madre, el tiempo viejo de los abuelos, con las mentiras —que me mienten a diario—, ya llévame de aquí, por favor.

—Por ahora no te debes ir.

—La lucha por no imitar a Marilina, o a mi madre, la tengo ganada desde hace muchos años, primo. Primero tengo que encontrar a Gabriel. Si estoy aquí no puedo hallarlo.

—¿Qué más ocurrió?

—La mirada del Morocho era de deseo, pero de desprecio también.

»Dile a Mercado que me deje salir y seguir mi tratamiento como paciente externo.

—¿Qué más pasó?

—Dile a Mercado que yo puedo hacerlo.

—Sígueme contando, cabrón.

—Quise besarlo, al Morocho, como horas antes, pero también golpearlo. Quería penetrarlo de nuevo, pero esta vez hasta partirlo para que no me mirara así. Yo sudaba mucho, mi camiseta estaba empapada. Lo empujé y eché a correr de nuevo. Llegué a Madero, di vuelta en Abasolo y, por fin, llegué a la facultad. Estaba cerrada. Avancé hasta el Jardín de las Rosas. Había una gran multitud, mi sudor aumentó. Me precipité hacia el gentío...

—¿Qué ocurrió después?

—Ya sabes lo que pasó después.

—Cuéntame de nuevo.

—Me estiré para ver si localizaba a Sarita; pude ver a una mujer con el rostro desencajado, con una mirada que reflejaba un extraño terror y luego, finalmente, a mi novia, mi Sarita. La mujer gritaba, Sarita lloraba. Intenté acercarme, di codazos a la gente, los empujé. Un policía me detuvo y me dijo que no podía pasar, que se estaba haciendo mucho argüende. Me ordenó, ¡a mí!, que me retirara. No comprendía que yo debía pasar. Me zafé del apretón del policía y logré llegar hasta ellas. La mujer atenazaba con la mano izquierda la blusa de mi Sarita y con la derecha sostenía una pistola dentro de su boca. Le grité que la soltara, pero solo sonrió y disparó. Estaba aterrado. Por la nuca de Sarita salió volando toda la desesperación que había en su voz al teléfono. También la mujer gritó, horrorizada por lo que hizo, y soltó el arma. Me quedé inmóvil. Vi la cara de Sarita, la bala deformó su rostro, pero no es solo eso, algo cambió.

## 3

TODO ES UN CAOS TRAS EL DISPARO. La mujer ni siquiera intenta escapar, no se atreve a volverse y echar a correr, porque sabe que la alcanzaría, solo gimotea y dice incoherencias, parece demente. Otra mujer, una joven, me ofrece que me apoye en ella. No la miro. Sarita llamó, escribió, no respondí por estar borracho y drogado y ahora está muerta. Le grito a la desconocida que se quite. Dice ser periodista, llamarse Diana. Diana González-Beristaín. Comienza a hacerme preguntas. Mi cuerpo está tieso, no me obedece. Respiro profundo y volteo para mirar a la periodista. La reconozco, es Soledad, le digo que no es periodista y no es ninguna Diana no sé qué chingados, que es Soledad Ramírez. Ella no se altera, me pregunta, llamándome por mi nombre, que si yo sé por qué la vieja le disparó a Sara Yépez. No respondo. Me abraza casi con ternura y seca mis lágrimas con un pañuelo, luego mi frente y, finalmente, mis labios.

Me cuesta trabajo respirar, estoy de nuevo aletargado. Cubren el cuerpo de Sarita con un abrigo blanco. Recuerdo cosas: el Morocho, la Nacha, alcohol, pastas, reinas, más alcohol, el abrigo blanco que cubre a Sarita ahora está sobre los hombros de Nacha, la noche de anoche, una Adam, repiqueteos, alarmas. Me punza la boca del estómago y, junto con el dolor, surge la imagen de alguien desconocido a quien no descubro sino hasta tenerlo aliento con aliento. Soledad me dice: *Te presento al Gato*. Mi garganta está seca, el Gato me acerca a los labios una botella de agua, Soledad seca mi frente, las piernas me pesan. Soledad me besa en los labios. La Nacha, el Morocho, el callejón, el abrigo, el Gato, Sarita. Soledad sonrío. Doy algunos pasos atrás con la garganta seca. El Gato me acaricia la mejilla, roza mis labios con la punta de sus dedos y me deja sin aliento. Caigo de rodillas.

Los siguientes días los pasé con Soledad y el Gato. En todo mi cuerpo advertía la presencia de dos extraños que constantemente me alteraban, que mantenían mis sentidos en constante excitación, obligándome a ser consciente de cada terminación nerviosa, de cada pliegue, de cada latido de mi corazón.

Recuerdo cómo, aplicado, me esforzaba sobre el cuerpo de ella, sorprendido ante sus movimientos y sus voces, desconcertado por la participación del Gato, pero, al mismo tiempo, otro Pablo, que no era yo, observaba la escena con curiosidad: la agitación de los miembros, irreprimible; las contorsiones del cuerpo de ella y del mío propio; las posturas que el coito, por sí mismo, nos imponía, hasta el esplendor del orgasmo. No dormimos mucho esa primera noche, ni la segunda, ni las que siguieron. Soledad era insaciable y mis fuerzas parecían no agotarse. El intervalo entre dos erecciones y sus respectivas eyaculaciones era prácticamente nulo. Estábamos en una suerte de paraíso, del que también formaba parte esa serpiente a la que ella llamaba Gato.

Yo sabía que no era para esto que había nacido y recorrido todo ese camino que tan bien conoces, pero tampoco nací para participar en la muerte de mi propio hermano y dejar su cadáver en medio del campo, sin ojos y con la boca cubierta de moscas, a él, a Venado, que tampoco nació para eso. No encuentro explicación. No existen palabras para decir quiénes somos, primo y, si existen, no siempre vamos a encontrar las que mejor lo expliquen.

Fue un alivio que aquello se terminara.

No asistí a los funerales de Sarita, no supe qué pasó con su asesina, desapareció. Mi tío Rogelio me dijo que fue a buscarme muchas veces y no le abrí la puerta y que solo le grité que me dejara en paz, no recuerdo eso. Luego me trajiste aquí.

## El ídolo

CÓMO HAN PASADO LOS AÑOS, querido, hace veintidós veranos que sucedió aquella chingada tragedia. Hace veintidós años que tengo pesadillas todas las noches, entonces me da por beber y, cuando lo hago, escucho la voz de Andrés describiéndonos el cadáver, es como si lo estuviera viendo de nuevo, esta vez con lujo de detalles. Sueño con su cuerpo roto y sanguinolento, pobre de Venado, pobres de todos nosotros.

¿Cómo aceptar que un ídolo, de pie sobre una plataforma en las yácatas, que no sé si es la representación de un dios, o qué demonios, pueda ser la causa de algo como lo que sucedió? Pues yo creo que fue un mero pretexto, Marilina decía que los Cazonci se hacían obedecer por todos y que eran la representación humana de los Cúes. Pero no me hace sentido todo ese cuento, lo que los Cúes pedían, según dicen, era leña para el fuego de los templos, no todas esas cosas que yo vi amontonadas a sus pies. ¿Para qué iban a servir todas esas pulseras, zapatos, diademas y calzones? Es una estupidez. También me contó que los Cazonci tenían dignidad de sacrificadores, pero nunca realizaban los sacrificios ellos mismos. Y que juzgaban el adulterio, la hechicería y el robo. Todo esto me lo contó en medio del tiempo transcurrido entre la muerte de Venado y la de mi madre;

decía que el Venado fue sacrificado por sus asesinos y ofrendado al Cazonci porque este estaba mortalmente enfermo. ¡Una pendejada total! También me dijo que el zapato de Rosita en el altar tenía sentido, porque el Cazonci debía ser temido y tratado con reverencia, debían quitarse el calzado y mantenerse lejos, pero eso es otra tarugada porque Rosita solo perdió un zapato, seguro se lo quitó Gabriel antes de hacerla vomitar y luego cogérsela, recuerdo que regresó con el vestido todo guacareado una tarde a pesar de que no había querido comer en dos días. Su mamá la castigó. Además, el zapato estaba al pie de la estatua.

Fue él quien puso todo eso ahí, estoy seguro, Jorge.

No, tu medalla estaba sobre el basamento, fui yo quien la colgó de la mano del ídolo.

No sé por qué lo hice ni por qué tardé tanto en irme de allí. Estaba como hipnotizado mirando todo aquello. Quería salir corriendo, pero no pude, mis piernas se me pusieron turulatas y luego reconocí cada una de aquellas cosas, sobre todo tu medalla y la colgué de la mano del ídolo. Sentí como un toque de electricidad por la emoción y salí huyendo antes de que alguien me viera. No regresé hasta aquella madrugada, la madrugada de Venado.

Es absurdo que le hayan dado tanta importancia a un monigote, fue el miedo que les infundió lo que atrajo la fatalidad. No es como dijo el abuelo, que provocamos al espantajo del vecino pirado, eso no es posible.

Sí, ya sé que te sientes como alucinado ante su vista, pero a mí me impresionaron más la cantidad de cosas que había a sus pies, ya sabes de qué cosas hablo.

¿Te platicué que le llamé a Chángeles? Conseguí su número hace tiempo, pero no me atrevía a llamarle. ¿Nunca te conté? Ella sabe qué ocurría ahí, tal vez mejor que tú mismo. Aunque

en ese momento no entendía muy bien lo que sucedía, muy pronto comprendí que lo que hacían Gabriel y Chángeles aquella madrugada, ella arrodillada, con el rostro sobre la tierra, las chichis balanceándose y las nalgas al aire, mientras Gabriel estaba detrás de ella, con los ojos cerrados, jadeante, era coger; y tú también estás embarrado, primito, tu medalla, junto con el resto de los objetos, te delata. Tú eres otra pieza del maldito rompecabezas y, si has de ayudarme, tienes que dejar de negarlo, tienes que sacarte ese pinche miedo de encima y contármelo todo, han pasado dos décadas. Gabriel no te va a encontrar. ¡Si al menos pudiera encontrarlo yo a él!

Ah, sí, Chángeles, sí me respondió, era su voz, pero en cuanto escuchó la mía dudó, me preguntó quién llama; cuando le confirmé que era yo, colgó. Todos tienen miedo, tú y Andrés son mi única esperanza, los demás me huyen como si yo fuera el causante de aquel maldito desastre solo por haber descubierto al depravado de Gabriel y su altar al ídolo con todos los trofeos que ganaba con sus embestidas de cadera.

¡Cállate! No sabes lo que dices ¡Cállate de una maldita vez!

¿Qué si éramos realmente felices en esos años? Claro que lo éramos, la otra noche estaba tan borracho que logré dormir o desmayarme, ya no lo sé, pero perdí la conciencia del mundo. Soñé con la hacienda del abuelo, en Tzintzuntzan: lo primero que vi fue a Irina escondida en la chimenea, era la única que nos faltaba encontrar, sabía esconderse bien. Salió toda tiznada y estornudó tres días seguidos, ¿te acuerdas? También soñé a las ratas del granero, pasándoles por encima a los gatos sin que estos se inmutaran. Y la cocina de la abuela, repleta de cosas inútiles. Luego el Río Grande inundaba todo: la casa, el granero, la cocina, el establo. Las tierras de siembra se volvían un pantano. Al otro lado de este, alcancé a mirar al granjero loco, el que mató a su familia, traía las manos ensangrentadas, luego se rebanó el cuello con la guadaña, ahí frente a mí.

Del cuello le salió mucha sangre y de la herida emergió una cascabel de cola negra, de las que habitan el río, enorme, muy gorda, que zigzagueó rápidamente hacia mí. La víbora tenía la mirada de Gabriel, te lo juro. Quería morderme, pero nunca se acercó lo suficiente, yo solo daba un paso atrás cada vez que estaba cerca y ya no me alcanzaba la maldita, a pesar de que parecía ser muy veloz, pero a mí no me atrapaba.

Necesitamos localizar a Andrés, él me dijo que Gabriel lo obligó a ver al fantasma del granjero y lo llevó a la fuerza a la pirámide a mostrarle al ídolo. Me habló de una aparición de largos brazos que querían atraparlo, dice que se meo en los pantalones al verlo. Tú y yo sabemos que no es así de aterrador. No sé cómo consiguió Gabriel provocar tanto miedo en Andrés. Si hubiera sido a Santiago lo creería, es un gallina, pero Andrés no. Seguro puede decirnos algo que no sabemos.

## 2

YO NO QUERÍA IR A SU ENTIERRO, PERO TUVE QUE HACERLO. Me mantuve lo más lejos posible, pero ya ves que mi madre nos hizo ir y me obligó a acercarme porque no conseguían meter el féretro en la tierra. No es que el agujero fuera pequeño, sino que el ataúd se movía hacia un lado u otro cuando estaban a punto de meterlo. Cuando estuve al pie de la tumba, la caja entró en la tierra casi por sí misma. ¿Te acuerdas? Me tambaleé y por poco caigo dentro y me entierran con él. El recuerdo que tenía de mi hermano gemelo se tornó confuso. Una tras otra se me empalmaron las imágenes: Venado vestido con su traje de lino para la fiesta de compromiso de Julieta; Venado caminando entre las calles del pueblo; Venado corriendo hacia la entrada de la hacienda para recibir

a nuestro padre; Venado tirado en un charco de sangre, Venado empapado en sangre; Venado empapando a Andrés con su sangre; Venado, el único que no era llamado por su nombre; Venado reflejado en mi propio rostro; Venado, tan diferente a mí; Venado mirándome a los ojos, mientras Gabriel alzaba contra él la piedra, negra de tierra, verde de musgo; Venado sentado en el jardín de la casa de tío Rogelio, en Morelia, leyendo siempre un diccionario; Venado, con el cuerpo hecho pedazos; Venado, el bienamado; Venado, el solitario; Venado, el favorito de papá; Venado, el mudo; Venado, el que cantaba cuando creía que nadie le miraba; Venado, Venado, Venado. El temor a Venado, el amor a Venado; la envidia por Venado. Venado infinito; Venado omnipresente ¿Quién era realmente Venado?

## La niña antigua

LA TRISTEZA NO ABANDONA NUNCA A PABLO. Luego de su última sesión con Mercado se quedó nervioso y ansioso, como asustado. Se repitió, durante horas, que jamás iba a poder olvidar el asesinato de Sarita, que los recuerdos de su muerte y la de Venado y la mía lo iban a volver loco, pero loco de verdad, no de esos locos como mi hermana Julieta, la más chica, que dejó de hablar para que la encerraran en el psiquiátrico de Morelia y luego decidió dejar de leer, para obligar a su enamorado a que fuera cada semana a leerle sus novelas favoritas.

Tampoco de esos otros locos como Marilina —a la que mi padre llamó *mi niña antigua* hasta los once años, cuando ella cambió radicalmente su aspecto—. Recuerdo que ella vivió décadas de tristeza y luego, una tarde, en la misma fecha que murió Bernardo y que yo, un año más tarde, me lancé en su búsqueda, su ánimo fue golpeado con mucha más fuerza y decidió atravesar su cabeza con una bala —en el mismo lugar en el que murió Bernardo— salpicando al ídolo de piedra con sus sesos y su angustia, con su sangre y su absoluta soledad, con huesos y cuero cabelludo y, más importante que todo ello, abrió la jaula de la nostalgia, dejando, al fin, libre de sufrimientos a su descuartizada alma. Marilina fue siempre una niña depresiva, pero alocada y

fantasiosa. Tenía una fijación tan grande por las melenas rubias de nuestras primas del norte que, desde los once años, se decoloraba el cabello y las cejas con agua oxigenada. Incluso desteñía su vello púbico. Tuvo novios por toda la región y a todos pidió que contaran a los demás que les constaba que era rubia natural. Fue una chica muy hermosa, pero algo le opacaba el corazón y tenía que inventar montones de cualidades para sentirse amada, como aquella vez que grabó en secreto una cinta mientras yo tocaba el piano y la envió a Morelia para ser considerada como aspirante al Conservatorio de las Rosas. Me pregunto qué habría hecho de haber sido aceptada. Claro que lo que sus novios y pretendientes supieron fue que le ofrecieron un lugar que ella rechazó. Era una chica lista y generosa, pero, si alguien se interponía en su camino, podía ser el mismo demonio: nuestro primo segundo, Buenaventura Flores, tuvo que huir de la familia cuando la descubrió, con trece años, teniendo relaciones sexuales a la orilla del río, en las yácatas, con un viajero. Cuando la delató con nuestro padre, ella acusó a Buenaventura de quererla violar y dijo que, al ella impedirselo, él inventó que la descubrió en aquella situación. Jamás le remordió la consciencia por destruir a nuestro primo. Yo la quise mucho, a pesar de aquel desliz que tuvo con Luciano.

El corazón de mi Pablo, desde que descubrió mi cuerpo oscilando, colgado del tragaluz, late a mayor velocidad, la fuerza con la que golpea su pecho por momentos se le vuelve chocante, está lleno de melancolía y desasosiego; ni siquiera puede decir nuestros nombres sin acongojarse. Solo piensa en Venado y su compromiso con él. Y en encontrar a Gabriel.

## Deborah

LA VERDAD ES QUE, AHORA QUE LO DICES, sí, tengo muchas ganas de beber. Sobre todo, por las noches. Quiero beber hasta mirar a Dios, primo.

Ah, es que los enfermeros te dijeron eso porque sí estuve ansioso, hoy no, pero hace días sí, porque la otra noche soñé algo muy raro: soñé a Deborah, una niña de la que estaba enamorado en la prepa, en Tucumán. Cuando nos enviaron allá, con los otros abuelos, porque creyeron que así olvidaría todo. Yo pienso que se querían deshacer de mí, de ti y de nuestros problemas, Jorge.

¿A poco no te acuerdas de ella?

No, Deborah nunca fue mi novia, no se lo pedí, mi obsesión con lo de Venado no me dejaba tiempo para andar de novio; solo la amaba en secreto. La observaba entre clases, en el patio, o a la salida. Yo no me iba hasta que llegaba su mamá a recogerla. Me quedaba vigilándola desde lejos, cuidándola y diluyéndome de amor por ella.

Bueno, pues soñé con Deborah, pero estaba rara.

Sí, si quieres que te cuente lo hago. Ahí te va.

En mi sueño estoy durmiendo y, al despertar, lo primero que veo es el reloj de pared. Son las ocho en punto. La humedad llena mis pulmones y frena mis pensamientos. No me puedo levantar, giro mi cuerpo bocabajo y cierro los ojos con fuerza; cuando los abro de nuevo, tomo el control de mi existencia. Consigo ponerme en pie, pero tardo más de lo acostumbrado bajo la regadera, mientras me visto lo pienso y me convengo de que la humedad no proviene del ambiente, está dentro de mí. Me apresuro a partir. Aquí pasa otra cosa rara: salgo de la casa de Buenos Aires, no de la de Tucumán. Camino por Av. Libertador, desde Olleros; paso frente al Campo Hípico Militar; subo por Sarmiento hasta Figueroa Alcorta; iba a llegar hasta Cavia, para comer sushi en el 3090, pero el calor y la humedad —la interna, más la que acompaña las calles de Buenos Aires— me obligan a desistir y giro en Casares para dirigirme al Jardín Japonés. Ahí todo comienza a cambiar de nuevo, el ambiente está demasiado callado, no noto un cambio significativo; sin embargo, algo no está bien. Culpo a la parranda de la noche anterior que, seguramente, hace estragos en mí.

Recuerdo que andaba, entre otros, con Antonio Pinzón.

No, tú no estabas.

Pues bien, unos pasos más adelante la veo: una adolescente, viste minifalda, la chaqueta sobre la espalda, caderas estrechas, pechos pequeños y firmes, cabello ondulado, castaño, al hombro, con sus grises ojos rotos; supongo que por efecto de los ácidos; y supongo que con una enorme soledad a cuestas. Mi cabeza gira, me parece que la conozco, pero no logro precisar quién es. Hago a un lado la melancolía y sigo mi camino.

Le doy una moneda a un indigente, me recuerda a César, ya sabes, el Busca. ¿A poco no sabes por qué le dicen así? Pues porque tiene apariencia de indigente y porque ama vivir en la calle, como un buscavida. Aunque, en realidad, siempre ha vivido en la casa de alguna piruja. Tú lo conoces, primo, luego te cuento su historia.

Cuando vuelvo la mirada al frente, para continuar mi camino, la calle es otra, hay una muchedumbre que grita, corre, me empuja. Me asusto y corro tan rápido como me lo permiten mis pulmones, con el alma aterida. El ruido es ensordecedor. Quiero llorar, pero las lágrimas no salen, se amontonan en mi interior acumulando la humedad. Alguien me detiene y me pregunta si estoy bien, le respondo que sí, pero es mentira. Echo a correr de nuevo.

A lo lejos distingo un ave malherida, conforme me acerco me doy cuenta de que no es un ave: es un hombre con alas al que le cuesta trabajo respirar por el agua salada, acumulada en sus pulmones de ave; es un desaparecido que voló desde el Río de la Plata pero que ya no consigue alzar el vuelo. Bajo sus alas negras con puntas claras escurre un líquido oscuro y viscoso.

Mi corazón comienza nuevamente con su tamborileo altisonante, ese que siempre me acompaña, pero más rápido. Mi cabeza gira, quiero ser un hombre común pero no puedo, no sé cómo. No puedo pensar, estoy aterido. Me tumbo a un costado del alado, cara a cara, acaricio sus plumas empapadas de sangre negra, junto mi frente con la suya, reclamando una explicación que ya no puede darme. Mi vista comienza a nublarse, la suya parece tomar un ligero brillo, me mira, intenta decir algo que no consigue; de sus labios solo sale un quejido seguido de un viento helado que entra por mi boca, atraviesa mi garganta y hiela mis pulmones. Mi corazón continúa latiendo a un ritmo desesperado, pero al recibir el aliento gélido del emplumado comienza a perder su furor.

La figura de aquella chiquilla que nunca correspondió mi amor y que —en ese momento lo supe— murió ahogada en un riachuelo de agua sucia, se presenta detrás del hombre-ave, frente a mi vista: las plumas en la espalda, el corazón ensangrentado en la mano. Es Deborah, la joven de ojos grises y rotos. El frío en mi piel es más intenso, el corazón alterna latidos y silencios. Echo una última mirada al fantasma de la joven, con la fuerza que me queda abrazo al serafín y cierro los ojos esperando tener la fuerza para abrirlos.

ME DESPERTÉ con unas inmensas ganas de perderme en la dicha que proporciona el olvido. Beber para olvidarlo todo, cada cosa, cada minuto vivido y llorar y gritar hasta desgañitarme y golpear estos muros y mis piernas y la boca de mi estómago, una y otra vez hasta rodar sin fuerza escaleras abajo y luego olvidarlo todo durante unas horas, las felices horas del extravío.

## **PARTE TRES**

### **Cicatrices**

Dicen que el tiempo cura todas las heridas,  
no estoy de acuerdo, las heridas perduran.  
Con el tiempo, la mente, para proteger su cordura,  
las cubre de cicatrices y el dolor se atenúa,  
pero nunca desaparece.

—Rose Kennedy.

LOS AMIGOS, AMORES Y DESAMORES DE PABLO son enredados. Claro, unos me gustan y otros no. ¿Qué puedo decir? Soy su madre, aunque ausente.

El panorama que presento ahora es completamente diferente: las mismas heridas de todos, pero con matices que solo conoce quien los padece. Personas bajo circunstancias muchas veces vistas, pero que no reconocemos en los otros. Reflejos apenas percibidos. Vidas cultivadas y cosechadas. La misma aridez, la misma soledad, en ellos nada ha cambiado. Es como si existiese una frontera, un trazo separando dos almas. O dos tiempos: el pasado y el futuro. Pero es, más bien, otro presente: no pasado, no futuro, sino presentes pasados y presentes por venir. Estas son sus historias.

### **Este vacío**

ENTRÉ Y SALÍ DE LA CALLE EN MUCHAS OCASIONES, desde morrito. Cuando tomé conciencia de que mi papá me iba a pegar toda la vida decidí entrar a la calle por primera vez. Él estaba convencido de que yo no era su hijo y mi mamá no me iba a defender nunca, porque prefería perderme a mí que quedarse sin él. Decidí que ellos ya no eran mi papá y mi mamá, ya no eran nada mío, así como ellos no me miraban como su hijo. Tenía once años. Hice un agujero en mi corazón para dejarlos salir y luego lo cerré, bien cerrado, para que no entraran otra vez y me metí a la calle. Hice muy buenos amigos.

Una señora a la que le decían la viuda Santos, medio hermana de mi papá —ese que aseguraba no ser mi papá— de vez en cuando me pasaba a dejar unas tortillas, un plato de sopa y un puñado de chiles a la esquina donde casi siempre estaba, ahí cerquita de la Plaza del Carmen, con las prostis. Siempre me gustó estar cerca de ellas porque se portaban bien chido conmigo, me procuraban algo de alimento, aunque sea una vez al día y un suéter viejo en el invierno. Pasaba la noche acompañándolas mientras taloneaban y en el día podía irme a casa de alguna si así lo deseaba. Cuando veía a la hermana de mi papá a veces me escondía para que no me estuviera

chingando con que me fuera con ella. No necesitaba su caridad ni, mucho menos, su sentimiento de culpa por haber sido una culera con mi papá.

Cuando cumplí trece me dejé convencer y le permití rescatarme. Quise hacer las cosas bien, neta que hice mi mejor esfuerzo: me levantaba temprano a ayudar en lo que fuera, tendía mi cama, ayudaba a barrer la banqueta para que ella pusiera su mesa con chilaquiles y gelatinas y luego me iba a cargar bultos a la Central de Abasto. Me ofrecieron distribuir coca, pero no quise, andaba tanteando ser chavito de familia. Al terminar me echaba unos traguitos con los compas, sentados en la banqueta, a la orilla del libramiento, tomando el sol del mediodía, y regresaba temprano a la casa. Hasta le daba sus centavos a mi tía pa' no vivir nomás de oquis. Yo nunca fui un hombre de fe, la mera neta, pero me encomendé a Dios y lo intenté con todas mis fuerzas de chamaco pendejo.

Me bañaba cada tercer día —con el agua fría para no gastar el gas—. Le eché rete hartas ganas. Tenía mis dientes completitos y bien limpios porque las busconas me enseñaron que así tenía que ser. Así que todo iba más o menos bien, hasta que un día el hijo de mi tía —el hijo de puta del hijo de mi tía— que era un mono feo, moreno, grandote y pendejo, me dijo que me bajara por los chescos. Andaba bien grifo el cabrón. ¿Pos, cómo? Le dije. ¿Cuándo me viste la cara de puto o qué? Pero, como andaba con las entendederas achatadas, le valió verga e insistió: me agarró del cuello y me jaló, yo ya no pude pensar nada y le solté un putazo con el que logré arrojarlo a medio cuarto, porque era grandote y yo le tenía mucho miedo, pero sí estaba bien pendejo. Se levantó en chinga, echó los hombros hacia adelante, juntando los brazos, y me tiró el primer diente de un chingadazo. Me le fui encima, pero se quitó a tiempo, no sé cómo, si andaba hasta las trancas. Yo me fui de hocico contra el filo de mi cama, ahí me tiré otro diente. Así fue como se me comenzaron a quedar las encías pelonas.

No le dije a la viuda, pero desde entonces ya no estuve a gusto. Me iba en la madrugada a la central, trabajaba, me echaba mi chinguere y me comía unos tacos por ahí, para ya nomás llegar a la casa, con miedo de encontrarme al pendejo ese, y meterme en chinga al cuarto. Me encerraba hasta el día siguiente.

Las tardes comenzaron a volverse tediosas y estruendosas. Las noches eran peores: cerrar los ojos y ver puras chingaderas, puras figuras deformes, como manchas igualitas a las del techo y las paredes chorreadas de esa casa. Sentarme en la orilla de la cama, con su colcha llena de agujeros, sin poder dormir a gusto, sin ser capaz de encuerarme, por miedo, fingiendo que creía en la pinche mentira de una familia, aparentando que estaba bien y que no tenía pánico de que un día se colara el wey ese y me quisiera violar. Porque me lo dijo aquel día: *te la voy a meter cuando menos lo esperes* —me dijo— *y te va a gustar* —me dijo.

Ahí, debajo de las sábanas viejas y percutidas, durante las horas de la noche, permanecía muy quieto, sintiendo, al ritmo de mi respiración, el tacto de la tela en forma de pequeñas descargas eléctricas sobre la piel y la voz del pinche mono ese, como un eco en mi memoria: *Te va a gustar, te va a gustar.*

Seguí echándole un chingo de ganas, a pesar de las noches. Traté de sentir un hogar, pero no estaba a gusto, nunca lo estuve. Los años en la calle me dejaron una sensación de estar bien, el cariño sincero de las putas se iba haciendo un recuerdo difícil de ignorar. La calle es difícil de sustituir. Algo tiene el ruido del tránsito, el olor putrefacto de la noche de esta ciudad vieja, cuyo centro histórico es todo rosa, pero algo de podrido tiene también, por la noche se huele clarito, clarito. Además, algo tiene la compañía de los otros «sin techo» que te jala desde las tripas y te

hace querer entrar en la calle de nuevo. Y quise aguantarme y echarle huevos, pero me ganó el hueco en el alma, este pinches vacío culero, el desacompletamiento, el desconecte de uno.

Por las noches comenzó a vencerme el llanto —aunque llorar sea de putos—, las lágrimas se me atoraban en el cogote todo el día y por las noches se salían sin mi permiso. Ahí fue donde se me empezó a hacer este baldío —en el alma y en el entendimiento— que me acompaña siempre. El abandono de mis padres, las culpas de la viuda y su querer agarrarme a mí para expiarlas, los abusos de su pinche hijo, ¡ese pinche mono!, me fueron desinflando los cariños. Yo no pertenezco a este mundo, me dije. Aunque le eche rete hartas ganas, yo le pertenezco a las calles, a las alcantarillas hediondas, a los méndigos·mendigos y a las putas. Y un día, apenas regresando del jale, me salí de la casa de la viuda y entré de nuevo a la calle. Había pasado un año y medio. ¡Cómo se alegraron las furcias al verme! La Lucha me presentó a su hijita, que nació en mi ausencia. Su hijita Nacha.

Desde entonces, cuando me preguntan mi nombre les digo que me llamo Busca, porque, cuando regresé a las calles, Lucha me dijo: César Saldívar de la Trinidad, eres un pinche busca·vida bien chingón.

## Hablo de dejarte ir

CUANDO SALGO EN LAS NOCHES SÉ A DÓNDE VOY, cuando necesito chambear, camino a la Plaza Carrillo o al Teatro Ocampo. Siempre levanto cliente, será porque heredé los ojos claritos de mi jefita santa y su piel morena. También tengo sus nalgas firmes y sus patotas bien gordas. Además, heredé algo de mi papá, yo no lo conocí, pero decía mi jefita que estaba bien dadote el condenado, como buen mulato que era, decía. Y yo le creo, porque a mí en la secundaria ya me llamaban el burro. O la burra, según quien me lo dijera.

Cuando tengo lana y no necesito cobrar por coger, pues me encamino al Faraón o al Sacrificio, según donde anden mis cuates, para no andar solo, pues. Aunque conozco mucha gente me gusta estar donde están mis amigos. Me la paso a toda madre con el Busca, la Nacha, el Tacita y, cuando tengo suerte, me doy mis arrimones con el rotito del Pablo, está bien lindo el desgraciado, me trae vuelto una locota. Lástima que se ponga tan rejego.

A veces, cuando me paso con la droga, amezco con tres o cuatro cabrones en algún sitio desconocido. La primera vez me asusté mucho. Así que por eso digo que, cuando salgo, siempre

sé a dónde voy, pero nunca en donde voy a terminar. A pesar de eso, yo digo que soy gente de bien. Mi jefita me decía: *Osvaldo, tú eres bueno, hijo, nunca lo olvides ni dejes que la gente te convenza de lo contrario.*

Y pienso que sí, que soy gente de bien, aunque la cague, aunque me pare en la esquina a vender el cuerpo y luego, al día siguiente, me ahogue de alcohol y pastas y éxtasis en el putero de la Rojas y me coja al que se me pase por enfrente sin cobrarle, solo por darle gusto al gusto. No hablo de lo que los otros puedan decir de uno, sino de lo que uno debe soltar.

Hablo de ir desenganchándote de ese camino, bien, pero bien culero; de decepcionar a la jefita y a los buenos amigos de la infancia; ir, peda tras peda, viaje tras viaje, cogida tras cogida... ¿Cómo decirlo? Irla cagando sistemáticamente, destrozando los afectos, los amores.

Hablo de ir aflojándote: ir pasando de la querencia a la carencia, irte venciendo ante el pomo, ante la coca, dejarte cortar por el cristal.

Hablo de irte perdiendo, de malograrte ante los demás, de que te dejen de invitar los amigos y la familia porque le comienzas a lanzar besos y dar de nalgadas a los primos o le agarras los huevos al novio de tu amiga. Porque, cuando esa amiga se emborracha y se descuida, te llevas a su novio al baño y lo haces que te la meta.

Me refiero a irte soltando, a dejarte flotar y sentir luego el horrible peso por la sensación de haberla cagado muy cabrón, pero no saber qué fue lo que hiciste esta vez.

Darte cuenta de que la raza, la banda, los cuates de siempre, te van abriendo, porque siempre la cagas. Siempre. La cagas.

Me refiero a meterte toda la droga que puedes conseguir e irte aflojando para los batos en los antros o en la Carrillo. Esos que te van abriendo, pero las nalgas: uno y luego otro y otro y terminas tirado en la banqueta, aniquilado. *Pinche Morocho puto, ni para eso sirves*. Seguido de un escupitajo.

Hablo de ir evaporándote, notar que la jefita te quiere mucho, pero también te teme, te desprecia por tus vicios, aunque no lo diga, se avergüenza, aunque te repita: *tú eres bueno, Osvaldo*.

Hablo de irte destilando, perder la noción de lo real, de lo moral, del amor, de la lujuria. Sentir cómo te vas pirando, volviéndote un chiflado más, hasta que comprendes que la locura es esto: haberte soltado del todo y salir de tu casa para dejar de avergonzar a la jefita; entrar de lleno a la calle, con los te-por-ochos, los limosneros, con los otros maricones que se prostituyen por deporte y con los que también se venden, pero dicen que son muy machos, que no son jotos, que solo es por un rato, para salir del paso. Irte de lleno.

Y hablo de soltarte del todo, de aprender a matar y a dejarte matar.

### A mí ya se me cayó el santo

¡CHINGADA MADRE! De plano no me puedo sacar de la mente lo sucedido anoche en El Sacrificio. Pablito se metió de todo el cabrón —junto con el amigo ese que llevó, quesque su amigo de toda la vida, el tal Pedro—. Tan amigos no han de ser o Pablo no se habría cogido a su vieja. ¡Y en su propia casa! Además, ese wey fue el que le dio las Adam's y quien lo anda toreando contra el Morocho —yo escuché todo porque estaba en el baño que da a esa parte y salí hecho la mocha—, para mí que ese culero ya se enteró de lo de su vieja y se va a desquitar. Paty, creo que se llama. Sí, sí nos dijo que se llama así. Ya le dije a Pablo que tenga cuidado, le conté lo que una vez me dijo una de las pirujas con la que crecí, me lo dijo por algo que sucedió con una vieja como la Paty esa. Me dijo: *esas mujeres emputecen el alma porque tienen el alma emputecida desde endenantes, desde el inicio de esto que apenas vamos entendiendo y que le pusimos el nombre de vida. Pese a que aquí hay poca, porque lo que abunda es muerte. Eso sí, chingos de muerte. Hacia donde voltees se huele, se presiente, se ventea: chingos de muerte.* Me contó que se lo dijo un cliente, un tal Lechuga, así lo conocían. Eso debería comprender el pinche Pablito. Mira, yo quiero mucho al chamaco, hubiera querido que fuera m'ijo. Aunque anoche me haya hecho el feo. Me dolió mucho

que me despreciara el tequilita que le estaba guardando. Le tuve que compartir al Tacita para no chingármelo todo yo solo, no quería emborracharme de más, tenía que cuidar a Pablo. También me da mucha rabia la pena que te causa todo esto, aunque finjas que no te importa.

¿Cómo hace esto el recabrón? Hace ya demasiados años que viene cada semana, solo, como debe ser, a buscar a quienes sí lo queremos bien y lo cuidamos. Acá lo esperamos sus amigos, las putas se pelean por él. Y tú hasta eso aguantas, Nacha, que siempre prefiera a las otras. No puede ser. No me cabe en la cabeza. Por otro lado, ni siquiera imagino lo que sientes de saber que se quiere lapidar al Morocho, es de los nuestros, aunque sea un pinche marica tuberculoso; bueno, no sé si tuberculoso, pero yo creo que sí, o peor. Aunque te hagas la que no te importa, pero claro que te puede. Como sea, el Morocho es tu amigo; aunque se quiera merendar a tu amorcito imposible.

¡Chingau! Pinche Pablo calamitoso, ¿cómo hace estas mamadas? Míralo, anoche allá y hoy acá. Anda demasiado borracho y muy drogado, está muy cabrón. Una cosa sí te digo, a ver cómo le hago, pero al rato le quito el puñal: ya está cebado, desde el otro asunto, ya sabes, y va a ser necesario desaparecer ese pinche cuchillo. Puta madre, no hay razón para perderse hasta este punto, su dizque cuate lo tiene todo planeado. A huevo que sí. Lo va a refundir. Le anda diciendo que si el Morocho esto, que si el Morocho l'otro, que se lo tiene que coger, para que se emocione y luego escabechárselo pa' desquitarse.

El pinches Morocho tiene sus nalgotas y sus patotas, eso que ni qué, y al parecer es bueno en su chamba. Yo estuve a punto una vez, aquí, en este putero de mala muerte, allá, detrás de la barra, pero creo que me detuve a tiempo. Si no hubiera sido así, seguro que lo recordaría. Una vez escuché decir que, a Pablo, desde que era morrito, le gustaba andar agarrándoles las nalgas a sus amiguillos y luego los madreaba, pero no lo creí. También me dijo alguien, no recuerdo quien, que

*cuando se enojaba, ahogaba ardillas. Y me dijo que le gustaba el crujido de los pajarillos cuando les aplastaba los huesos o les quebraba la cabeza con una piedra.*

Sí, tienes razón, Nacha, sí se ve madreado nuestro amigo. Anda todo ojeroso últimamente, y flaco, como perro callejero. Trae el cabello descuidado, las uñas largas y hasta se puso el mismito traje de la semana pasada, ya sucio. Como que no es su estilo, ¿verdad? Y no solo bebe mucho, sino que anda con la onda de las pinches pastillitas esas. A ver si no le pasa como a su tío Rogelio, así comenzó: bebiendo de más, luego probó las tachas, las pastas, las reinas, la molly's... hasta que terminó en el último hoyo. Y digo el último porque también entró a varios, era bien rabo-verde. Pero hay un agujero del que ya no se sale. Uno como sea ya está curtido, pero esos cacaítas no aguantan, siempre terminan en la raya. Por eso su esposa, la Ramona —porque yo los conocí a todos, te digo que este chamaco es como m'ijo— dejó al Roger, a Rogelio, aunque la quieran hacer pasar como una víbora. Digo, sí es una cabrona, pero ¿quién no, Nachita?

¡Pinche Pablo! ¿Pa' qué le juega? ¿Para qué arriesgarse a perderlo todo por un mamerto celoso y una vieja con las chichis falsas? En la madrugada le platicué al Calacas lo que escuché y le pedí que me ayude a vigilar al Pablo, pero no quiso, me dijo: *mira, Busca, a mí ya se me cayó el santo*, yo le dije: *No exageres, pinche Calacas*, pero ya sabes que es rete necio. Digo, si Pablo se chinga al putito ya qué, hay que apoyarlo, pero está mal que se deje empujar. El wey ese lo va a chantajear y luego, de todos modos, lo va a delatar, estoy seguro. A ver cómo ayudo al Pablito, aunque haya que picar al pinche mono ese. Lo saco de esta fregadera o dejo de ser el Busca. ¡Chingada madre!

## Oswaldo Reyes

NUNCA FUI FELIZ, de verdad feliz, hasta que entré en la calle definitivamente y me convertí en el Morocho.

Cuando me alquilaba en la Plaza Carrillo me sentía contento. Tener el cuerpo de un macho dentro del mío, que también era, cómo chingados no, el cuerpo de un hombre, me provocaba alegría: montarme sobre un cabrón, dominarlo y que me pagara por eso era una satisfacción muy merecida, pues no sentí nada igual en toda mi vida de niño·solitario, en mi supervivencia como hijo·de·madre·angustiada, en toda mi pinche vida de niño·joto y de adolescente·marica, y de universitario·puto. Porque, cuando era Oswaldo Reyes, fui a la universidad; allí me acosté con media facultad, ni los maestros se me escapaban, pero comérmela gratis no era igual.

Hasta anoche, que Pablo me la dejó ir por segunda vez, intoxicado y colérico, pero, ahora sí, henchido de un deseo que nunca antes sintió por mí. Luego me desgració. Anoche por fin me chingó y me liberó de mis angustias. La navaja en el bolsillo, la mano en la navaja y ¡chiras pelas! Me rompió la vida con los dientes apretados, la mirada vidriada y el olor a semen rodeándonos como un aura.

Yo estaba melancólico, mordiéndome por dentro para no llorar, en El Sacrificio, con su sordidez apenas rota por la luz roja, sus mesas viejas y su concurrida barra adornada por la belleza y sensualidad de la *Barmaid*. Estaba descorazonado porque Pablo no me pelaba. A su primo Jorge·Emilio tampoco, así que nos pusimos a beber, reír y bailar. Porque cuando me deprimía me daba por parecer alegre y, por supuesto, ponerme hasta las patas.

Cuando el Jorge·Emilio se puso demasiado borracho, se quedó callado, pensativo. Sentía urgencia por la atención de Pablo, pero él estaba, como siempre, volcado en las putas. Jorge·Emilio se levantó para ir a buscar un par de líneas, pero yo estiré el brazo sin dejar mi silla y lo detuve por la cintura. Lo atraje con fuerza hacia mí, recargué mi cabeza en su abdomen, cerré los ojos y me levanté sin deshacer el abrazo, deslizándome hacia arriba. Lo besé en un hombro. Luego lloramos juntos.

Le caímos al callejón. Para pasar el rato, pues. El rato y el mal trago. Pero fue peor: mientras él seguía gimoteando, un recuerdo me atravesó las orejas entre el amontonadero de cuerpos que ahí había, aglutinados contra las frías paredes de cantera rosa, en medio del olor a alcohol y sudor, al almizcle del sexo, a *thinner* y a la avinagrada heroína barata. En medio del perfume de la piel quemada de tanto tallarla me acordé de cómo era vivir con mi jefita. Recordé que la tuve que dejar sin quererla dejar. O sí, porque estar cerca de ella era llenarla de oprobio. Exponerla a la maledicencia de la gente que no comprende, al chismorreo de los que no aprecian a la gente como yo.

## 2

EL RECUERDO DE MI MAMAÍTA ME BAJÓ POR LA GARGANTA, me requemó, se me volvió hueco en el estómago. Me punzó y se transformó en otra imagen: otro recuerdo de cuando era un niño, en un baño de la vieja central camionera, con su luz mortecina y sus paredes pintarrajeadas. Percibí de nuevo el olor a meados y cloro. Me acuerdo —y la evocación me agujonea el alma— del momento en que entró el tira, se me paró enfrente, impidiéndome el paso, y me preguntó con voz temblorosa: *¿Cacha granizo o escupe Lupe?*

Cagado de risa, el pinche puerco me empujó hacia un excusado sin puerta. Me arrinconó. Se desabrochó el pantalón y se sacó el pito oloroso a esperma seco, acumulado durante días. Me lo metió a la boca. Me obligó a chupárselo. Su enorme barriga me dificultaba aún más la respiración. Me dijo: *si me muerdes, te mueres, pinche putito*. Luego se meó en mi boca y me obligó a tragarme casi todos sus orines. Un eco de voces retumbó en mi cerebro. Luego la ruptura, el desgarre, el dolor insoportable de la primera vez. La tortura lacerante de que te la dejen ir en seco.

Una especie de epilepsia me mantuvo fuertemente agarrado con la mano derecha al borde del inodoro mientras con la otra mano apenas podía contener la erupción brutal.

El recuerdo me caminó desde una pupila hasta la otra y, a medio camino, me dejó un par de lágrimas que Jorge Emilio me secó con ternura, sin decir nada, como si leyera mi mente.

Luego de aquello, pasé algún tiempo con mucho miedo, no quería salir de la casa; poco a poco el terror se debilitó, pero comencé a tener pesadillas: despertaba carcomido por una noche de visiones. Una y otra vez sentía al marrano respirando junto a mí. Sobresaltado, abría los ojos y

clarito lo distinguía en la oscuridad: la panza sudada, las manos groseras y calientes, la papada temblorosa. Él me susurraba alguna caricia, yo lo abrazaba; él palpaba mi piel, acariciaba mis nalgas, yo besaba su torso húmedo. En esos sueños yo ya no era un niño, sino el hombre en el que me convertí, como una premonición. Al tomar conciencia de la pesadilla, brincaba hacia el extremo de la cama y no volvía a dormirme hasta comprobar que el espectro del puerco se hubiese desvanecido entre las sábanas. Así estuve como cinco años, hasta que una mañana le arrebaté la pistola del cinto y le disparé en los huevos. Eran las siete diecinueve. Desde entonces me dejó dormir a gusto. Lo saqué para siempre de mi vida.

### 3

CUANDO DEJÉ A MI JEFITA, CUANDO LA TUVE QUE DEJAR, las voces en mi cerebro volvieron. Volví a oír la risa de aquel puerco cuando salía del baño, volví a sentir la punzada y el dolor. Hasta que una noche ya solo pude abrazar muy fuerte a mi jefita, así, muy cabrón, como si de veras. Junté nuestros cachetes y la quise más que nunca, porque iba siendo para siempre. Y de ahí pa' lante, porque ¿qué le vamos a hacer? En el mundo de los vivos la verga es cuadrada y la lumbre se come a puños. Y lo contento te lo quita la vida de un putazo y ya, y la vida te la quita un cabrón con un par de puñaladas y se acaba todo, ¿qué le vamos a hacer?

## 4

ESTABA RECORDANDO AL PUTO·TIRA, sí, puto, por lastimarme de esa manera. El puto·puercoapestoso a mugre rancia. Estaba sufriendo de nuevo la violación, la única metida de verga que no me gustó, y su cara y su cuerpo se transformaron de a poco en la cara y el cuerpo de Pablo, que empujó a Jorge·Emilio, lo desenredó de mi abrazo y le dijo que se fuera. *¿Qué jais?*, me preguntó. No respondí. Lanzó sus labios contra mi boca que alejé instintivamente. Agarró mi muñeca izquierda y me la torció para obligarme a darle la espalda.

La cara de Pablo estaba encendida de alcohol, su mirada rota, muy drogado. Sus manos crispadas se aferraron a mis nalgas. Me gustaba, pero él estaba violento y sentí miedo. Le dije que así no. Él se rio. Me besó con fuerza, me escupió la cara y me apretó contra su cuerpo caliente; contra su verga dura, que me inspiró más miedo que deseo. *¿En serio me vas a rechazar, pinche puto?* —se burló— *Aprovecha que te traigo ganas, cabrón.*

Mi resistencia enflaqueció y me fui soltando, me fui entregando. Cuando anidó en mí, cuando me ensartó, me sentí especial. Me succionó el cuello, me mordió los hombros, me giró la cabeza hasta lastimarme y besó mis labios descargando la rabia contenida y la ternura oculta. Entró muy profundo. Gimió. El sudor de su vientre resbaló por mis nalgas. Rodeó mi cintura con su brazo y luego de una eternidad gritó ruidosamente, como una bestia, y me llenó. Me inundó de semen y felicidad.

Me sacó el pito, aún palpitante, y yo volví a la realidad sin depilar —toda peluda, pues— porque me sorrajó un madrazo y me dijo, luego de apretar mis mejillas con sus dedos y arrojar un gargajo dentro de mi boca: *ojalá lo hayas disfrutado, imbécil, en serio, porque hasta aquí llegaste,*

*¡pinche maricón culero!* Y me soltó el segundo putazo, seguido de otro y otro. Entró de nuevo, pero ahora con el puñal. *Pedro me dijo lo que andas contándole a todo el mundo sobre mí. Ahora sí no te la acabas, puto mierdero.* No me defendí. No pude. Tampoco quise. Estaba dejando mis aflicciones atrás. Otro golpe con el acero, que abandonó ensartado en mi vientre, y luego corrió. Se perdió de súbito, se lo tragó la calle, lo engulló la noche. La calle. La noche.

Ahí quedé, jodido y frío. Porque a los jotos nos muelen a palos. Y a los jotos nos chingan, nos sorrajan. A los putos nos lleva la que nos deberían meter a diario. A los putos nos cogen y luego nos mean y nos escupen y nos pican y nos matan y nos dejan tirados en un charco de orina y sangre y caca y olvido.

## Amores incestuosos

CHÁNGELES Y GABRIEL TIENEN UN SECRETO que piensan que casi nadie conoce. Pero ahora yo lo sé, mi propia sobrina me lo ha confesado infinidad de veces mientras cree dormir. Mi hijo se lo ha guardado muy bien, tal vez algún día se lo cuente a alguien. De cualquier modo, tarde o temprano se va a conocer su historia de amor desventurado. Chángeles, con sus maneras mesuradas, ha sabido disimular la sangre caliente que le trota por las venas; sin embargo, ella no olvida ni un detalle, se reprocha lo sucedido, pero, con jactancia de hembra satisfecha, reconoce que está *encanijadamente enamorada*. Una noche, en medio de lo que ella creyó un sueño, me dijo: *Las marcas que Gabriel dejó sobre mi cuerpo: rasguños, mordidas, moretones debajo de los pezones, entre los pliegues del abdomen, en medio de los muslos... fueron mi más preciado tesoro mientras estuvieron presentes. Eran las huellas de nuestra pasión*. Poco a poco, entre sueños y visiones, fue revelándome su historia con Gabriel y las ansias amorosas que la corroían.

## Chángeles

YO NO QUISE QUE AQUELLO CON GABRIEL OCURRIERA. O por lo menos eso creo. Tenía días mirándome fijamente, sin decir nada. Una tarde, luego de las escondidas, me dijo: *esta noche, cuando te vayas a dormir, no te desvistas, acuéstate con ese vestido que traes puesto*. Se me hizo rarísimo, pero no tuve dudas de que lo obedecería. No sé por qué.

El resto de la tarde estuve buscando su mirada, pero me ignoró por completo.

Esperé la hora de irnos a dormir con una mezcla de aprensión y curiosidad; Gabriel siempre me pareció extraordinariamente guapo, pero no se lo dije nunca a nadie, me lo guardé para mí porque estaba mal que me sintiera atraída por mi primo hermano.

Llegó la noche. Hice lo que él me pidió, me dormí vestida. También hice algo que no me solicitó: me cambié los calzones; no sé por qué, solo quise ponerme unos más lindos y limpios, no los que traje todo el día.

Obviamente no podía dormir, no podía quedarme dormida, mi curiosidad era más grande que mi temor. Cuando se asomó, por la puerta entreabierta —en la madrugada—, al cuarto donde

dormíamos todas las chicas, tuve que ahogar un grito de emoción. Se aseguró de que lo había visto y se fue. Yo me levanté aprisa, sin hacer ruido para que nadie se percatara, aunque estoy casi segura de que Irina me vio.

Salí al pasillo y no lo encontré, instintivamente me dirigí a la salida de la casa. Entonces vi su sombra junto a la valla, esperándome. Cuando me acerqué un poco, él saltó la empalizada. Mi corazón se aceleró cuando escuché su cuerpo caer del otro lado. Durante algunos segundos quise volver, pero no lo hice, me dirigí a la tabla floja y por ahí salí. Gabriel me esperaba. Nuevamente dudé. Lo notó, yo creo, porque me tomó con fuerza de la mano y comenzamos a caminar aprisa, casi puedo decir que me jalaba. Yo era como una muñeca de trapo que él arrastraba por el suelo.

Atravesamos la huerta de limones del abuelo y luego el que fue el maizal del vecino que mató a su familia y se suicidó con la guadaña. Este terreno, extrañamente, pasó a ser del abuelo sin haberlo comprado. Esas tierras no valen un céntimo, dicen en el pueblo que desde que recibieron la sangre del asesino-suicida quedaron estériles, pero para el abuelo poseerlas significaba un gran placer. En medio de aquel terreno yermo, que yo nunca había cruzado con el cielo todavía oscuro, había un enorme espantajo. Aunque Andrés contaba que estaba en medio de la huerta, escondido entre los limoneros, no sé por qué decía eso. Gabriel me dijo que las ropas que llevaba eran del vecino chiflado. Luego se puso detrás de mí y me empujó para que me acercara, me obligó a abrazar las piernas del espantapájaros. Fue una situación excéntrica, pero sentí cierta fascinación —después, cuando me sentía melancólica, regresé con alguna frecuencia a abrazarlo de nuevo—. Percibí que Gabriel se sintió muy complacido, casi eufórico, al comprobar que a mí me gustó el monigote.

A partir de ese momento, en lugar de tomar mi mano, me abrazó por la cintura con fuerza y seguimos caminando muy aprisa hasta el basamento en las yácatas en el que hay un ídolo. Siempre había querido verlo, pero me daba miedo. Marilina se la pasaba diciendo que no debíamos ir ante la presencia del Cazonci. Cuando llegamos no fui capaz de mirarlo. Gabriel no me obligó.

Le pregunté qué hacíamos en ese lugar, pero no me respondió, su rostro había cambiado, tenía los rasgos duros, me miraba fijamente, con los ojos inyectados, sus manos temblaban. Apretaba fuertemente la mandíbula. Yo no sabía qué hacer. No comprendía qué era lo que él quería de mí. Esperé en silencio.

Luego de unos minutos, no sé cuántos, mi primo me tomó suavemente de la cintura y me besó en los labios con una ternura conmovedora, pero en seguida se tornó violento y me lanzó al piso de tierra, me asusté, pero no podía hacer nada, estábamos solos y muy lejos de casa, lo más inteligente era ser cooperativa e intentar escapar a la primera oportunidad.

Él se fue acercando a mí, despacio, sin dejar de mirarme, estaba encendido. Por momentos sentí terror, pero fui serenándome. Sin embargo, conforme Gabriel se acercaba, yo retrocedía, sin despegar la espalda del suelo. Casi sin darme cuenta llegué ante los pies del ídolo, Gabriel me dirigió hacia allá, mientras fumaba ávidamente. Ahí, en la base, había muchos objetos, parecía una ofrenda.

En ese momento se arrojó sobre mí, metió su mano debajo del vestido y me arrancó los calzones, esos que elegí cuidadosamente. Los aspiró con fuerza, los metió en su boca —me enloqueció la situación, me alegré de habérmelos puesto— luego los aventó a los pies del ídolo,

junto a las prendas que ya estaban ahí. Se puso de pie y se quedó inmóvil, quieta su mirada sobre la mía.

Yo ya no sabía qué esperar, era una situación estrafalaria y ridícula. Todo estaba mal, pero mi deseo de escapar fue debilitándose. Gabriel ya era otro, me miraba con cierto afecto, mezclado con lujuria.

Yo me sentía fascinada, sumamente excitada. Deseaba que me penetrara violentamente, que me amara a su manera.

En un arrebato le grité, deshonesto, que me dejara en paz, que era una bestia sin sentimientos. Eso le excitó sobremanera, enseguida se arrojó otra vez sobre mí, me volteó de espaldas y comenzó a frotar su cuerpo contra el mío, estaba muy agitado, su cuerpo creció, endureció, se puso enorme. Acarició mi sexo húmedo con los dedos, luego introdujo un par. Me dolió muchísimo, pero no le importó. Con la otra mano sostenía mi cuello, apretándolo con fuerza, pero sin asfixiarme. Intenté girarme hacia él, pero no lo permitió, me dijo que conmigo iba ser desde atrás, siempre. Me aseguró que a las demás se las cogía de frente, pero yo no lo merecía. Eso me encendió más, si es posible.

Lo que sucedió a continuación fue casi inhumano, me penetró violentamente, como la bestia que yo no sabía que era, su pelvis chocaba con ímpetu contra mis nalgas, su pene invadía, implacable, mi vagina, y parecía que continuaría la noche entera. En mi mente todo se volvió oscuridad, pero no solo por el miedo, también sentía placer, me estaba gustando lo que ocurría y yo no podía creerlo, me sentí muy confundida, porque me excité. Le pedí que entrara más

profundamente, con más vigor, él perdió todos los escrúpulos, intensificó sus embates mientras tapaba mi boca con una de sus manos para evitar mis gemidos. No lo comprendí, estábamos solos.

Sentía un dolor casi inaceptable, pero también un gran deleite. Tenía sensaciones desconocidas. Me sentí en el paraíso, quería que el momento fuera eterno.

En el instante del clímax, escuché una exclamación y, como si algo me obligara, levanté la mirada hacia el ídolo y entonces vi a Venado. Estaba absorto, asustado, inmóvil. Gabriel también lo vio. Aceleró sus embestidas y eyaculó abundantemente. Se levantó, me dijo que me largara y se lanzó a buscar a su hermano. También vi algo más, pero nunca lo diré.

La expresión de desconcierto y odio en el rostro de Gabriel al descubrir a su hermano me aterrorizó. Yo corrí sin parar hasta llegar a la hacienda y guardé para siempre el secreto.

Siempre me gustó Gabriel, desde que era muy pequeña. Era mi mayor secreto. Después de aquella madrugada me enamoré perdidamente de él, de su cuerpo, de su ferocidad. Tampoco se lo dije a nadie. Me sentí como una perra desde entonces y me alejé de todos. A partir de su desaparición inauguré todas mis mañanas con gozosos orgasmos producidos por mis dedos, transformados en mi mente en los de Gabriel. Mi esperanza estaba puesta en su regreso.

## **PARTE CUATRO**

### **Amores son razones**

El amor es la única razón verdadera.

—José Saramago

### **Jorge·Emilio Ontiveros**

LA MAÑANA DE LA MUERTE DE VENADO yo tenía doce años. Él y Pablo Echávarri cumplirían diez ese día, pero Venado ya no pasó de los nueve. Para mi primo Pablo fue un golpe terrible: cuando un niño comprende plenamente el mundo de los adultos, de una forma tan cruel, se da cuenta de que los mayores no son seres divinos y sus acciones no son siempre las mejores. Entonces, el mundo de ese pequeño se desmigaja y la amargura se apodera de su espíritu. Eso es lo que le sucedió a Pablo tras la muerte de su hermano gemelo. No importan las circunstancias. Venado se murió y eso cambió la vida de Pablo. Y la mía. Aunque, en apariencia, mi primo no perdió su brillo, nunca volvió a sentirse seguro. Yo creo que dejó atrás la infancia aquel día.

Todos sabíamos que a Venado lo mató Gabriel, su hermano mayor, pero nadie se atrevía a decirlo. Lo que el resto de la familia desconocía era el motivo. Tampoco sabían las circunstancias y, mucho menos, que Gabriel no estaba solo. Aunque —yo lo sé— Andrés sí sabía todo. Y no solo eso, él fue quien identificó el cadáver, nunca explicó a los demás cómo es que estaba ahí cuando llegó la policía. Claro, ya se había corrido la voz del hallazgo de Venado.

Yo tenía doce y la vida ya me había maltratado demasiado.

Yo tenía doce y ya guardaba secretos que solo Pablo conocía.

Tenía doce y ya había sido el cómplice de Gabriel para que violara a nuestras primas. Les daba San·Isidros con engaños y luego, cuando ya estaban bien alucinadas, Gabriel se las cogía haciéndolas creer que era un dios·ídolo que aún existe en las yácatas, en Tzintzuntzan, cerca de la hacienda del abuelo. Le gustaba dejárselas ir de golpe, los gritos por el dolor físico y por el placer del alucine le provocaban tal excitación que él también gritaba, aullaba, graznaba, bufaba y, al eyacular, lanzaba un fuerte bramido para luego gritarles *¡Putá de mierda!* Las empujaba, las cacheteaba o les pegaba en el estómago, les arrancaba alguna prenda, una distinta a cada una, que arrojaba a los pies del ídolo y luego comía algunas setas alucinógenas y bebía el resto del día.

A mí me quitó una medalla de la Virgen que siempre traía al cuello. Era lo único que poseía, me la dio mi madre el día que me abandonó. Le dije *Te estás meando fuera de la bacínica, Gabriel, no chingues, yo te puedo joder, cabrón.* Pero le valió pito, me la quitó y la arrojó. Yo no hice nada.

Gabriel desapareció en la madrugada de aquel día. Antes de que se descubriera el cadáver de Venado.

## 2

TODA LA FAMILIA IBA A LA HACIENDA DEL ABUELO CADA VERANO, unos llegábamos de Morelia, otros de la Ciudad de México y otros desde Tucumán y Buenos Aires. Mis tías Élide y Marilina vivían con los abuelos. Mi tío Rogelio, quien es el hermano de ellas, vivía en Morelia. Luciano Echávarri, —el esposo de Élide y padre de Pablo, Venado y Gabriel— se la pasaba de viaje casi todo el año, hasta que un día solo volvieron sus cenizas. Eso es lo que quedó de él. Eso y su plantación de aguacates y algunos negocios.

Desde que tengo memoria viví con Pablo, Venado y Gabriel, con nuestro tío Rogelio y Ramona, su esposa, porque mi padre se fue con una brasileña nalgona el día que yo nací y mi madre, un año después, se fue a España con un rioplatense que conoció en unas vacaciones en Buenos Aires.

Mi tía Élide se murió muy joven, no pudo con la muerte de Venado y la desaparición de Gabriel. Se colgó del tragaluz de su habitación. Llevaba días encerrada, a oscuras, sin abrir las ventanas, con la puerta bien cerrada. La mañana de su muerte salió un rato a su jardín, a regar y podar sus flores. Al mediodía, Pablo la encontró balanceándose. No me gusta recordar ese día.

## 3

NO SOY LO QUE SE DICE UN TIPO BRILLANTE, abandoné los estudios antes de terminar la prepa y mi primo Pablo me dio trabajo en la finca aguacatera que heredó. Trabajar es un decir, solo vamos en tiempos de cosecha, la finca está en manos de un capataz que se sirve bien de la libertad que se le

da, pero es un perro·fiel con mi primo y ha sacado adelante la plantación hasta en los años más difíciles.

Dice Pablo que soy su primo favorito, siempre he pensado que es verdad, porque hemos pasado nuestra vida juntos, siempre juntos. También es mi primo favorito.

Soy de los primos·de·en·medio y eso me hizo un poco invisible para casi todos durante la infancia: no encajaba con los mayores y los más jóvenes me miraban con recelo; así que me vi obligado a apartarme. Luego, cuando crecimos, no tuve ningún interés en relacionarme con ellos. Con Pablo me basta.

Siempre fui un chico obediente, nunca me gustaron las discusiones ni los momentos de tensión que se gestaban y maduraban todos los días en la casa de los abuelos. Siempre busqué la tranquilidad y rehuí las provocaciones; quizá por eso, paradójicamente, ayudaba al depravado de Gabriel en sus actos violentos para con las chicas, para no entrar en conflicto con él.

Los amigos de Pablo —todos ellos un puñado de malandros con quienes frecuentamos los clubes nocturnos de Morelia— y las putas que revolotean a su alrededor sin descanso, dicen que soy tan atractivo como él, pero no me echan ni un hueso, ni unos ni otras. Y eso está bien, porque no quiero que lo hagan.

Yo también soy un perro·fiel de Pablo.

Pablo es mi hermano, mi protector, mi lugar seguro, mi soporte.

Yo soy su hermano, su protector, su lugar seguro, su soporte.

## 4

CUANDO SUCEDIÓ LO DE SARITA YÉPEZ, la prometida de Pablo, mi primo tuvo una crisis que echó por tierra la estabilidad que había logrado conseguir. Fue una tragedia casi tan terrible como la de Venado. Aunque se iban a casar por mera conveniencia, ella era una especie de diamante para Pablo y él dependía del brillo de ese diamante y de la admiración que ella le profesaba porque le brindaba seguridad y, a su lado, podía observar las convenciones sociales con cierta facilidad; sin embargo, mi primo nunca comprendió a su prometida, no concebía una vida como la de ella: siempre obediente a las normas morales y familiares, apegada a las tradiciones, preocupada porque su pequeño mundo de niña mimada marchara con la precisión de un reloj, atenta a las necesidades de todos los demás aun sacrificando las propias. Dice doña Sarita Contreras, su madre, que, cuando era una niña, Sarita Yépez autorizaba a su espíritu perfeccionista a liberarse y jugar en el enorme jardín de su casa de Tres Marías y se permitía alguna sonrisa.

Cuando le arrancaron a Sarita esa sonrisa —que se había vuelto tímida y reservada, como correspondía— afuera de la Academia de Bellas Artes, Pablo vio derrumbarse su mundo una vez más. La tragedia volvía a ponerle un pie, pero esta vez, aunque el golpe fue menos duro que con Venado, la caída casi lo destruye. Cuando conseguí reunirme de nuevo con él lo llevé a un hospital psiquiátrico en la Ciudad de México. Estuvo internado veintiún días. Yo me encerré con él todo ese tiempo.

## **Peligros íntimos**

A LO LARGO DEL ÚLTIMO DÍA, Pablo y Jorge·Emilio han hablado mucho del pasado y han estado afinando ideas sobre cómo obligar a Andrés a confesar el paradero de Gabriel; apenas tocaron la comida, en la cena solo bebieron café.

Su estado de ánimo es raro, deberían estar dichosos ante la proximidad de su salida del encierro. Tal vez temen el porvenir. Ambos actúan de manera irresponsable, sobre todo Jorge·Emilio, que está ahí para cuidar a mi hijo y frenar sus impulsos, aunque, a decir verdad, no puedo esperar algo diferente, mi sobrino recubre su vida con un velo de ambigüedad, aunque, detrás de la tranquilidad de sus ojos, fluye una gran inteligencia y una personalidad pacífica que no le protegen de los golpes de la vida, pero le conceden una cierta inmunidad. A pesar de ello, siempre cede ante las exigencias de mi hijo. Jorgito siempre ha estado junto a mi Pablo, para bien o para mal.

Mis niños, como todos los hombres, también son víctimas del miedo, aun cuando no consigan discernir qué les causa ese recelo: sombras, vacilaciones, peligros desdibujados, el temor a una muerte marrullera.

Domingo, el enfermero de turno, se dejó sobornar por mi sobrino y le pasó de contrabando una botella de vodka. Apenas terminó la cena, y la vigilancia se relajó un poco, los primos se encerraron en la habitación.

Estaban tan decaídos que parecía que, en vez de salir, estaban llegando a aquel lugar; sus miradas estaban abatidas, sus mentes eran máquinas destructoras que trituraban cualquier esperanza que se interpusiera a su paso. En aquellos momentos podrían cometer, sin reproche alguno, un frío asesinato, ejecutado con precisión y delicadeza. Podrían haber llevado a cabo la venganza que le comía la vida a Pablo. Todos sabemos que nuestros hijos, al fin y al cabo, son tan buenos o tan malos como los demás.

Los recuerdos llegaron para ayudarles a sobrellevar las pesadas horas que les separaban del retorno a la vida cotidiana.

## Hot·Paty

NO, YA BASTA DE LO MISMO. CIERRA LA PUERTA Y BEBAMOS. Mientras tanto, te platico lo que pasó en la casa de Pedro, mi amigo de la secundaria, ¿lo recuerdas? Fue aquel fin de semana que te fuiste a Tzintzuntzan a festejar el cumpleaños del abuelo. ¡Claro que sí lo conociste! ¿Te acuerdas de Paty? Están casados.

Bueno, pues me invitaron a un *Garden Party* en su casa, ni siquiera recuerdo el motivo de la celebración, creo que fue su aniversario o algo como eso. Estuve a punto de no ir por el méndigo dolor de cabeza que traía, producto del reventón de la noche de anoche en El Zafiro, en el que hubo alcohol —demasiado alcohol, hasta para mí—, pastas, Adam's y sospecho que hasta una reina me chingué, porque tengo vagos recuerdos de un callejón oscuro en el que pasaron cosas. Solo acudí por compromiso, lo juro.

Me puse un traje de lino blanco para estar fresco, mis mocasines Prada favoritos, por la comodidad —es como andar descalzo— y mi sombrero calentano con astilla de ciento veinte

vueltas, el que dejó papá en la hacienda la última vez que estuvo allí; además de proteger mi vista del sol me ocultaba las ojeras.

Sí es importante decir cómo vestía, cállate y escúchame que esto se va a poner bueno.

Llegué temprano para evitar el tráfico sabatino de la ciudad, ya ves que viven en pleno Morelia. ¡Vivir en la ciudad a estas alturas de la vida! ¡Ocurrencias de gente rara! La orquesta apenas se estaba instalando y yo ya pensaba en que las chamacas no fueran a estar moliendo en bailar conmigo, no estaba para esos trotes.

Entré sin que nadie me recibiera, todos andaban ajetreados, me senté a una mesa alejada. Pedro pasó sin apenas mirarme, era notorio que los zapatos lo estaban martirizando, ¡qué imbécil! ¿A quién se le ocurre estrenar zapatos corrientes para una fiesta? Patricia, Paty, Hot·Paty sí que se acercó a mi mesa, presumiendo las chichis —demasiado grandes— que Pedro le compró para estrenar en esa fiesta. Me quedé pensando que corría peligro de entetamiento letal si no apartaba la vista de tremenda visión, cuando me saludó diciendo que me miró desde lejos y no pudo evitar acercarse, me dijo: *estás hecho un desastre, pero lo disimulas bien, querido*.

¡Claro que no le dije que estaba torcidísimo! Le dije que no me perdería la ocasión por nada del mundo, que se veía increíble, muy sexy; aparté una silla y le dije que se sentara un rato conmigo, pero que hablara bajito porque me dolía un chingo la cabeza. Ella aprovechó para sentarse más cerca.

Nos bebimos un par de botellas de Perseus. En el resto de las mesas había vino barato: Casa Madero. Ella no paraba de hablar hasta por los codos de su césped impecable, su marido ideal, la cava nueva y no sé qué más. Decidí dejarla hablar sin escucharla mientras miraba fascinado el

entusiasta movimiento de su recién expandido busto y dejaba reposar a mi mente del desastre que fue la noche anterior. Recuperó mi atención cuando comenzó a hablar de la adolescencia y las aventuras que vivimos Pedro, ella y yo.

Pedro pasó de regreso, pero esta vez sí volteó y se quedó un rato mirándonos. Los zapatos seguían matándolo, se agachó, se los quitó, se sobó los pies, se volvió a calzar y nos miró con recelo, se incorporó, se arrancó la corbata, saludó fríamente y dando traspies se largó a hablar con los músicos.

Paty ya no sabía qué decir, me miró unos minutos, bebió otro sorbo. Yo le pedí más vino y apuré la copa. Sin decir nada me levanté, le tendí la mano y ella se dejó conducir. Tú sabes cómo es. Porque sí sabes, ¿no? ¿Es igual entre putos? ¿Cómo que tú no eres puto, Yorch? Cogías con mi hermano en las yácatas, no mames, hace mucho que estoy convencido de eso. ¿Cómo de que no? No te hagas.

Ok, ok, cálmate y siéntate que lo que viene se pone bueno.

Entramos en la casa y subimos las escaleras, me conozco muy bien esa propiedad, fueron años de visitarla. Cuando nos metimos en la enorme biblioteca —repleta de libros sin leer— quise echar atrás por el desmadre que se iba a armar si nos descubría Pedro, pero Paty no me lo permitió. Me bajó el pantalón hasta las rodillas, arrojó mi sombrero al piso y levantó su apretado vestido rojo. Llevaba una diminuta tanga negra que le arranqué de un tirón, la puse sobre mi nariz, aspiré profundamente para conservar el olor y luego la guardé en el bolsillo interior de mi saco. Aún la conservo, primo, ¡es una locura esa mujer!

Pásame la botella para darle otro trago, así, a pelo. Hazlo igual, sabe mejor.

Pues bien, era tal la entrega de ella y mi intensidad que no podíamos dejar de apretar nuestros cuerpos y besarnos como poseídos hasta que escuchamos una especie de silbido suave y nos percatamos de que por el pezón resquebrajado de ella estaba saliendo un líquido parecido al aceite mineral, pero con olor a silicón.

¡No, no paramos!, ella estaba como perra en celo y yo como burro en primavera, éramos un par de degenerados traidores dando rienda suelta a sus deseos y no nos iba a detener una chichi rota ahora que por fin teníamos oportunidad de revivir el pasado. No nos veíamos desde su boda. Cogimos hasta casi desmayar.

Cuando bajamos, me senté un rato en un rincón alejado, me encontré con una conocida y, poco después, nos fuimos sin despedirnos, directo a mi casa. No sé cómo explicaría Paty la ausencia y la chichi rota, solo sé que se puso una almohadilla para sobrellevar la fiesta y dijo que ya pensaría en algo.

Estoy borracho, Jorge.

No, no necesito comer ni nada, con un regaderazo para refrescarme estoy como nuevo, tú también deberías ducharte.

Bueno, si no quieres no. Me voy a bañar y nos dormimos, podrías quedarte en el sillón, pero es bastante incómodo, en mi cama cabemos muy bien ambos. ¿Sabes qué? Creo que estoy un poquito·demasiado·borracho, la habitación da vueltas, no me voy a bañar, ven, ayúdame a desnudarme. Gracias.

Acuéstate aquí, junto a mí. Hace frío, no me destapes, acércate, de espaldas a mí. Siempre has sido mi primo favorito.

No, no pasa nada, Jorge·Emilio, solo quiero abrazarte para dormir cómodo, para no sentir que me voy volando. Otra vez tengo ese hueco en la boca del estómago, Yorch, aprieta tus nalgas contra mi vientre para calmarlo. Déjame que te abrace por la cintura.

Te digo que no ocurre nada, ¿qué tanto es tantito?

## **La entrega**

YA RECOSTADOS Y ABRAZADOS, intentaron continuar con la charla sin conseguirlo, porque permitieron que sus sentidos se destaran y se entregaron a un acto que, si bien podría haberlos separado para siempre, no los afectó. Siempre pudieron platicarse cosas que no se imaginaban que otros primos pudiesen hablar, entre ellos había arraigado una amistad cómplice que ahora prendió con más fuerza. Esta nueva conjunción, tuvieron la sensatez de olvidarla o, por lo menos, no volver a hablar de ella. Unos días después Jorge·Emilio escribió en una libreta en la que anota sus pendientes:

## **Después de besos así**

ESA NOCHE NOS APAPACHAMOS, NOS CURAMOS EL DOLOR. Nos apretamos en serio los cuerpos hasta que el llanto se nos fue convirtiendo en suspiro y el suspiro en resuello y el resuello en jadeo. Nos mordimos los labios y las lenguas, nos jalamos para perdernos el uno en el otro, para meternos en el corazón del otro. Nos besamos hondo y se nos metió la urgencia, porque después de besos así nadie es capaz de detenerse. Nos tarascamos. Nos cuarteamos. Nos retorcimos. Nos colmamos de sudor, alcohol y saliva. Nos violentamos y nos sentimos vivos. Nos abrimos para que ingresara el otro, profundamente, en el alma. Yo abrí mi cuerpo para que Pablo entrara en él. Entre temblores, sentimos el latigazo de la eyaculación. Nos bañamos en semen. Y en amor.

Nos relajamos.

Me sentí completo por unas horas, satisfecho conmigo mismo. Aprendí a llenar el hueco en la boca del estómago. Nos terminamos la botella para evitar los remordimientos. Hoy, el mundo no es tan triste, ni tan pequeño, ni tan pobre.

J·E

## **PARTE CINCO**

### **Liberado**

Aunque el mundo está lleno de dolor, también da armas para superarlo.

—Helen Keller

AQUELLA NOCHE PUDO TRAER CONSECUENCIAS para Pablo, ya que Jorge Emilio y él transgredieron las normas del instituto. Todo el mundo se hizo de la vista gorda. Algunos comentaron que había habido borlote en el 101, pero nadie alzó la voz.

Mi hijo tendría que haber salido del hospital por la mañana, pero Hugo Mercado quiso evaluarlo antes de autorizar definitivamente la salida, así que tuvieron que esperar hasta la tarde. Fue una situación afortunada, Pablo tuvo tiempo de ducharse, afeitarse, quitarse el olor a alcohol del cuerpo y el aliento y recomponer su estado de ánimo. No pensó ni un instante en lo que debía decir, ensayar le restaría naturalidad y tenía que hacerlo bien. Cuando llegó Hugo, mi hijo estaba listo para la entrevista. Siempre supo ocultar sus nostalgias y hasta sus desvaríos, daba la impresión de ser un muchacho sano y alegre; esta vez estaba ante un reputado psiquiatra, pero se convenció de que logró engañarlo. En realidad, estaba más obsesionado que nunca.

Hugo lo conoce desde pequeño y le tiene mucho cariño, así que dispuso su voluntad para firmar el alta.

## La entrevista

EN CUANTO SALIMOS DEL PSIQUIÁTRICO viajamos a Morelia, amigo, y por la noche nos fuimos al Sacrificio, a visitar a los cuates y beber unas copas. Seguro que tú estabas por acá, en El Zafiro, esa noche, porque no te vi allá. La mañana siguiente teníamos que viajar a Uruapan para el inicio de la cosecha. Pablo, como siempre, se volcó en las muchachas “alegres”. Yo me conformé con verlo contento. Estuvo pelada la salida, lo entrevistó el mero doctor Mercado.

A mí no me permitieron estar presente, pero le deslicé un billetito a Domingo y se hizo de la vista gorda para que yo pudiera escuchar tras la puerta. Y no, no fue por chismoso, Busca, es que yo necesito estar pendiente de mi primo. No me acuerdo de cada detalle, pero la cosa transcurrió más o menos así:

El doctor Mercado: ¿Por qué estás aquí, Pablo?

Y le dijo algo sobre que él es inteligente y sensato y que siempre fue un chavo sensible, bastante centrado, sobre todo para alguien con su historia —nuestra historia familiar, amigo— y

que, sin embargo, algo lo llevó ahí y no sé qué tanto rollo. Total, que quiso que le dijera qué fue eso que lo llevó al loquero.

y Pablo: tú lo sabes mejor que yo, Hugo, tú eres el especialista.

y Mercado: necesito que tú lo digas.

y Pablo: pues, tuve una crisis nerviosa, días después del asesinato de Sarita, mi novia, yo creo que es algo de esperarse, ¿no?

y el doc Mercado: ¿Hubo algún otro detonante para esa crisis?

y Pablo: sabes que sí, me reencontré, durante el asesinato, con Soledad, una mujer a la que quiero dejar en el pasado, pero esa mañana ella estaba ahí, aún no he podido averiguar por qué. Me presentó a alguien apodado El Gato, me drogaron, eso lo sé, lo siguiente fue pasar una parranda de varios días con ellos.

y Mercado: ¿Por qué aceptaste? Querías alejarte de Soledad, ¿por qué correrte una parranda con ellos?

y mi primo: Te repito que me drogaron. Ya después sí quise, soy propenso al uso de sustancias. Se aprovecharon de eso. No sé por qué estaba Soledad en la escena del crimen, no sé quién es el mentado Gato, si me lo pones enfrente no lo reconocería, con mucho trabajo recuerdo lo sucedido entre los tres, apenas si tengo noción de que mi primo me trajo aquí.

Ahí mintió, sí se acuerda, a mí me contó, pero bueno, la cosa siguió así:

y el doc: ¿Crees que te ayudó tu estancia? ¿Consideras que debes salir ya?

y Pablo: claro, ya debo salir, soy un hombre que se tambalea por momentos, pero puedo manejarme en el mundo. Aquí hay hombres capaces de asesinar por nada.

y, entonces, Mercado, bien suspicaz: ¿Tú no eres capaz?

En este momento, yo creo que mi primo sintió que comenzaba a perder la paciencia y, con ello, la oportunidad de salir, pero se recompuso y comenzó a asestar golpes certeros para asegurar la victoria.

y Pablo respondió: si no maté a la vieja que me quitó a mi Sarita.

y Mercado: ¿Nunca has pensado en matar a nadie? ¿Hacerle algún daño?

y Pablo: todos lo hemos pensado alguna vez, pero no lo haría.

y de nuevo un zarpazo de Mercado: sé que, de niño, matabas animales pequeños con tus propias manos.

y Pablo: son mentiras.

y Mercado: ¿Por qué debería dejarte salir?

y Pablo, haciéndose el listo: porque eres un sol

Mercado no dijo nada.

y Pablo: bueno, porque no estoy demente, solo tuve una crisis. Un desajuste emocional, me dijo la doctora que me ingresó.

y el doc: si yo te lo sugiero, ¿te quedarías una semana más?

y Pablo: no, Hugo, debo atender mis negocios y buscar que se le haga justicia a mi novia. Debo visitar a la madre de Sarita, cerrar las inversiones que teníamos su hija y yo. Viene la temporada de cosecha y hay que preparar todo, Jorge·Emilio no sabe hacerlo solo. El capataz sabe muy bien qué debe hacerse, pero “al ojo del amo...” no puedo quedarme, sería contraproducente, me voy a alterar más por todos los pendientes.

y Mercado: vas a tener que tomar ansiolíticos y tranquilizantes por un tiempo y regresar dos veces por mes a consulta externa, conmigo.

y Pablito: Hugo, ¿sabes por qué les damos pastillas a los locos? Para sentirnos cómodos. Solo porque piensan diferente que los demás no significa que deben tomar pastillas.

y Mercado, veloz: ¿Quién decide qué es normal y qué no lo es?

y Pablo, titubeante: bueno, tú. Además, como yo no estoy loco, sino deprimido...

y Mercado: hay que estabilizar por completo tus emociones.

y Pablo: Lo que realmente necesito es algo que llevo dentro, desde niño, como una sombra, algo que me pide ser resuelto. He intentado darle nombre, pero no he podido. Sin embargo, doctor, si tú dices que debo tomar chochos, me los tomo.

Así siguieron, Busca, por un rato más. Yo debo estar pendiente, pero me aburrí y tenía sed y luego quise ir a mear. Me giré y me topé de frente con Domingo, el enfermero. Hice la finta de tirarle un gancho al hígado, él hizo la finta de esquivarlo. Le guiñé un ojo y continué. Él se acercó más a la puerta, aprovechando que yo ya no estaba ahí.

Yo solo te digo que dicen que con la edad se va acentuando lo que en verdad somos. Y con mi primo así es, con los años se ha fortalecido su misión, la ha madurado y planeado y también se ha reforzado su fuerza emocional, esto solo fue un resbalón, su mente es tan fuerte como su cuerpo, ahí nomás te digo. Mi primo no se rinde nunca, él es hermoso, maravilloso y único y no necesita navegar en el barco de los locos.

## Domingo

AMANECIÓ EL MARTES BAJO EL TEDIO DEL CALOR DE UNA MAÑANA DESABRIDA. En la Ciudad de México todavía no se alzaba por completo el sol y el día ya apuntaba a bochorno. Los recuerdos golpeaban en la frente de Domingo, pero él no deseaba dejarlos entrar, ya bastante tenía con soportar los sofocos del verano, quería orear su existencia acalorada, así que se recargó en el quicio de la ventana a ver pasar a la gente, siempre aprisa. *Después de la parranda que se corrieron los primitos en la habitación del hospital yo ya no tengo que respirar el aire caliente con olor a asfalto para ir a trabajar, no me pesa que me hayan corrido por ese motivo, pensaba.*

René, el jefe de enfermeros del psiquiátrico, señaló a Domingo como el responsable de todo lo ocurrido aquella noche en el hospital. Domingo opinó que su jefe tuvo pretexto para deshacerse de él, el escándalo de los primos fue la ocasión perfecta para que René demostrara su antipatía. En realidad, René no comprendía la obsesión de Domingo por Pablo. Mientras este estuvo internado, Domingo hizo todo lo que pudo para ser el responsable de sus cuidados. Fue él

quien se encargó de la convalecencia de Pablo tras la terapia de electrochoques, hasta dobló turno dos veces, a pesar de la oposición de su jefe.

Las siete y media —pensó— voy con Prudencia a comprar leche para el desayuno. Agarró su monedero, se limpió el sudor del rostro y salió del apartamento.

## 2

DOMINGO LLENÓ UN VASO CON AGUA Y SE LO VACIÓ EN LA CABEZA. No era solamente el calor del verano lo que lo quemaba por dentro: las paredes de cantera rosa de su pasado perdían la distancia y se agolpaban en su memoria, el sonido de un disparo hería la memoria de sus oídos y lo ensordecía de nuevo. El agua se deslizó entre su cabellera ondulada, refrescándole el cráneo y la nuca. También entró en sus ojos amarillos, confundiéndose con sus lágrimas.

## 3

LO PEOR DE TODO ES QUE NO ENCUENTRO LA MANERA DE AVENTAR EL PINCHE TIEMPO ATRÁS. No me quiero morir. ¡Qué pinche calorón, carajo! ¿Cómo fueron a dejarlo salir? Yo ya estaba viendo la manera de que le dieran otra TEC<sup>2</sup>, ¿cómo es que no hubo consecuencias para él por beber dentro del hospital y cogerse al primo ahí mismo? Era la ocasión perfecta para retenerlo. Ay, no

---

<sup>2</sup> TEC, Terapia electroconvulsiva. La terapia electroconvulsiva es un procedimiento que consiste en pasar pequeñas corrientes eléctricas a través del cerebro, para desencadenar una convulsión breve de manera intencional. Esta terapia provoca cambios en el cerebro que pueden revertir síntomas de algunos padecimientos mentales. Existe un estigma asociado a las TEC, debido a que en el pasado se administraban dosis altas de electricidad sin anestesia, lo cual causaba pérdida de la memoria, así como pérdida temporal del raciocinio y la voluntad, aunados a fracturas de huesos y otros efectos secundarios graves.

vaya a ser que se entere y se alebrestre y se las quiera cobrar a las malas. No, no me reconoció. Debí actuar a tiempo, pero no es tan fácil chingarse a alguien. Si hubiera sabido en la que me estaba metiendo. Ya no soy aquel vale-madres que fui toda mi adolescencia y que se murió la mañana en que me lancé en esa aventura con Soledad que me pesa tanto. ¿Por qué tuve que emocionarme con aquello? Estuvo suave, pero no sabía en la que me metía. Voy a tener que largarme. No me quiero morir.

#### 4

DOMINGO DERRAMÓ DE NUEVO UN VASO DE AGUA SOBRE SU CABEZA Y OTRO Y OTRO, hasta quedar completamente empapado. Abrió las cortinas y las ventanas de par en par, se desnudó, tiró al suelo las cobijas de la cama, se recostó, se masturbó con urgencia, prendió la tele y se quedó dormido.

Eran las seis de la tarde cuando despertó, el ambiente había refrescado un poco, pero Domingo aún se asfixiaba, todavía el aire quemaba sus pulmones. Las sienas le palpitaban, el ruido proveniente de la calle le rompía la razón. Se asomó a la ventana, la luz le hirió los ojos. Cerró la ventana de un golpe que acentuó su migraña, no pudo reprimir un grito que se volvió contra sí mismo. Sacó una jarra de agua del refrigerador y la vació sobre su cabeza. El recorrido le causó placer. La gota que escurrió por su pubis le provocó un flashazo borroso: un disparo, gritos, confusión, un pañuelo blanco, unos labios húmedos, un hombre arrodillado, desenfreno, confusión, una mujer hermosa, placer, dolor propio y ajeno, más besos, deseo, sentimientos de amor, ira, envidia, vergüenza.

## 5

LA PRIMERA VEZ QUE DEJÉ MI BARBA CRECER, apenas entré a la adolescencia, fue divertido. Era tan abundante que me hacía parecer otro. La gente pensó que era otro —alguien que se parecía notablemente a mí, pero otro—, quizás un pariente desconocido o ese doble que dicen que todos tenemos. Sabían cuánto me gustaba rasurarme todas las mañanas, no podía ser yo. Creer que me había ido de vacaciones a casa de mi padre les daba la razón, tenía que ser un doble. Fue muy ameno ver cómo mis propios amigos se cruzaban la calle cuando me veían caminar hacia ellos. Sentían curiosidad, pero era mayor su desconfianza. Ni siquiera notaron el amarillo de mis ojos, ni los destellos naranjas de mi cabello, por su temor a acercarse demasiado. La única persona sensata fue María, la novia de Tito, cómo nos reíamos después de hacer el amor, cada tarde. Cuando fue hora de volver de mis supuestas vacaciones me afeité, la gente me dijo que, durante mi ausencia, apareció un joven misterioso, muy parecido a mí, pero de alma oscura. No los desengañé, dejé que me contaran sus historias. María no volvió a acostarse conmigo, pero, poco después, me enredé con Soledad, sin sospechar que la conocí en la adolescencia, pero se llamaba distinto y era muy flaca.

Quizá la gente sigue siendo un poco imbécil y, en el lugar al que voy, me sea fácil mantener a las personas alejadas de mí, es cuestión de provocarles temor. Tendré que ingeniármelas para crear alguna historia que me evite tener que dar respuestas a aquellos cuya curiosidad sea más fuerte que la prudencia.

## 6

DOMINGO HACE UN ESFUERZO POR VESTIRSE y tomar una pequeña maleta que está lista bajo la mesa del comedor. El calor ya no es sofocante. Han pasado doce horas. *Son las siete y media — dice—. Estoy a tiempo.*

El auto que pidió cancela el servicio. Piensa que puede caminar por última vez en esta ciudad durante un rato. Está a tiempo.

Amarra su largo cabello rubio anaranjado en una coleta y la enrolla en un chongo. Camina sin prisa bajo un cielo que comienza a oscurecer. Al girar en la esquina, resbala y, al caer, se golpea la espalda con una piedra. Tras el golpe, siente una súbita presión en los riñones, tan intensa que le impide levantarse. Un hombre y una mujer que pasean a su perro lo ayudan a ponerse de pie. Él les da las gracias y se aleja; está convencido de que debe hacer las cosas solo y sin ayuda. No confía en nadie.

Intenta continuar, pero le duelen tanto los riñones, hace muchos años que no sufría aquel suplicio. Siente como si lo hubieran cortado en dos, como si la mitad de su cuerpo se hubiera marchado sin él: la pulsión nace en los riñones y se desparrama: le invade las piernas, las engarrota; le entume los pies; tortura, de una manera terrible, en una especie de choque eléctrico, sus testículos y le provoca un incontrolable temblor que a ratos le paraliza el estómago. La otra mitad se marchó y lo dejó a merced del dolor, del tiempo y del olvido. *¡Ah!, si pudiera aferrarme a algo, algo sólido y estable. Si soledad estuviera aquí, si pudiera alargar mi mano y*

*tirar de ella y apoyarme en ella y perderme en ella. Soledad preciosa, Soledad desgarradora, Soledad de la poesía y del universo.*

El piso refleja una creciente luz azul, como si estuviera a punto de llover. La humedad no está en el ambiente, está en sus ojos y en su alma. Siente una enorme lluvia estrechándose sobre él cada vez que se detiene a pensar, no puede pararse, si lo hace la humedad lo va a asfixiar. Mira la hora en su celular: está a tiempo. Detiene a un taxi que transita lento y sube. Acomoda la maletita bajo sus rodillas para sentirse sobre tierra firme. Saca de su cartera un cuadrito de cartón que pone sobre su lengua. Le indica al conductor que lo lleve al aeropuerto.

## 7

TENÍA TRECE AÑOS, PERO APARENTABA UNOS DIECISÉIS. Mi cuerpo cambió años antes de lo que es natural. Mi mamá decía que eran los genes de su padre. Nunca fue un problema para mí, como sucedía a los otros chicos cuando dejaban de ser niños. Yo disfrutaba ser el más atractivo para las chicas. Les gustaba a todas, les embriagaban mi cuerpo musculoso, mi espesa barba, mis ojos amarillos y mi cabello de tonos rojizos. Y yo me servía muy bien de su deseo.

Acababa de llegar al barrio una niña pálida y huesuda que miraba a todos con superioridad. No me gustó. Era fea y altanera. Intenté mantenerla alejada de nosotros. No sé cómo fue que se me metió en el alma y el cuerpo. Al poco tiempo de su llegada, comencé a desearla. Su rechazo incrementó mi capricho. Me enamoré de ella. Me rechazó docenas de veces. Una tarde me dijo: *Voy a ser tuya, pero antes debes hacer algo por mí para merecerme, algún día surgirá la ocasión.* Luego desapareció. Nadie supo más de ella. Ni siquiera sus padres.

La nula atención de mis padres, que compensaban con dinero y regalos; la subordinación casi total de mis amigos; la devoción de las chicas; la llave de mi atractivo, que me abrió todas las puertas, que, incluso, me regaló las calificaciones escolares, no eran suficientes para mí. Comencé a sentir un tedio aplastante. En el verano de ese año, el calor se me metía en el cuerpo y me desesperaba. Mi espíritu radiante y aventurero se disolvía en las calles ardientes. Entonces comencé a humedecerlo con más alcohol. Para cuando llegó el invierno, ya estaba completamente hundido en las drogas alucinógenas, intentando hallar a aquella joven que se hacía llamar con un nombre diferente cada semana. Me hundí en un agujero negro.

La encontré muchos años después, ya casi me había olvidado de ella. Fue afuera de la Catedral, un sábado por la noche, durante el encendido artístico. Finalmente había elegido un nombre: Soledad. Ella no había olvidado su promesa y tampoco que yo debía hacer algo para merecerla. Me propuso un trato que volvió a poner mi vida a rodar. En el pacto estaba implicado uno de los hermanos Echávarri, el único que seguía por ahí. Aunque hacía muchos años que él ya no vivía en Morelia, visitaba la ciudad con alguna frecuencia. Soledad se encargó de todo el asunto ella sola, pero me necesitaría algunos días, al término de los cuales yo recibiría la recompensa prometida.

Cuando llegamos los tres a aquella casa, luego de las terribles horas vividas en Bellas Artes, tras el asesinato de aquella chava que luego supe que era la prometida de nuestro objetivo, tuve una imperiosa necesidad de asearme y Soledad me permitió hacerlo. Una simple mirada me bastó para adivinar lo que pasó durante mi baño, pero no me escandalicé, desde muy joven aprendí que la carne es extremadamente débil y el espíritu, que debería luchar contra las tentaciones, es el primero en ceder. La situación de Pablo Echávarri, cuando acababa de

presenciar aquel horrible asesinato, no era la más propicia para que su alma se entregara al placer; pero estaba tan drogado o más que yo mismo. Ella se había encargado de eso y también de mantener el estado alterado de Pablo.

Las caricias que Soledad regalaba a nuestro prisionero perturbaban la circulación de mi sangre. Una fina capa de sudor le hacía brillar la piel desde los hombros hasta el vientre, estaba apetitosa como un higo partido por la mitad, que dejaba salir la primera gota de miel.

—Tú, vete, por ahora no eres necesario —Me dijo.

Así son las cosas, no me dio la menor oportunidad de envanecerme por la misión que se me encomendó, apenas comenzaba el trabajo y ya me había dicho: *Tú, vete, no eres necesario*. Por supuesto que renegué, pero su sola mirada me obligó a callar. Con otra mirada me otorgó permiso para quedarme en un rincón, observándolos.

Yo no sé si Pablo Echávarri merecía esto, pero observar a esta mujer enferma de deseo y de un odio que nunca me explicó, complacida en provocar a aquel hombre y, acto seguido, retirarse, retardando la unión, me hizo pensar que seguramente yo merecía algo mejor que una venganza ajena. Quise, asqueado, salir de ahí. Ella lo supo de inmediato, pues me ordenó acercarme y me ensartó en la boca una cápsula que extrajo de un frasco opaco guardado en el cajón del buró al lado de la cama. Enseguida abrió las piernas para dejarse penetrar por Pablo, pero no en un acto de entrega, sino tratando de devorar al hombre aquel al que ordenó: *Entra*.

## 8

TENÍA QUINCE AÑOS CUANDO CONOCÍ, por primera vez, ese otro mundo. Fue Sam, un amigo de aquellos años, quien me lo mostró. Fuimos la casa de alguien. Había otros amigos. Sam rompió el cristal y me invitó a hacer lo mismo. Solo un gramo de felicidad, me dijo. Unos minutos después caímos en el mundo de Alicia. Una bandada de cuervos alzó el vuelo. Graznaban y revoloteaban con las alas desplegadas, empujados por una corriente de aire. La oscuridad se había tragado al sol desde hacía varias horas, pero, para nosotros, no existía el tiempo ni el espacio, el conejo blanco nos dejó a la deriva. Sonó un trueno. A Sam lo alcanzó un rayo. Quedó inerte.

Los cuervos se sucedieron uno tras otro, reclamando un espacio en aquel cuerpo que no les pertenecía pero que se adjudicaron y usufructuaron minuto a minuto, hora tras hora. Yo no podía creer lo que veía, era cada vez más difícil mantener mi fingida sonrisa. Gotas saladas bajaban de mi frente y se enredaban en amores con la lluvia de mis ojos.

Los fragmentos del cristal circulaban mis venas, desgarrándolas, obnubilándome. Luego, una sensación desconocida se apoderó de mí y el dolor se volvió placer. Mis ojos amarillos vencieron la oscuridad. me transformé en un gato. En una ráfaga de viento, uno de los alados negros, el más grande, bajó de la rama desde la que observaba y se abalanzó sobre el cuerpo indefenso de mi amigo, lastimándolo. Sam se revolvió, retrocedió, pero el ave contraatacó, hincando el pico en su carne, lacerándole la piel con sus garras. *Necesito ayuda*, me dijo Sam. Sin perder un instante, arremetí contra el cuervo: lancé un maullido, salté sobre el ave, con el hocico mordí su cuello y jalé su cuerpo hacia mí para alejarlo, pero el ave estaba prendida de Sam,

alimentándose de su esencia. Mis fuerzas no eran suficientes para arrancar a un simple cuervo del cuerpo de mi amigo. Cambié de estrategia y logré seducir al cuervo por un instante, dando un breve respiro a Sam. El pajarraco se concentró en mis ojos, pero se percató de que los otros carroñeos se abalanzaron sobre Sam y volvió a la carga para recuperar a su presa.

Todo estaba perdido. Alicia no acudió al rescate. El hombre del sombrero reía a carcajadas, alucinado por un raro elixir que bebió de un frasco. La reina se regodeaba entre las alas de otra bandada de cuervos. Sam se abandonó a los picos de los pajarracos. El gato que yo era se refugió en un rincón.

## 9

DOMINGO SE ACOMODA EN EL ASIENTO TRASERO. Aprieta las palmas de sus manos contra el estómago para calmar un poco el ardor y contener los tremendos temblores que lo agitan. Cuando logra sobreponerse, su mirada se pierde por un instante hacia su lado izquierdo. Su expresión es como la de alguien que hace un esfuerzo por mirar y escuchar en la oscuridad.

—¿Adónde vas, Gato?

Silencio.

—Te estoy hablando, pinche Gato, ¿es que no me escuchas?

—Soledad, ¡Querida Soledad!, vengo a compartir contigo mi expiación.

—Creo que estabas huyendo de mí. Y de otros.

—No, no. Jamás lo haría.

—Jamás podrías.

—Comparte conmigo este momento crucial. Te gustará participar.

El conductor del taxi tiene los cinco sentidos puestos en su pasajero. No se atreve a preguntar nada. Piensa que, tal vez, el hombre del asiento posterior es un actor que ensaya una escena.

—Durante algún tiempo, amada amiga, tú y yo hemos sido leales compañeros. Antes de tu alianza conmigo no habías tenido oportunidad de llevar a cabo tus planes. Antes de ti, no me había encontrado nunca con la posibilidad de realizar mis fantasías más crueles. Entre tú y yo hubo algo muy parecido al amor, pero fue un amor enlazado con el miedo. El verdadero amor, Soledad, es el que se experimenta por uno mismo. En él no caben el temor y la arrogancia. El amor sincero es el que estoy próximo a alcanzar, mis dedos rozan sus orillas, mis pies están a punto de sumergirse en su corriente y yo quiero que lo vivas conmigo, porque es el verdadero amor.

Domingo guarda silencio por un instante, levanta su maleta, la coloca sobre sus piernas, fija su mirada en el espejo retrovisor hasta que el conductor aparta la suya.

—Soledad, mi querida Soledad, condúceme tú a la purificación para alcanzar el verdadero amor. Tú me concediste la ocasión para dar forma y materia a los sueños que tuve de niño y mereces que te haga partícipe del evento.

El conductor no puede más, el sudor, incontenible, empapa todo su cuerpo. Se detiene. Pide a Domingo que baje de inmediato.

A pesar de que el dolor en los riñones es ahora casi insoportable, Domingo camina, con paso muy lento, a lo largo de tres calles. No reconoce el rumbo. Tampoco quiere preguntar. Abre una aplicación en su celular para ubicarse, pero no entiende nada, su mente está nublada. A causa del fuerte dolor, una luz muy brillante lo enceguece. Busca el apoyo de Soledad, pero ella parece haberse quedado en el taxi, o se desvaneció, o huyó.

## 10

FUE ENTONCES, CON LA AMENAZA DE LLUVIA INMINENTE, con el caer de las primeras gotas, cuando El Gato se dio cuenta de que tenía la ropa sucia de sangre. Pensó que tal vez la mancha desaparecería con la lluvia, pero luego comprobó que no, que lo mejor sería disimularla.

Casi no se podía sostener sobre las piernas, no solo por lo mucho que había caminado, sino también porque el hambre comenzaba a apretar. Comenzó a llover con fuerza, poco tiempo después su ropa estaba empapada, del rastro de sangre no quedaba vestigio. Siempre podría decir, si alguien le preguntaba, que se trataba de la sangre de algún paciente. *Sí*, dijo en voz alta, *pero Soledad no era ningún paciente, era mi cómplice y yo la he matado.*

Reflexionar mientras el agua de la lluvia nos va cayendo encima no es precisamente lo más cómodo del mundo. Quizá por eso es que dejó de llover de un momento a otro, para que Domingo pudiera pensar con comodidad en Soledad y lo que hicieron juntos y en la promesa que ella le hizo y no cumplió y descubrir hasta donde le lleva el curso de su juicio.

Esta nueva reflexión, este nuevo revivir lo sucedido, provocó en él un nuevo estremecimiento, no el que era resultado del contacto directo con la ropa mojada, sino una especie

de palpitación en la región del sexo, una ligera rigidez que no tardó en desaparecer, como si se hubiera avergonzado de sí mismo.

Se enroscó en la esquina, juntando las rodillas con el pecho, y así se durmió. El frío de la madrugada le hizo despertar.

Después de lo que he contado sobre el enfermero, más de uno se preguntará si el Gato no está cansado, exprimido hasta los huesos por los sentimientos de culpa. Cansado está, exprimido también, y pálido como si estuviera al borde de que se le extinguiera la vida. Se ha convertido en una sombra, una verdadera sombra.

**Andrés·Morales**

MI MENTE GIRABA A TAL VELOCIDAD QUE ESTABA A PUNTO DE VOMITARME, mientras le contaba a mi familia lo sucedido tras el hallazgo del cuerpo de Venado. Los abuelos enmudecidos; Élide, con la mirada dura y el rostro congestionado, su abombada frente marcada por una palpitante vena verdosa, las manos crispadas; Julieta, ausente, pensativa, en perenne silencio; Pablo, en un rictus mezcla de dolor, confusión y gozo que solo yo alcanzaba a percibir; Jorge·Emilio, abrazándolo. Marilina era la única que hablaba, siempre deseosa de ser el centro de atención. Deseaba empujarla, mentarle la madre, empujarla y gritarle que me dejara en paz, acabar con su farsa, patearla y gritarle que se callara el hocico, echarle en cara que nunca supo ser mi madre, que ni siquiera tuvo el valor de aceptarme y decidió reglarme con su pinche hermana que nunca me quiso tampoco. Hacerle saber que estoy enterado desde los cinco años. Callarla como fuera: aplastarle el cráneo con una roca, como hizo Gabriel con Venado, para que cerrara la boca de una vez por todas. Arrancarla de mis entrañas, deshacerme de ella de una vez y para siempre, como ella hizo conmigo.

## 2

ENTRE LA MUCHEDUMBRE APARECIÓ UN GRUPITO DE SEÑORAS ENLUTADAS, seguramente de camino a alguna iglesia, profiriendo sentencias religiosas con las cuales incitaban a los pecadores a arrepentirse de sus malos actos. Yo estaba abrazado a Venadito, queriendo pasarle mi calor para ver si se reanimaba su cuerpo helado. El resto de la gente murmuraba docenas de versiones de lo sucedido y lanzaban sus conjeturas sobre los motivos del asesino. Al cabo de media hora, las negras figuras comenzaban a regañar a los asistentes amenazándolos con el castigo implacable del puño divino. Benjamín Aguilar se hartó de ellas y las echó a empujones del lugar: *Shú, aves de mal agüero, shú, vayan a barrer sus casas, que seguramente están llenas de polvo por falta de atención. Aquí no hay nada para ustedes, así que, ahuecando el ala, cuervos infames ¡Shú! ¡Shú!*

## 3

SE ME HELÓ LA SANGRE EN LAS VENAS cuando Gabriel corrió tras Venado, en ese momento logré dimensionar las consecuencias de lo que estábamos haciendo. Supe que Gabriel iba a matar a Venado y temí por mi propia vida.

No sé cómo me dejé convencer por Pablo y Jorge·Emilio para llevar a Venado a las yácatas esa madrugada, pero cuando escuchamos el golpe seco del cuerpo de Gabriel cayendo del otro lado de la cerca de madera ya no hubo vuelta atrás. Cuando vi a Chángeles unirse a Gabriel mi mente dio tantas vueltas que tuve ganas de vomitar, pero ya no pude retractarme, la mirada dura

de Pablo sobre la mía me obligó a continuar. Era seguir adelante o atenerme a la reacción de mis primos.

El día anterior me hicieron partícipe del complot. Ni siquiera necesitaban de mí, no hice más que llevar a Venado al jardín sin que nadie nos viera, ahí concluía mi colaboración. De último momento Pablo ordenó que los acompañara. *No te despegues del mudo*, me dijo, *ni lo dejes regresar, sígannos*.

Cuando estuvimos en el valle, mi encomienda fue obligar a Venado a presenciar lo que Gabriel hacía con Chángeles. Cuando Gabriel nos descubrió, Pablo empujó fuerte a Venado hacia el frente, entregándoselo a su hermano mayor.

No cabe duda de que somos una familia malvada: Marilina me empujó a mí —cuando me regaló con su hermana para ocultar su maternidad— a una vida patética y dolorosa; Pablo empujó a su gemelo a una muerte segura y, estoy seguro, planificada. Siempre me he preguntado quién más estaba implicado en todo aquello, fueron demasiadas coincidencias. Tenemos la sangre podrida. ¿Por qué no me negué? ¿Por qué —si intuía lo que iba a suceder, si lo sabía casi con certeza— seguí adelante? ¿Por qué el miedo se me convirtió en deleite cuando Gabriel golpeaba con la piedra una y otra vez a su hermano? Con aquella piedra que Pablo le señaló. Con aquella piedra negra y verde que parecía estarlos esperando. Luego, Pablo corrió, Jorge·Emilio corrió, Gabriel corrió.

## 4

LOS POLICÍAS DEL PUEBLO ME MANOSEABAN, EMPUJABAN Y ATOSIGABAN con docenas de preguntas mientras los forenses examinaban el cuerpo del Venadito. Yo daba una respuesta cualquiera y luego declaraba algo totalmente opuesto a la misma pregunta. Lo único que quería era abrazar a mi primo, darle la protección que le negué cuando debí cuidarlo. No me cabían en el cuerpo, manchado con la sangre de Venado, la culpa y la vergüenza.

Los cuchicheos de la chusma taladraban mis oídos y las amenazas de la policía me provocaban náuseas mientras la mirada de Venado no se apartaba de mi mente: Venado suplicándome ayuda y yo sin hacer nada por él, petrificado de miedo, acobardado como siempre. Los brazos de Venado tratando de alcanzarme, demandando un escudo para protegerse, mientras su cuerpo desgarrado se desguazaba en sangre. Su voz, que no conocí, queriendo escapar y gritar y llenar el aire y correr por todo el valle hasta llegar a los oídos de su madre para que acudiera en su rescate. Su mirada fija en mí. El pecho casi inmóvil, sin aire.

## 5

TENEMOS LA SANGRE PODRIDA. Ávida de dolores que justifiquen nuestras malas decisiones: Marilina, quien apaciguaba su falsa angustia acostándose con todos los hombres que podía, mientras conseguía reflejar una imagen de mujer decente y censoradora; Julieta, que no quería casarse, pero tampoco dejar libre al novio y decidió enloquecer y enmudecer para chantajearlo, aunque a ella le costara, de cualquier modo, la libertad; la abuela, que ocultaba sus muchos pecados y los de sus hijos tras una imagen abnegada y dentro de un sinfín de cachivaches inservibles en la

cocina; Rogelio, con sus vicios y su violencia física y verbal contra toda la familia; Jorge·Emilio y su complicidad voluntaria con Gabriel en contra de las chicas.

El abuelo, ambicioso, autoritario y cruel, siempre entretenido con las adolescentes de la región sin pudor alguno.

Jorge·Emilio, siempre cómplice de Pablo.

Marilina, con un disparo en la cabeza.

El abuelo, nuevo propietario, nadie sabe cómo, de las tierras y la granja del vecino chiflado.

Luciano Echávarri, siempre ausente, y su vida llena de murmuraciones.

Élida colgada del tragaluz.

Pablo, conspirador en la muerte de su gemelo.

Gabriel, el Caín de Venado.

Todos nosotros, con la muerte de Bernardo a cuestas.

## 6

Y, MIENTRAS EL FÉRETRO BAJABA A LA TIERRA, DE NUEVO ME BROTO VENADO, el otro Venado, el de los ojos grises, la mirada fresca y la sonrisa casi imperceptible, pero eterna. De nuevo Venado: frágil, acuchillado, silencioso en la vida y en la muerte. Y yo abrazándolo. Y yo abrazándolo y manchando mi piel con su sangre. Y yo manchándome con su sangre y haciéndome cada vez más chiquito por mi pecado. Venado y las estrías violáceas que atigraban sus brazos y piernas, tirado

en el basamento. Y el enorme cadáver que es Venado. Y el olor a muerte y culpa que es Venado. Y yo ahí parado. Y los dos Venados: el niño querido y el monstruo en el que se acaba de convertir. Y Venado muerto. Venado demasiado muerto.

Y mientras el féretro bajaba a la tierra, perduraba en Pablo el olor a cuero rancio borbotado por el cadáver de Venado. Estoy convencido de que no conseguía arrancar de su mirada la tenaz silueta del cadáver de su hermano. No recibía paz alguna su espíritu con el enterramiento de su gemelo. Se lo podía notar en los ojos, y en los puños apretados, y en las venas saltadas, y en el sudor de su frente, pese al inexplicable frío de aquella tarde.

Y mientras el féretro bajaba a la tierra, Élide no dejaba de repetir: *No puedo sentir nada. Él no habría querido una madre enlutada y afligida.* El pueblo entero la juzgó por su insensibilidad, no concebían que una madre no llorara y gritara por la muerte de su hijo. No permitió que nadie, ni siquiera Marilina, mucho menos Marilina, se le acercara. Su expresión era de furia.

Y mientras el féretro bajaba a la tierra, Venado, el enorme cadáver en que se convirtió Venado, el monstruo que nació con la muerte de Venado, se apropió del espíritu de todos nosotros para no permitirnos, nunca más, un minuto de sosiego.

## 7

*NO HACE NI DOS HORAS QUE LO MATARON.* Dijo Benjamín Aguilar y me dirigió una mirada que me pareció eterna. No pude evitar limpiarme las manos en la ropa al escuchar sus palabras, aunque

estaba todo lleno de la sangre de Venado. Doña Lencha, la hermana de Benjamín, lo reprendía constantemente por sus comentarios, pero él continuó dando su opinión. Estaba indignado por la muerte de mi primo, a ellos les mataron un hermano en la infancia. Los más viejos del pueblo dicen que Benjamín estaba presente cuando aquello ocurrió y que, por alguna razón, no quiso delatar al asesino. Desde entonces, está obsesionado con resolver todos los casos de asesinato en los que puede opinar, aunque nadie le preste atención.

## 8

YA CASI ME QUEDABA DORMIDO —recordó Andrés— cuando de golpe una imagen se me dibujó entre la bruma del ensueño: una serpiente cascabel de cola negra me habló, antes de que se armara el alboroto; mientras abrazaba el cuerpo de Venado y pensaba en qué iba a decir, se me acercó a la cara y me dijo:

—Tienes que vengarlo. Mata al fratricida.

—No sé si podré, le respondí.

—No seas rajón —se burló— mata a ese hijo de la chingada, porque el otro hermano no le va a tocar ni un pelo.

—No es mi responsabilidad.

—No le saques, tú eres tan responsable como ellos.

—Cállate.

—Ándale pues, ya me voy a callar, pero antes quiero hacerte una pregunta: ¿Qué chingados vas a hacer?

—Lo voy a matar —contesté, sacudido por un ardor en la garganta— lo voy a matar en cuanto lo vea.

—¿Cuento con tu palabra?

—Sí.

—¿No me mientes para salir del paso?

—No lo haré, no tengo la fuerza necesaria, lo único que deseo es largarme de aquí, como hizo Gabriel, y dejar a Venado con su hedor de muerto.

—Eres un cobarde.

—Lo soy. Tengo la sangre podrida.

—No mereces nada.

—Tienes razón.

—Tendré que hacerme cargo.

## **PARTE SEIS**

### **El encuentro**

La muerte, al igual que la vida, sólo puede ser comunicada como una experiencia que trasciende el campo físico y material  
y se instala en la conciencia de cada hombre.

—José Saramago

LLEGÓ EL DÍA EN QUE, FINALMENTE, SE ENCONTRARON MIS HIJOS. Los miro en la ribera del río, acuden a su destino. Lo primero que Pablo hace es lanzar un golpe aturdido hacia su hermano, sin fuerza ni verdadera intención. Cuando Gabriel se hace a un lado para esquivarlo, el débil brazo cae alrededor de su cuello, entonces mi hijo mayor abraza a Pablo con fuerza y se aferra a él entre sollozos. Siente cómo su hermano trata de desasirse y se sacude para separarle las piernas. Siente también la rodilla de Pablo ascender por entre sus muslos y chocar brutalmente contra sus testículos. El terrible dolor le hace retroceder, inclinarse y vomitar.

No puedo decir que siento angustia, ni dolor. Tampoco quiero, ni nunca quise, aunque se me hubiera permitido, evitar la lucha. Me percaté de que la esencia que quedaba de mí en la alcoba donde me ahorqué se va diluyendo, ya nadie más podrá sentirme en ese espacio. Me estoy disolviendo, esta vez para siempre. Ahora me doy cuenta de que la misión de Pablo es la mía propia: castigar el asesinato de Bernardo.

Mi espíritu se ha desguazado antes de presenciar la reyerta, ¡Ay! ¡Qué grande deseo! Ayudar en la encomienda no me está autorizado. Mientras me desbarato, llega a mí un último y raro recuerdo. Son palabras leídas en los diarios de Alejandra Pizarnik:

La angustia siguió caminando, solitaria y desdeñosa. Se sintió liberada, pero una sensación sombría la despegaba del tiempo, algo nauseabundo y extraño lleno de olor a féretro y flores putrefactas. Abrió los labios recordando que hacía dos días que no pronunciaba una sola palabra. Oyó un chasquido como una queja indeleble, que provenía de su boca hermetizada. Con gran esfuerzo y desesperanza dijo: «Es el fin». Sensación fuertísima y premonitoria. Algo está por venir: un gran dolor o una tremenda alegría.

Adiós, queridos míos.

## Sálvate

MIRA, PABLO, HABLEMOS CLARO DE UNA VEZ POR TODAS. Yo tenía muy bien armada toda mi onda para pasar las pinches vacaciones pedorras a todo dar; todos ustedes eran felices con su jueguito de las escondidas y desobedecer al abuelo metiéndose en la granja del vecino loco y yéndose al río ¡Puras pendejadas! A mí me convenía lo de las escondidas porque así podía tener veranos fregones viéndoles la cara de imbéciles a todos ustedes, ¡a todos! Iluminar un poquito la perra oscuridad de esos dos meses en que fingíamos una felicidad que no sentíamos. Pero, para mí, al reírme de ustedes, todo se volvía luz, porque la risa ilumina, la risa ahuyenta la oscuridad y cubre de algo lindo el lodo del campo. La risa y los besos y el delirio y el sexo, sobre todo el sexo. ¿A poco no te diste cuenta de lo iluminador que es el sexo cuando nos viste a la perrita de la Chángeles y a mí cogiendo, ahí, cerquita del Cazonci? Lo mismo pasaba con las demás. El sexo lo ilumina todo, hermanito, acaba con la oscuridad: la penetra, la tuerce, la abre, la rasga, le da duro hasta que la llena, la alivia y la deja vacía de nuevo, para un nuevo comienzo, como los ciclos de la luna. Y, así, la perra hacienda y las perras vacaciones se volvían menos pesadas en lo que llegaba el regreso a la ciudad.

Sí, me las pasé a todas por las armas. Casi a todas, pues.

Somos lo que somos, Pablo, hermanito, y el pasado se va a chingar a su puta madre, porque no existe, ni es pasado, ni ha pasado.

Pues sí, pendejo, de acuerdo, sí pasó y sí fui yo. Pero tú lo llevaste. Pon atención para que te quede claro de una vez por todas, porque jamás te lo voy a repetir: si no hubieras corrido por tu pellejo y dejado ahí tirado al Venado, si no lo hubieras abandonado definitivamente, no me mirarías ahora de la manera como lo haces. Pero corriste, porque tu alma está podrida también, como la de todos nosotros. La de Venado tenía algo de cristalina, pero era más espinosa que lisita, cabrón, la neta. Desde que comenzó a caminar huía de todo, ¡de todo! Excepto de ti, su verdadero asesino. Hubiera sido un buen corredor el hijo de la chingada. Sabía correr como nadie.

Pero se paralizó.

Tú me lo entregaste y yo miré en sus ojos lo otro, lo podrido, lo jodido de la perra vida, lo insoportable de ser hijo de mala madre; la madre que él me quitó y por eso se volvió mala conmigo, se olvidó de mí. Y entonces fue inevitable; fue ahí donde la puerca torció el rabo, fue ahí donde todo valió verga, fue ahí donde, ya lo adivinaste, recibió la palabra de Dios. O del dios.

Tuve que dejarlo irreconocible, porque, si lo reconozco, yo también tendría que haber ido con el dios.

Tuve que aprender a matar.

Y a consumir por completo.

Sin miedo.

Con Dios y con el dios a mi lado.

Ambos sabemos que fueron tus deseos los que le destrozaron el cráneo con aquella piedra que no era del todo redonda, sino achatada y con los cantos suavizados por el roce del agua. Fueron tus anhelos los que lo acuchillaron montones de veces con mi cuchillo, el que antes viste, el que antes tocaste, el que antes oliste y antes besaste cerrando los ojos.

Porque fuiste tú quien lo llevó hasta aquel lugar, que ya habías visitado. Aquel lugar que te pareció el indicado y en el que planeaste todo, sentado a los pies del Cazonci. Te vi.

Mi mente divaga un poco entre los recuerdos porque, ¿cómo es posible recordar el placer o el dolor o la sofocante turbación? Es solo una sensación en el estómago, un placer de los nervios, un centelleo en el cerebro que brilla con luz propia y disuelve el aire sombrío, inexpresivo y pálido y entonces surge la gloria. Yo te odiaba, los odiaba a los dos, deseaba su desgracia y su perdición porque me quitaron a mamá. Mamá, la dulce mujer que nos engendró, la mujer que nos dio la vida con su sufrimiento. Te quería más a ti y por eso yo te odiaba. Pero ya no te odio, hermano, juré que te arrancaría el corazón o me lo arrancaría yo mismo, pero ya no siento eso desde que me entregaste a Venado para ser él quien aplacara mi odio y me emancipara al ofrendarlo al Cazonci. Para que aplacara mi odio y el tuyo. Para que fuera su cuerpo el que recibiera el castigo por el desamor de nuestra madre. Yo amaba a mamá. Mamá era hermosa, tú eres hermoso, todos ustedes son hermosos, incluido papá, ese pobre cobarde.

Ya no te odio, por eso te salvé, permitiendo que sacrificaras a Venado y, con ello, te salvaras tú mismo. Durante los pocos minutos en los que tu mente se nubló y se largó quién sabe a dónde, yo prendí uno de mis *Delicados* y, mientras lo fumaba, le quemé la cara, las manos, el pecho, los

pies y sus pequeñas nalgas duras, era obvio que ya no había vuelta atrás, ya no era mi hermano menor, ya solo era un desperdicio. Era un desecho como el Jorge·Emilio, como la puta de la Chángeles y la vomitona de la Irina. Como el exceso en el que se convirtió Marilina. Como el desperdicio en el que te has convertido tú mismo. Después me dio mucho coraje y mucha tristeza. La venganza de Venado, ese mudo de mierda, fue transmitirme ese dolor de la mala·madre y las tías locas y entonces me emputé y le rompí las costillas y lo escupí. Antes de que se muriera, le pregunté si me quería. No respondió. Se habría salvado de decir que sí. Dime que me quieres, le ordené, y me quise imaginar que me decía que sí me quería, que no me tenía miedo. Ese miedo que siempre adiviné en sus ojos. Pero no fue así, porque no me abrazó ni me dijo nada y pues le arranqué las uñas de las manos y le corté la lengua y se la metí por el hocico, para que se la tragara, por no decirme que me quiere. ¡Pinche mudo! ¿Sabías que sí podía hablar, pero no se le daba la gana hacerlo? Yo lo escuché decírselo a papá.

Ahí fue, cuando se negó a decirme te quiero, cuando volviste de tu ensimismamiento y me señalaste la piedra. ¿Te percataste cómo, antes de morirse, me miraba fijamente? ¿Me escuchaste decirle que cerrara los ojos? No me hizo caso. Por eso tuve que sacárselos. Él me obligó. Entonces le quebré la cabeza y tú saliste por patas. Luego se lo ofrecí al Cazonci, que me dijo, con una voz muy suave, pero que sentí en lo más profundo, no en el oído, sino adentro, en el estómago, en las venas, sentí clarito como me dijo:

*Sálvate.*

## 2

ECHÉ A ANDAR RUMBO A LA HACIENDA. En el camino me desvié para irme a lavar al río, para redimirme, para curarme. Tenía arañados los tobillos, la frente, los antebrazos y las manos. Me quité la ropa y la oculté entre los matorrales. Me froté con lodo las heridas para calmar el ardor. Una bandada de palomas pasó volando a baja altura. Mientras me bañaba desnudo en las aguas puercas del pinche río —ese que les gustaba tanto a todos ustedes— una víbora cascabel, de esas que les dicen de cola negra, me pasó entre las piernas. Te va a morder, me dije, ya valiste verga, Gabriel. En realidad, sabía que —fuera de una asfixiante sensación de tragar pelos, que duraría unas horas, y de una inflamación en el sitio de la mordedura, que desaparecería unos días más tarde— nada grave pasaría, pero yo necesitaba un poquito de distracción, así que la dejé pasearse un rato. Iba y venía entre mis muslos, no sé por qué carajo no se largaba. Cuando me aburrí, cuando ya me tenía atosigado, como no queriendo la pesqué del pescuezo y le mordí con todas mis fuerzas la cabeza.

Luego de refrescar mi cuerpo y mi mente, pensé un rato en lo ocurrido y en que mi partida era para siempre. Estuve a punto de llevarme a Chángeles, regresar a la hacienda por ella y obligarla a irse conmigo, pero me arrepentí. Decidí quedarme con el recuerdo y que ella quedara a salvo. La Salvé. Es que me dijo que le gustaba mucho mi mirada y entonces pude verla diferente, me hizo sentir algo que no conocía. Imaginé entonces al Cazonci diciéndome *Tienes que largarte*.

Obedecí a la voz y me salvé.

Me pregunté en qué creo, por qué y contra qué debo luchar.

Entonces decidí cambiarme el nombre, ustedes ya no se enteraron, pero las personas que me conocieron después de eso me llaman Salvador.

Soy Gabriel, poderoso destructor, pero también soy Salvador.

Porque salvé a Venado, te salvé a ti, los salvé a todos. Y me salvé a mí mismo.

He salvado a muchos otros, desde entonces. Soy un salvador.

Quizá todos poseemos, en el fondo de nuestro ser, un pantano donde las malas acciones germinan y crecen robustas, pero también podemos enmendar los daños y eso fue lo que yo hice, convertirme en un protector para enmendar mis pecados.

Cuando terminé de lavarme era otro, ya no formaba parte de esta estirpe putrefacta y por eso me largué, no por miedo, ni por vergüenza.

### 3

TE EQUIVOCAS, Gabriel. Mi madre, nuestra madre, sufrió por tu ausencia, nunca la salvaste. Fuiste su perdición.

—¿Alguna vez hablaba de mí, entonces? — me pregunta mi hermano mayor.

Yo guardo silencio, contemplo un instante a mi hermano antes de contestar. Soy consciente de la relevancia de mi respuesta, de lo importante que resulta mi existencia, la mía y la de él, en ese momento concreto, en esa parte del gran drama de nuestra familia. Observo a mi hermano, contemplo su orfandad —que también es la mía—, su dependencia de los demás, pese

a su aparente templanza. Gabriel nunca se ha esforzado por ser otra cosa que lo que es. Nunca tuvo que esconderse para que nadie lo viese llorar, nunca estrujó con todas sus fuerzas a un débil pajarillo, consciente de su vileza, pero incapaz de detenerse, impotente y dañino a la vez. Mientras estoy allí delante, de pie frente a él, disfrutando de ese ínfimo momento, miro a mi hermano como un halcón a su presa.

—No —respondo, sin quitarle al veredicto su tono fortuito, desinteresado, casual. Luego aguardo lo suficiente para darle a Gabriel tiempo de sentir la vergüenza, el arrepentimiento, el dolor.

Gabriel se sienta en el suelo y así permanece durante unos minutos: encogido, tan indefenso como un gorrión, como un pequeño e indefenso gorrión gris con sus ambiciones de grandeza fracturadas, un pequeño pájaro triste, mojado, por primera vez consciente de su insignificancia.

## Venado

*¡UN MUERTO, UN MUERTO!* Gritaron dos o tres niños, de la misma edad que yo, cuando me vieron ensangrentado en el piso. A este grito sobrevino otro y luego otro, en la lejanía. Era muy temprano, pero la gente se arremolinó rapidísimo. Guiados por los niños, llegaron decenas de curiosos. Las voces se hicieron cada vez más frenéticas y continuas: *¡Un muerto! ¿Quién es? ¡Lo masacraron!*

Andrés los atajó, intentaba impedir que se acercaran más, pero no pudo contra todos ellos. *¡Es Bernardo Echávarri! ¡Es el Venado, mamá! ¡Que Dios se apiade de su alma!*

Un hombre alto y gordo, con uniforme de policía, a duras penas consiguió aplacar a la muchedumbre mientras llegaban los peritos. Se arrodilló junto a mí y me descubrió la cara, que mi primo había cubierto con su suéter para que nadie más me viera y dejaran de decir: *es el Venado, pobrecito*. Sin quererlo, el hombre gordo rozó mi cabeza pegajosa y retiró la mano con brusquedad. Va a tener que usar chamarra y bufanda el resto de su vida porque —a todos se lo contó— se le metió un frío que ya nunca podrá sacarse del cuerpo.

## 2

NACÍ DOCE MINUTOS DESPUÉS QUE PABLO, así que fui el hermano más pequeño durante diez años. Mamá nos cargaba y alimentaba al mismo tiempo, papá me cargaba a mí primero, luego a Pablo, nos tenía juntos por unos minutos y luego dejaba a mi hermano al cuidado de mamá y me llevaba en su paseo de la tarde por el jardín. Cuando crecí me contaba cosas, secretos, y siempre terminaba diciéndome que no las repitiera nunca. Cumplí sus deseos, pues dejé de hablar a los cinco años. Era inevitable: la primera vez que dije unas palabras fue a Pablo, cuando teníamos un año y medio, pero su respuesta fue que me callara. Entonces no protesté, pero, ante la insistencia de papá por mi silencio y el poco caso que mi familia me hacía, me convertí en mudo. Así fue que me convertí en mudo a los cinco años. Apenas llevaba unas ocho horas de haberme convertido en mudo y ya era un enigma y un misterio. Todos querían descubrir por qué no hablaba y querían quitarme lo mudo. No entiendo por qué querían que volviera a hablar si, cuando hablaba el día entero, nadie quería escucharme.

Antes de que dejara de hablar, algunos decían que era un niño adelantado, porque usaba palabras muy difíciles para mi edad, como: «nefasto», «patético», «atolondrado», «pulcro», «jocoso», «sórdido», «orificio», y otras más. Los orificios, por ejemplo, son de varias clases: algunos son agujeros que haces en las personas para que se les escape la sangre. Como los orificios que Gabriel hizo a mi cuerpo para que se me escapara la sangre por ellos. Si se te escapa la sangre, el corazón te deja de funcionar y también el cerebro. Y te mueres. También hay otros tipos de orificios, como los que hacen los ratones para esconderse. «Jocoso» es una palabra para decir que algo me parece gracioso. Yo creo que es mejor decir jocoso que decir divertido. Siempre que aprendo una nueva palabra, también aprendo su significado. Yo no creo que sean palabras difíciles,

todas ellas están en el diccionario de mi abuelo. Tal vez también decían que era adelantado porque sabía leer, decían: *es que es chiquito para esas cosas*. La verdad es que saber leer tampoco es complicado. No sé por qué Pablo no sabía leer ni usaba palabras de esas que dicen que son difíciles.

Además de aprender palabras en el diccionario, ahora que estoy muerto he aprendido muchas palabras más y muchas cosas increíbles en muy poquito tiempo. Este mundo me gusta mucho.

### 3

LOS POLICÍAS INTERROGARON EXHAUSTIVAMENTE A ANDRÉS, quien no paraba de repetir que me encontró minutos antes. No les contó que él me llevó hasta Pablo y Jorge Emilio, no les mencionó que me arrastró hasta las yácatas, no contó que había estado agazapado a unos metros del Cazonci mientras Gabriel me golpeaba salvajemente y Pablo era testigo inmovible. No les dijo que guiñó un ojo a Pablo y que chocaron las palmas cuando todo terminó. Olvidó mencionar que le juró lealtad, temblando de miedo, a mi hermano gemelo. El hermano que debería haberme protegido. El hermano que no tenía que haberme traicionado de esa manera.

El corazón le latía a Andrés con mucha fuerza, sonaba como una pandereta, no quería mirarme, pero no pudo quitarme los ojos de encima.

Doña Lencha y su hermano Benjamín me miraban sin decir nada. Cuando un vendedor de cazuelas que estaba de mirón dijo que no conseguía identificar quien era, por tanta sangre,

Benjamín le respondió: *Es el hijo de don Luciano, tiene poco de haber sido acuchillado, porque todavía no se lo están comiendo las hormigas.* El vendedor lo miró desconcertado mientras Benjamín decía, en voz muy baja, *no hace ni dos horas que lo mataron.*

El cielo era azul, sin nubes.

4

ANDRÉS MIRÓ SUS MANOS MANCHADAS POR MI SANGRE y se las limpió de volada en la ropa, mientras miraba disimuladamente alrededor. Cuando sintió sobre sí la mirada de Benjamín cerró con fuerza los ojos.

—Lo mataron con un cuchillo fuerte y bien afilado, porque le partieron el corazón de un solo tajo.

—Hay algunas pisadas borroneadas, con el piso tan húmedo van a terminar por desaparecer muy pronto, no nos servirán de mucho.

—Opino que murió bocabajo, pero el asesino lo volteó para verlo a la cara y así lo dejó, como a media palabra.

—Era mudo. Nada de media palabra.

—Hay que avisar a la familia.

Andrés se apresuró a decir que él daría la noticia. Una bandada de palomas pasó volando. Benjamín las siguió con la mirada hasta que se perdieron en el horizonte, luego miró detenidamente

mi rostro y volvió a poner su atención en Andrés. A mi primo, la cara de Benjamín Aguilar le recordaba la de un coyote o la de un chacal: unos ojos alerta, listos para alcanzar a la presa; unos ojos como los túneles de la carretera, llenos de misterios y muerte, preparados para engullir. Andrés se talló con las yemas de los dedos la delgada piel de los párpados ojerosos, pero eso no evitó que la mirada de Benjamín Aguilar se quedara incrustada en ellos. Cuando todo terminó, Benjamín tomó a su hermana del brazo y echaron a andar sin decir palabra.

## 5

POR LA TARDE, LENCHA Y BENJAMÍN SE QUEDARON INMÓVILES bajo el marco de su puerta viendo partir el cortejo. Como Benjamín no dejaba de hablar de Andrés y tan pronto lo compadecía se arrepentía y declaraba que había algo raro en su voz y su mirada, su hermana salió a la puerta a tomar el fresco. No tardaron en llegar las vecinas a hablar sobre mí:

—Desde muy pequeño fue retraído, ya ven que era mudo, eso lo volvió un chico tímido.

—Pero era un hijo muy amado por los padres, en especial por don Luciano, que parecía tenerle preferencia.

—No le tenía preferencia, es que era mudo, pues. Tenía que enseñarle a defenderse en el mundo. Los otros hijos como quiera.

—Es lo que digo.

—No, pero sí lo quería más. El otro gemelo es raro. Algo tiene que no me cuadra.

## 6

YO NO DEBERÍA HABER ESTADO AHÍ AQUELLA MAÑANA, pero Andrés me despertó y me obligó a seguirlo. Salimos apresurados de la casa. Escuchamos caer el cuerpo de Gabriel del otro lado de la barda. El corazón se me aceleró tanto que lo podía escuchar. Vimos a Chángeles escaparse por entre las tablas flojas de la barda. Los vimos correr tomados de las manos y perderse en medio del antiguo maizal del vecino loco. Pablo y Jorge·Emilio corrieron tras de ellos y Andrés y yo detrás de todos. Poco después los volvimos a encontrar en el basamento. Gabriel estaba detrás de Chángeles, empujándola con la cadera y dándole nalgadas. Quizá Chángeles hizo algo indebido. Mi abuelo le da nalgadas a Pablo cuando hace travesuras. Pablo parecía disfrutar del espectáculo. Yo tenía miedo. Miedo y un frío que me calaba los huesos.

Cuando más asustado me sentía, Gabriel nos descubrió. Primero vio solo a Pablo, pero este me empujó hacia adelante y Gabriel me miró con furia. Se movió como un desquiciado entre las piernas de Chángeles, gritó muy fuerte y se lanzó contra mí. Pablo y Andrés chocaron las palmas y luego Andrés corrió como poseído. Jorge·Emilio dudó, me gritó *corre* y se ocultó.

Yo me quedé paralizado y Gabriel no tardó en atraparme. Después del primer golpe, apareció ante nosotros Pablo, quien presencié cómo nuestro hermano me siguió golpeando y me quemó con cigarros y me hirió muchas veces con un cuchillo. Fue Pablo quien le señaló a Gabriel la roca con la que finalmente me destrozó el cráneo después de llorar conmigo y decirme: *Perdóname, hago esto para ser libre. Lo hago porque, aunque debería amarte, te odio porque me quitaste a papá, ya solo tenía ojos para ti y hasta se murió por tu culpa. También te robaste el amor de mamá. Te detesto, porque tú, miserable gusano, con solo dejar de hablar, te has desligado*

*de las locas, del yugo del viejo miserable, de los tabúes de la abuela y de ese demonio con el que compartiste el vientre de nuestra madre. Te desprecio y por eso te voy a ofrecer al Cazonci, para que él me sane de esta opresión en el pecho, de esta punzada en el estómago, porque, a cambio de tu vida, el Cazonci me libera a mí de todas estas miserias, me lo ha prometido. No tengo opción, perdóname.* Antes de asestar el golpe final, me pidió que le dijera *te quiero*, pero no lo hice. Me lo ordenó en repetidas ocasiones, pero, si había de matarme, yo no le diría cuánto lo amé. Además, los mudos no podemos decir nada. Tampoco le dije que lo había perdonado antes de siquiera darme el primer golpe, antes de romperme el alma. Antes de quemar mi cuerpo. No lo hice porque no quise y también porque los mudos no podemos dar explicaciones. Lo perdoné por asesinarme y lo perdoné por mostrarme que Pablo era tan monstruoso como él. Los perdoné a ambos. Pero jamás lo sabrán. Me les convertiré para siempre en una trampa y un misterio. Los perseguiré el resto de sus vidas. A uno mientras huye de su crimen y al otro mientras persigue al primero, intentando huir de sí mismo.

## 7

NUNCA SUPE, ANTES DE MI MUERTE, si mi mamá me amaba tanto como a Pablo. Siempre creí que no era así, que solo mi papá me quería. Era él quien me llevaba a pasear por la plantación y me contaba sus secretos y me daba consejos sobre los negocios, aunque, después de cada larga charla, en la que solo él hablaba, me pidiera no repetir nada a nadie. El día de nuestro quinto cumpleaños mi papá llegó tarde, cuando el festejo había terminado. Fue un día nefasto, ese día me dio, por primera vez, un dolor eléctrico en la panza, como si me conectaran al enchufe de la pared. Antes

del cumpleaños, mi papá estuvo viajando seis meses por sus negocios. Tenía que conservar su prestigio.

Bonita palabra, «prestigio». Es musical: pres-ti-gio. Antes de dormir fui a la biblioteca del abuelo y la busqué en el diccionario, también la busqué en otros libros y entendí que el prestigio se trata de que la gente piense bien de ti, que diga que eres lo máximo. Si consigues eso, tienes prestigio.

Pablo me dijo que era mi culpa que papá se fuera de casa y no llegara a los cumpleaños y, ante mi protesta, me dijo: ¡cállate! Al comenzar a caer la noche, antes de que yo fuera a la biblioteca del abuelo, mi papá me llevó en sus brazos a pasear por el jardín de rododendros de mi mamá y me confesó en dónde estuvo realmente, luego, como de costumbre, me pidió que no lo repitiera. Ese día decidí no volver a decir una sola palabra a nadie. Marilina comentó una noche, durante la cena, que tenía sentido que yo no hablara, *los venados son silenciosos*, dijo. Gabriel y Pablo fueron muy crueles conmigo, pero yo no sufría por sus palabras, era mi decisión no hablar y ellos no podían obligarme a hacerlo. Mi mamá no hizo ni dijo nada. Cuando mi papá quiso llevarme con su amigo psiquiatra le dije: Papá, yo no hablo porque no quiero hacerlo, porque tú me haces guardar tus secretos, porque Pablo me grita que me calle cada vez que hablo, porque mi mamá nunca tiene humor para escucharme. No tengo ya nada más que decir a nadie y no lo haré. Mi papá solo asintió y me llevó a comer helado. Pocos días después se fue de viaje y, luego de una larga temporada, volvió hecho cenizas.

## 8

AQUELLA MADRUGADA AHÍ ESTABA, ADEMÁS, JORGE·EMILIO. Estuvo todo el tiempo. Cuando Gabriel me pescó del pescuezo, cuando me golpeó y me magulló, cuando Pablo señaló la roca, cuando mi cabeza reventó con el impacto. Ahí estaba Pablo y ahí estaba Jorge·Emilio.

El miedo que se metió, desde la salida de la hacienda hasta que Gabriel me atrapó entre sus manos, se diluyó para dar paso primero a la decepción y la tristeza y luego a la rabia por haber sido traicionado y asesinado por mis hermanos.

No era la primera vez que Pablo era cruel conmigo, pero nunca había sido tan terrible su desprecio como aquella madrugada en que señaló la piedra que acabaría con mi existencia. No hay momento más horrible que aquel en que Pablo chocó nuevamente las manos con el asustado Andrés, en un festejo de su triunfo sobre mí.

No era, de ninguna manera, la primera vez que Gabriel sentía por mí un odio tan grande, el desdén con el que siempre me trató me hizo el mismo daño que las quemadas, las cuchilladas y el golpazo con la roca; a pesar de todo, me permitía refugiarme en mí mismo y respirar y sentir miedo, y esperanza, y besar a nuestra mamá cada mañana. Con el golpe de la piedra, me privó de sentir, de respirar, de amar, me despojó de toda esperanza.

Mi consuelo es que ahora serán Gabriel y Pablo los perseguidos, ahora serán ellos quienes tengan que suplicar, los voy a perseguir toda su vida. Mi desquite será más fuerte que su odio.

El desdén es parecido a la indiferencia y duelen igual.

## 9

MIENTRAS VELAN MI CUERPO, tengo la oportunidad de observarlos a todos. La hora de las verdades terminó, es hora de la mentira. Dice Matías, un señor muy viejo que vende nieve de pasta, que nunca se miente tanto como cuando se está en un funeral pero que el silencio que se guarda en estos momentos tiene, si le damos tiempo, una virtud: la de obligar a hablar por otros medios. Hoy, sé que sí es cierto.

Veo a mamá con su expresión fría, ausente. A ratos piensa en su propia infancia y desea regresar en el tiempo para no tener que soportar las miradas y las críticas de la gente por su frialdad ante un hijo muerto y otro desaparecido. Es que ellos no saben lo que siente, no se dan cuenta de que está destruida. Yo puedo sentir que tiene muchísimas ganas de llorar, pero no puede. Está tan destrozada que si llora un poquito no va a poder parar jamás. También creo que tiene un dolor de panza tan grande como los que me daban a mí, porque no ha querido comer ni beber nada. Me dan ganas de decirle que se tome un té de los que me preparaba mi tía Julieta: no te quitan los calambres, y aún sientes cómo el vacío sigue creciendo y creciendo y que se te va a reventar la panza, pero, por lo menos, se siente bien importarle a alguien. Ese té calienta las tripas y los pensamientos. A ratos mamá le da tantito chance a la tristeza de entrar en sus pensamientos y se da cuenta de lo que sucede y lo que tendrá que enfrentar en el futuro, su corazón se comprime y su sangre circula lento. Entonces levanta la barbilla, fija la mirada y repite, por enésima vez, *No siento nada.*

Yo quiero decirle a mi mamita que no esté triste, que ya no se puede hacer nada y que yo estoy contento porque el lugar al que voy es muy interesante y porque yo, hasta ahorita, aún puedo

verla. Pero no puedo decir nada, primero porque soy mudo y los mudos no pueden explicar estas cosas, ni ninguna otra; los mudos hablan con las manos, pero yo no sé hacerlo, no aprendí porque yo no quería comunicarme con nadie, así que estoy mudo por partida doble. Además, ya estoy muerto y los muertos no hablan, ni hacen señas. Qué nefasto.

Mamá ha estado parada todo el tiempo junto a mi féretro, bien derechita y sin llorar, pero sin moverse de mi lado. Hace rato se acercó Marilina y dijo: *Mira, qué lindo, parece un angelito.* Y acarició y acomodó mi pelo, que está tan muerto como yo. No sé si el pelo es una parte del cuerpo o un accesorio, pero sí sé que es algo que está muerto, porque cuando te lo cortan no duele. Dice Irina que no está muerto porque sigue creciendo, aunque te lo corten y que si te lo jalan sí duele, pero en lo que ella no piensa es en que lo que duele no es el pelo, sino el cuero cabelludo. A Irina no le gusta leer, por eso no sabe nada y dice tantas tonterías. A mí me gusta mucho leer y aprendo muchas cosas.

Marilina solo se acercó para llamar la atención, no le gusta pasar inadvertida, por eso se acercó a decir la mensada de que parezco angelito. Como nadie le dijo nada, se puso a llorar desconsolada, como si no pudiera soportar el dolor de la partida del «silencioso». Aunque yo sé que planea un encuentro en el granero con el esposo de su prima Eréndira, aprovechando que todos están reunidos y no los sorprenderán. Ahora no puede ocultarme nada.

Conocer los pensamientos de Pablo no es fácil, ha tenido la mente en blanco casi todo el tiempo desde mi muerte. Apenas piensa, a ratos, en el paradero de Gabriel y en que tiene que buscarlo. No puede ocultar su sentir, está fuera de su control: una mezcla de regocijo y frustración habita todo su ser. Tras la puesta del sol sale a caminar y, cuando vuelve, trae atravesado el miedo en el pecho.

Como el miedo de Pablo comienza a crecer más y más y se mezcla con cierta vergüenza y un asomo de culpa, piensa en acercarse a nuestra mamá, buscando protección, pero lo distrae un ratón de campo que pasa corriendo por debajo de mi féretro con una tortilla en el hocico y huye por debajo de la puerta cerrada. Qué patético. El ratón se escabulle por la grieta luego de sacudirse el polvo. Acaba de dar la medianoche.

Mis abuelos hablan muy bajito, entre ellos.

Jorge·Emilio y Andrés están turbados, agazapados, pendientes de cada gesto de Pablo. Andrés voltea constantemente a mirar a mi hermano, está nervioso, inquieto, con más miedo de Pablo que de Gabriel porque, al fin y al cabo, Gabriel no está aquí y Pablo sí. Jorge·Emilio pide a Dios que todo esto del velorio termine ya, para poder pensar qué van a hacer y decir.

El resto de los asistentes hace lo que se hace en cualquier funeral: llorar, beber, comer, hablar, rezar y murmurar.

Hay una mujer joven con el pelo rojo y los dedos llenos de sortijas. Nadie se sienta cerca de ella. Tiene una mirada plena, feliz. Frente a ella hay otra mujer: obesa, un poquito vieja. Tiene la boca pequeña, curvada hacia abajo en una expresión que denota tristeza o quizá asco. Debe de ser asco, porque me resulta imposible pensar que es verdadero el sufrimiento que expresa esa señora que no conozco. En realidad, me resulta imposible pensar en su interior sin imaginar metros y metros de tripas y válvulas abriéndose y cerrándose al paso de algún fluido, como en un dibujo que vi en un libro que tiene el nombre de mi mamá en la primera hoja y que encontré lleno de polvo en un rincón de la biblioteca. Junto a la señora gorda, una joven lee una revista. Dos asientos más allá, una mujer mira por la ventana mientras piensa en que esta mañana no regó las plantas.

Ninguna de estas mujeres parece sufrir por mi muerte, están ahí porque hay que ir a despedir a los muertos y acompañar a sus deudos. Los hombres beben y charlan entre sí, formando una reunión aparte.

Ladran los perros ante la llegada de un grupo de personas provenientes de Morelia que se retrasaron por un incidente a la entrada del pueblo. Benjamín Aguilar fue por ellos para que se sintieran seguros en el camino, pero Benjamín Aguilar no sabe manejar y decidió ir a pie. Tuvieron que caminar desde allá hasta la casa. Los condujo a la hacienda por el camino más corto: aquel que cruza la hondonada en donde mis hermanos y mis primos me asesinaron. Al pasar por el lugar, Benjamín Aguilar les señaló una mancha oscura, apenas visible, *Ahí lo mataron*, sentenció. Se arrebujaron entre sí y murmuraron un par de plegarias pidiendo por la salvación de mi alma. Cuando llegaron a la hacienda, antes de entrar a la sala en la que me velaban, antes de que siquiera pronunciaran su pésame a mi madre, les dieron de cenar.

Escucho, a lo lejos, las palabras y quejas sofocadas de Pablo. Le cuenta a Andrés cómo lo castigaba papá, apartándolo de su lado, mientras que a mí me mantenía siempre consigo ¡Cállate!, le ordeno. Cállate, pinche mentiroso, patético traidor. El rumor de mi voz le hace guardar silencio.

En un rincón está Irineo, tejiendo un sombrero de palma en silencio. Irineo es mi amigo. Siempre trae una gran tristeza a cuestas, desde que se quedó ciego. Irineo tiene las pestañas dobladas hacia adentro, las pestañas le rozan la córnea. Cuando era pequeño le representaba una gran molestia, pero podía ver. Hasta que un día, por la misma época en la que yo dejé de hablar, el roce de las pestañas le produjo ceguera. Desde entonces, tejer sombreros es su única distracción. La señora Toña dice que seguramente Irineo vio al diablo cuando nació y que por eso se le voltearon las pestañas. Me acerco a Irineo y le susurro que se vaya de este pueblo. Irineo gira su

cabeza hacia los lados, confundido, buscando mi presencia. *No puede ser, está muerto*, se dice. Pienso en repetirle que se vaya de aquí, pero desisto porque ¿cómo va a hacerlo con tanta ceguera y tanta tristeza a cuestas? Es mejor que se quede, total, dice Julieta que los inocentes ya están acostumbrados a pagar las culpas de los pecadores.

El abuelo, siempre dispuesto a señalar a los demás que están equivocados, se reserva sus opiniones esta noche. Tiene guardadas sus frases favoritas: *Vas a fracasar. Es algo pasajero, mejor dedícale tiempo a algo que valga la pena. Es una fantasía tuya, nada que puedas hacer te sacará de este sitio*. Pero no necesita decir nada, su silencio lo dice todo: está más disgustado que triste. *Nada de esto habría sucedido si me hubieran hecho caso alguna vez en la vida* —le susurra a la abuela—. *Este muchacho, Bernardo, no debería estar ahí tendido. ¿Qué diantre hacía en ese lugar? Le dije miles de veces a su madre que un niño mudo no debe salir de casa sin compañía. O mejor si no sale nunca*.

Viene a mi memoria una tarde en la que reprendió a Gabriel por sus malas calificaciones: *vergonzosas, insultantes y obscenas*, le dijo, al tiempo que se abalanzó sobre él y le soltó una bofetada. Ante el reclamo de la abuela por el golpe, el abuelo se volvió furioso, la miró lleno de ira y luego volvió hacia Gabriel para reprocharle la ropa que usaba, los libros que leía, la música que escuchaba. Mezcló todo aquello con la desobediencia de Rogelio, el hermano de mi madre y pasó la tarde quejándose a gritos de todos sus hijos y lo malagradecidos que resultaron. Las palabras salían en torrente de su boca mezquina, golpeaban a todos los presentes, rebotaban en las paredes y luego salían por las ventanas para perderse en el campo.

Tengo ganas de insultarlo. Si viviera, seguro que me vomitaría. Maldito viejo. Lo veo y me dan ganas de salir corriendo, siempre tuve esa necesidad. Así no habría tenido que morderme los labios para no gritarle que dejara en paz a mi mamá, que nos dejara en paz a todos.

¿Por qué no te mueres de una maldita vez? Le susurro al oído, pero no parece inmutarse, es de piedra. Solo voltea a ver a la abuela y le dice: *Mi hija ahora no solo va a estar deprimida, se va a volver histérica. A ver cómo vas a hacer para soportarla.* La abuela solo asiente mientras hace ruidos con la garganta.

Jorge·Emilio está inquieto, le dice a Andrés que siente un vacío en el estómago, que le duelen las tripas, como si se hubiera tragado una alimaña que le come las encías, la lengua, la garganta. Sobre todo, le roe la boca del estómago y deja un enorme agujero que no se volverá a llenar.

Cerca de la una y media de la mañana, ante la sorpresa de todos, mi mamá se sienta al piano y comienza a tocar un Nocturno de Chopin. Siempre que necesita apaciguar su espíritu acude a Chopin. ¿Qué se sentirá cuando el cerebro piensa, recuerda y organiza, pero los dedos lloran, ríen, cantan y se estremecen? Escucho tocar a mi mamá con la partitura en la memoria, el entrecejo arrugado y los labios fruncidos. El piano entrega toda clase de notas indescriptibles. Siento ganas de llorar. Si tan solo aún tuviera lágrimas.

Algunas veces, cuando aún no me había muerto, quise tocar esas teclas y conseguir notas alegres para mamá, pero el abuelo siempre me levantaba del banco y cerraba el piano. Decía que no era un juguete y menos para un niño que vaya a saber el diablo si podía escuchar. Entonces mi mamá se sentaba y tocaba para mí. El piano parecía, en un instante, cambiar de humor: se

alegraba, disfrutaba, vibraba de felicidad sin importar que mamá interpretase a Rachmaninoff o a Chopin o a Bach o a quien fuera, el piano y yo éramos felices. Ella, sin embargo, en raras ocasiones cambiaba su expresión; pocas veces noté paz en su carita. El día que el abuelo estuvo a punto de morir en un accidente de auto fue una de esas veces en las que sí la noté tranquila. O cuando llegaron las cenizas de papá a la casa y ella tocó una y otra vez *Mariage D'armour*.

Los asistentes comienzan a alejarse de mi ataúd para reunirse en torno a mi madre. *Este es el Concierto para Piano número uno, de Tchaikovsky*. Les explica, mirando por encima de su hombro, como si esperase que alguien supiera de qué les hablaba. *Era uno de sus favoritos*, les miente. La arruga de su entrecejo se vuelve más profunda.

Pablo no habla. Tiene mal aspecto. Su piel posee un leve matiz azulado, sobre la palidez que la domina, y tiene hundidas las aletas de la nariz ¿Dónde está ahora esa inocencia que tanto le gusta fingir ante nuestra mamá?

La música comienza a sonar en lentas espirales desde los delgados dedos de mi mamá, mezclándose en el aire con los átomos, con la luz, con lo mudo e intangible de la emoción, mientras ella siente ira y desamparo en su corazón de madre.

A pesar de su actitud serena, mi mamita está sufriendo por mi muerte. También porque se siente un poco culpable. Su corazón se arruga con cada nota que el piano emite bajo la presión de sus dedos. Las lágrimas de sus ojos corren hacia adentro, ya que ella no les permite salir. Explica a los presentes cada movimiento, para ganarle la batalla a la desesperación. Cuando el roce de la música está a punto de quebrar el alma de mi madre, ella acomete las últimas notas con gran energía, la mirada dura, los dedos engarrotados, la boca abierta para poder respirar. Luego se

levanta y cierra la tapa del piano *esta vez para siempre* —dice, con voz inaudible— y sale a pararse frente a la oscuridad de la noche, sin hablar, sin escuchar a nadie, la mirada perdida en el horizonte, sobándose las manos crispadas. La boca del estómago le exige un poco de agua para apagar el incendio, pero sus labios sellados no le permiten beber. Las palabras *no siento nada*, chocan contra sus apretados dientes y se devuelven a la reseca garganta, que intenta tragarlas, pero no lo consigue. La frase se le queda atorada. *Él no habría querido una madre enlutada y llorosa* —dijo, casi al amanecer, a su hermana Marilina, cuando esta le llevó un rebozo y le cubrió los hombros con él.

## 10

CUANDO LLEGA, FINALMENTE, LA HORA DE ENTERRARME, Pablo decide que ni él ni Jorge·Emilio ni Andrés asistirán, así que finge una fuerte jaqueca y pide que los otros dos se queden con él por si necesita algo. No me parece justo que no acuda, me causa un nuevo dolor, así que decido no permitir el entierro sin su presencia: por más que agrandan el hoyo, el ataúd no entra en la tierra. Es Benjamín Aguilar quien dice que no van a lograr nada sin la presencia de mi hermano: *Está esperando al gemelo*, sentencia. Ante la afirmación de Benjamín, Leonardo, el novio de Julieta, obliga a mi hermano a presentarse. *Se los dije*, ruge Benjamín Aguilar cuando el féretro se desliza hasta el fondo sin dificultad acompañado por las notas del *Ave María*, que su hermana arranca a un viejo violín. *Anda, hijo*, ordena Benjamín a Pablo, *lanza el primer puñado de tierra a la tumba de tu hermano, dale al menos eso*. Mientras sigue la instrucción recibida, Pablo sonríe seráficamente y con una ligera expresión de contrariedad, como quien pide disculpas por estar contento. El dulce olor de la muerte invade el ambiente en cuanto cae el terrón sobre mi ataúd. El

rictus de mi madre se suaviza, como si descansara del ajetreo que se suscitó con mi asesinato.

Pablo se aleja con la ácida sensación del homicidio aún clavada en la piel.

## 11

NO TUVO SUEÑOS NI PESADILLAS, durmió como dormiría una piedra, sin responsabilidad, sin culpa.

Aunque, al despertar, cuando el sol aún no había nacido, pero el cielo ya se iluminaba con delicados tonos de colores, sus primeras palabras fueron: *He matado a mi hermano*. Si los tiempos y su circunstancia fueran otros, tal vez habría llorado, se habría dejado abatir por la desesperación, se habría golpeado el pecho y la cabeza, habría golpeado los muros con sus puños. Pero, siendo las cosas como son, se contentó con repetir las palabras que pronunció hasta convertirlas en un balbuceo sin sentido, para que estas perdieran su significado. Al fin y al cabo, los muertos no cuentan, porque los muertos no son personas, los muertos son solo cadáveres.

## Aguas profundas

DESPUÉS DE ESCUCHAR LAS PALABRAS DE GABRIEL se me vinieron encima los últimos veinte años: *Somos lo que somos, Pablo, hermanito, —me dijo— y el pasado se va a chingar a su puta madre, porque no existe, ni es pasado, ni ha pasado.*

Somos lo que somos, Gabriel —le dije— y el presente se nos hace pequeño entre las manos y lo hacemos una bolita de caca. Una mierda como tú. Y lo vamos a aventar a la chingada, así como hiciste con el Venado; así como hiciste conmigo cuando me dejaste con todo el paquete. Y el futuro, que parecía desvanecerse, tomará una gran fuerza porque yo te voy a arrojar a la mierda a ti, igualito a como estamos tirados en ella todos los demás. Por tu culpa. Por tus acciones.

Abrió los brazos como un Cristo.

Como un ave.

Como el alado de mi sueño.

—¡Órale, cabrón! ¡Rájame! —rugió.

Eché la cabeza atrás y me mostró la yugular latente, implorando que lo matara, porque él no es capaz de hacerlo por su propia mano.

—¡Dale, perro! —ordenó.

Quise morderlo, pero me contuve.

Quise perdonarlo.

Di media vuelta y me alejé. Él se quedó inmóvil. Con la mirada fija en mí. Podía sentirla en mi nuca, en mi espalda, atravesarme e instalarse en la boca de mi estómago. Avancé unos pasos más y escuché un sollozo seguido de un grito:

—¡Pinche puto, cobarde!

Quiero gritar, pero mi mandíbula está inerte, se ha vuelto líquida, como esas extrañas pinturas en las que los relojes están como derretidos, en donde la realidad se redondea —igual que los cantos de las piedras al paso del tiempo—, se vuelve líquida y fluida, y no existe ni siquiera la posibilidad de nombrarla

—¡Pinche cobarde! ¿Tienes miedo, después de tanto?

Hágase tu voluntad dios·vivo —le dije. Ya no pude contenerme. Me detuve y busqué con la mirada la piedra de cantos suaves a la que ya había echado el ojo hacía un instante.

La levanté.

Me fui contra él.

Le estrellé la cabeza con la roca.

Negra de tierra.

Verde de musgo.

Él no se movió. No bajó los brazos en cruz. No apartó de mí su mirada furiosa.

Le brotó sangre oscura de la herida y le salieron unas alas grandes y negras y su piel palideció.

Bajó los brazos. Cayó de rodillas. Su pecho se estrelló contra la tierra. Se giró de costado y me miró. Con una mirada eterna. Con la respiración corta, pero constante.

Yo me tumbé a su lado.

Tomé su cuchillo.

Lo ensarté.

Lo rasgué.

Lo rompí.

Me trabé y le di recio hasta quedarme con el espíritu vacío.

Lo chingué, al fin.

Lo giré bocarriba. Corté su lengua y la guardé entre mis ropas, para comerla más tarde.

Me recosté a su lado hasta que dejó de respirar. Hasta que ya no consiguió mirar.

Lo acaricié.

Lo besé.

Acomodé su cabello.

Le hablé con dulzura, como si fuera un pobre inocente.

Lloré por él.

Lloré por mí.

Lo acaricié y lo besé hasta que se esfumaron sus alas y recobró la tez ceniza y los ojos aterrados. Pensé en amarrarle la roca en el pecho y arrojarlo al río; que se sumergiera en las profundas aguas en las que he estado todos estos años. Pero el río no se merece que le arrojen más basura. El río no necesita más mierda. Se lo ofrecí al ídolo, pero este lo rechazó, haciendo rodar su cuerpo varios metros. Pensé en enterrarlo, pero no supe cómo. Le pregunté a una cascabel de cola negra, que por ahí pasaba, cómo enterrar el cuerpo. La víbora sonó su cascabel con desesperación y se alejó de ahí. No sabía qué hacer con el cuerpo inerte de mi hermano, así que lo abandoné debajo de un árbol, sin cubrir sus vergüenzas.

Luego corrí, corrí con unas ganas panteoneras de huir.

Del pasado.

Del presente.

De Gabriel, de Salvador, de sus muchas personalidades y sus muchas chingaderas.

Pero no lograba huir de mí, del maldito asesino de sus hermanos.

Corrí hasta que encontré y crucé la frontera que he buscado toda mi vida.

Mientras me alejaba escuché los gritos de un grupo de niños: *¡Un muerto... un muerto!*

Me tironeaba el corazón a cada paso que daba, alejándome, al fin, para siempre, de mi asesino.

Ahora mis pulmones reciben el dulcísimo olor de la muerte y respiran libres de la humedad que se asentó en ellos durante veintitrés años.

Debo avisar a la familia que Gabriel volvió.

¡Y yo voy a necesitar un traje negro, un pinche traje negro!

FIN

## Fratricidio en la literatura: Un traje negro, obra literaria con poética

### Introducción

#### Una poética para *Un traje negro*

Quiero comenzar puntualizando que el concepto “poética” se puede entender en uno de dos sentidos: como objeto de estudio y como teoría. En el primer caso es “la elección hecha por un autor entre todas las posibilidades (en el orden de la temática, de la composición, del estilo, etc.) literarias”<sup>3</sup>; así, podríamos hablar sobre la poética de Steinbeck o la de Kerouac o la poética de la literatura surrealista, es decir, el conjunto de elecciones hechas por determinado autor o escuela literaria. La segunda posibilidad es mirar la poética como una teoría rigurosa que tiende hacia la científicidad.

Este trabajo recepcional es la poética de mi novela *Un traje negro*, por lo tanto, intenta explicar mi genuina preocupación sobre la manera precisa de escoger las herramientas que consideré más eficaces para obtener el efecto deseado en los futuros lectores de mi novela.

Lo primero que el lector leerá en este trabajo recepcional será la justificación del mismo: enriquecer mi perspectiva sobre el fratricidio y presentar la actualización que hago del mito judeocristiano de Abel y Caín en *Un traje negro*.

A continuación, la sinopsis de mi novela proporciona un extracto de los aspectos más relevantes y una visión general.

---

<sup>3</sup> Marchese, A., Forradelas, J. (2013). *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Planeta. pp. 324-5

A través de una rigurosa exploración de obras literarias que abordan el tema del fratricidio, tales como *Al este del edén*, de Steinbeck; *Terrenal*, de Kartun, y *Caín*, de Saramago, entre otras, logré identificar vecindades con mi propio texto que me ayudaron a mejorarlo y a tener una idea más clara sobre cómo explicar la manera en la que está construido.

Así, pues, *Fratricidio en la literatura: Un traje negro, obra literaria con poética*, es, primordialmente, un trabajo recepcional que explica algunos de los procesos que utilicé para explicar el camino seguido para moldear mi novela *Un traje negro*.

Para alcanzar dicha meta, llevé a cabo una exhaustiva exploración acerca del fratricidio —el tema predominante que atraviesa mi novela— y sus repercusiones en la condición humana y en la literatura. Durante mi búsqueda para construir la poética de dicha novela me encontré con teorías que me ayudaron a tener claros los significados del tema mencionado. Así, me sumergí en: *Matar a un hermano*, de Mármol, para comprender mejor el significado de tal crimen; revisé el concepto de mito de Mircea Eliade; exploré a Freud y su figura sobre “La muerte del padre” en *Tótem y tabú*; observé la teoría de Moscón, para dar forma a mis ideas sobre la elección de Dios de un hermano sobre el otro en *¿Por qué Dios eligió a Abel?* Y, para observar desde otra perspectiva a los protagonistas del mito bíblico del primer fratricidio, me zambullí en *Adolescencia y sacrificio en el mito de Abel y Caín*, de Mandet. Por mencionar algunos.

Y, por último, expondré mis conclusiones.

### **Justificación**

La presente poética se enfocará en el fratricidio, tema en el que tengo un interés personal al ser el punto central de mi novela *Un traje negro*. Mi pasión por el tema de la muerte se ha reforzado a través de los años, pero es en *Un traje negro* en donde se muestra con más vigor, de la mano de un doble fratricidio, además de otras formas de muerte. Este trabajo me permitirá enriquecer mi perspectiva sobre el fratricidio a través de la investigación del concepto en diferentes autores. La lectura de obras de tradición novelística y dramática me permitirá sentirme seguro en la manera en la que estoy actualizando el mito de Abel y Caín, presente en mi novela.

*Un traje negro*

**Sinopsis**

El día de su décimo cumpleaños, Bernardo Echávarri es asesinado con lujo de violencia por Gabriel, su hermano mayor. Derivado del crimen, Pablo, el gemelo de Venado, como también se le conoce a Bernardo, se obsesiona con vengar esa muerte.

A lo largo de veinte años, Pablo busca a Gabriel para saciar su sed de venganza. El haber tenido una madre suicida, tías desequilibradas y un padre ausente, entre otras cosas, lo vuelven un hombre cada vez menos tolerante. Asimismo, acompañado y apoyado por Jorge Emilio, su primo, desarrolla una personalidad abusiva, realiza actos impulsivos, presenta una sexualidad impetuosa e irresponsable y una fuerte adicción al alcohol y otras drogas, incluso llega a cometer, bajo la influencia de sustancias tóxicas, un asesinato.

Desde distintos escenarios y en las voces de diferentes personajes, la novela presenta un tejido de historias paralelas y, a veces, simultáneas, que terminan confluyendo con la de Pablo. Dentro de su historia, ocurre el asesinato de su prometida y él padece, por lo tanto, un choque emocional que lo lleva a ser internado por algunas semanas en un hospital psiquiátrico. Años después, localiza a Gabriel. Durante el encuentro, ambos hermanos hablan sobre los detalles del fratricidio. Pablo, por unos minutos, considera perdonar a Gabriel, pero no puede y lo mata de la misma manera que este mató a Venado.

Así logra sentirse liberado del miedo, la tensión, el desasosiego, el rencor y la soledad que experimentó durante veinte años.

### Marco teórico

En esta sección me ocuparé del fratricidio, ya que es el tema que atraviesa mi novela; es el acto que dispara la acción. No es, por supuesto, el único tema relevante, pero, entre todos, es aquel que por sí solo cobró importancia a lo largo de los años, mientras escribía *Un traje negro*. En algún punto del tejido de la trama, apareció Venado, gemelo de Pablo, el protagonista. Gabriel, el hermano mayor de los gemelos, asesina a Venado, quien, a pesar de ser un cadáver, perturbó la existencia de otros personajes, tomó las riendas de la vida de Pablo y lo obligó a evolucionar.

La muerte es un tema que me apasiona, es motivo de casi todo mi quehacer literario. El deceso de los hermanos Echávarri, específicamente, cobró fuerza con el paso del tiempo, comenzó con una dedicatoria de pocas líneas, luego fue un poema<sup>4</sup>, un ensayo, un cuento, otro, hasta que se apoderó de esta novela.

Pero, ¿qué entendemos por fratricidio? ¿Qué sentimientos vienen a nosotros cuando pensamos en un individuo dando muerte a aquel a quien debería protegerse? Hay muchas formas de matar a un hermano y diversas son, también, las consecuencias.

#### ¿Qué es el fratricidio?

Etimológicamente, la palabra fratricidio está formada con raíces latinas y significa “Asesinato de un hermano”. “Sus componentes léxicos son: *frater* (hermano), *caedere* (matar/cortar), más el sufijo —io (acto resultante)” (Etimologías de Chile, 2023).

En el entorno legal, el *Código Penal Federal* lo cataloga como “Homicidio en razón del parentesco o relación”; para este delito contempla prisión de 10 a 40 años. Solamente en

---

<sup>4</sup> La poesía es el primer género literario en el que toqué directamente el tema del fratricidio, tanto binario como colectivo.

Coahuila se menciona tal delito con ese nombre en el artículo 355 del Código Penal del estado, que lo enuncia de la siguiente manera: “Parricidio, matricidio, filicidio, uxoricidio<sup>5</sup>, fratricidio<sup>6</sup> y otros homicidios por razón del parentesco”. Sanciona el fratricidio con pena de siete a treinta años de prisión y multa.

En *Tótem y Tabú* (2011), al formular la figura *La muerte del padre*, en la que representa el proceso de ‘hacerse hombre’, Freud expone el fratricidio, con las siguientes palabras: “[es] la muerte del hermano que comienza siendo tu par y termina como tu antítesis”. Como dato adicional, Alfred Adler (citado por Mármol, 2019) afirma que el orden en el que los hijos llegan a las familias tiene efecto: los primogénitos resultan ser conservadores y autoritarios, mientras que los demás son más independientes y creativos; añade que los hijos únicos son egocéntricos y dependientes.

También existen los llamados casos de fratricidio colectivo, en los que hay dos núcleos bien diferenciados: la víctima y la masa. Es suficiente con que uno de los miembros, masa o individuo, resulte caracterizado —como víctima o victimario— para que el otro se decante en sentido opuesto. (Sánchez Jiménez, 1987, p. 242).

---

<sup>5</sup> Muerte causada a la mujer por su marido. RAE.

<sup>6</sup> El subrayado es mío.

Sánchez Jiménez propone dos ejemplos míticos: el de Hainuwele<sup>7</sup> y el de Baldr<sup>8</sup> para explicar el fratricidio colectivo. En el extremo opuesto, es decir, un individuo que acaba con un colectivo, un ejemplo clásico es el de Huitzilopochtli<sup>9</sup> y los Cuatrocientos Huitznaua.

---

<sup>7</sup> Hainuwele. “La chica de coco”, es una figura del folclore Wemale y Alune de la isla de Ceram en las islas Molucas, Indonesia. Su historia es un mito de origen. El mito de Hainuwele fue registrado por el etnólogo alemán Adolf E. Jensen en la expedición de 1937-8 del Institut Fronebius a las islas Molucas. El estudio de este mito durante la investigación sobre sacrificios religiosos llevó a Jensen a la introducción del concepto de deidad Dema en la etnología. Joseph Campbell narró por primera vez la leyenda de Hainuwele a una audiencia anglófona en su obra *Las Máscaras de Dios*. Mito: Un día, mientras cazaba, un hombre llamado Ameta encontró un coco, que se había clavado en el colmillo de un jabalí. Ameta llevó el coco a su hogar. Esa noche, en sueños, una figura le dijo que plantara el coco y así lo hizo. En pocos días el coco creció en una palmera alta y floreció. Ameta escaló la palmera para cortar las flores y recolectar savia, pero en el proceso se cortó un dedo y la sangre cayó en un pétalo. Nueve días después, Ameta encontró, en lugar del pétalo, una chica Hainuwele, que significa “rama de coco”. La envolvió en su sarong y la llevó a su casa. Creció hasta la madurez a una velocidad increíble. Hainuwele tenía una cualidad: cuando defecaba, excretaba objetos valiosos. Gracias a esto, Ameta se volvió un hombre muy rico. Hainuwele asistió a un baile tradicional, que duraría nueve noches, en el que las chicas repartían nueces de areca a los hombres, ella les dio los objetos valiosos que excretaba. Al principio los hombres estaban felices, pero gradualmente decidieron que aquello era extraño y, movidos por la envidia, decidieron matar a Hainuwele en la novena noche, empujándola a un foso, que cubrieron de tierra, por lo que Hainuwele fue enterrada viva. Ameta descubrió, a través del oráculo, lo que había pasado. Exhumó el cadáver, lo descuartizó y lo volvió a enterrar alrededor del pueblo. De los distintos pedazos del cuerpo de Hainuwele, nacieron nuevas y distintas plantas útiles, incluyendo tubérculos, dando origen a la comida principal de Indonesia. Ameta llevó los brazos cortados a Mulua Satene, la deidad gobernante sobre los humanos. Con ellos, construyó una puerta en forma de espiral por la que pudieran pasar todos los hombres. Aquellos que pudieran pasar, seguirían siendo humanos, aunque desde entonces serían mortales. Aquellos incapaces de cruzar el umbral se convirtieron en nuevos tipos de animales o fantasmas. El propio Satene dejó la Tierra y se convirtió en el gobernante del reino de los muertos.

[https://mitologia.fandom.com/es/wiki/Hainuwele#cite\\_note-4](https://mitologia.fandom.com/es/wiki/Hainuwele#cite_note-4)

<sup>8</sup> Balder (en nórdico antiguo: Baldr), en el ámbito de la mitología nórdica y germana, es el dios de la paz, la luz y el perdón, y el segundo hijo de Odín. Baldr es conocido, principalmene, por la historia de su muerte, la cual se ve como el primer paso de la cadena de sucesos que llevará definitivamente a la destrucción de los dioses en Ragnarok. Baldr tuvo un sueño de su propia muerte su madre tuvo los mismo sueños. Como sus sueños solían ser proféticos, Frigg, la madre de Baldr, hizo que todos los objetos, de todos los reinos, juraran no dañar nunca a Baldr. Todos los objetos juraron excepto el muérdago. Frigg no le dio importancia, pues pensó que el muérdago era demasiado joven para jurar. Cuando Loki se enteró, hizo una lanza con esta planta. (en otras versiones una flecha). Se apresuró al lugar donde los dioses pasaban el tiempo lanzando objetos a Baldr, que rebotaban sin herirle. Loki le dio la lanza al hermano de Baldr, el dios ciego Höör, quien mató, sin saberlo, a su hermano (otras versiones sugieren que Loki guio la flecha). Por este acto, Odin y la gigante Rindr dieron a luz a Váli, quien se convirtió en adulto en un día y mató a Höör. <https://es.wikipedia.org/wiki/Balder>

<sup>9</sup> Huitzilopochtli o “Colibrí Zurdo” es el dios de la guerra, advocación solar y patrono de los mexicas. Bajo su tutela, este pueblo se convirtió en el más poderoso del ámbito mesoamericano durante el período Postclásico (Sánchez Santoyo, H. M., abril de 2021). Nació de Coatlicue, la Madre Tierra, quien quedó embarazada por medio de una bola de plumas, que cayó del cielo mientras barría los templos de la sierra de Tollan. Sus 400 hermanos (Centzon Huitznahua), al notar el embarazo de su madre, y a instancias de su hermana Coyolxauhqui, decidieron ejecutar al hijo al nacer, para ocultar la supuesta deshonra, al ser Huitzilopochtli un hijo no natural de su padre Mixcóatl u Ometecuhtli. Pero Huitzilopochtli nació y tomó la mítica arma Xiucóatl (serpiente de fuego) entre sus manos y venció y mató fácilmente a Coyolxauhqui y los Centzonhuitznahua, donde Coyolxauhqui quedó desmembrada al caer por las laderas del Coatépec. Huitzilopochtli tomó la cabeza de su hermana y la arrojó al cielo,

El sistema de fratricidio más conocido, por común, es el de los sistemas binarios: un individuo que mata a otro y, para este caso, cabe subrayar que el par ideal se da a través de la gemelitud.

Es verdad que, hasta cierto punto, todo hermano se asemeja a otro; pero, en el caso de los gemelos, dicha semejanza es próxima a la identidad. Hay multitud de historias sobre gemelos que dicen percibir lo que sucede al otro; esta cercanía se relaciona directamente con la posibilidad del equívoco.

Sánchez Jiménez (p. 15), opina que el hecho de que los hermanos lleven sus rencillas hasta el extremo del fratricidio o, por el contrario, que se conviertan en los mejores aliados tiene que ver no solamente con la fratría sino también con los legados que reciben de sus padres, abuelos o bisabuelos.

Para ampliar el planteamiento de Mármol, en relación con el comportamiento de los hermanos de acuerdo a su orden de nacimiento, voy a ejemplificar: cuando falta el padre, es frecuente que alguno de los hijos asuma las tareas que a este correspondían; también, por lo menos en nuestro país, es cotidiano que, en las familias con escasos recursos económicos, sea únicamente el hermano mayor el que acude a la universidad o que, una vez concluidos sus estudios, sea este quien apoye económicamente a los hermanos menores en su formación académica.

Esta situación genera, en algunos casos, satisfacción y orgullo —al menos en apariencia— en el hermano mayor; aunque también le provee de un sentimiento de autoridad que

---

con lo que se convirtió en la regidora de la Luna, siendo Huitzilopochtli el regidor del Sol.  
<https://es.wikipedia.org/wiki/Huitzilopochtli>

está seguro de haberse ganado. En otros produce un resentimiento que puede perdurar toda la vida. Incluso puede surgir un proceso emocional en el que tal animadversión sea creciente, hasta el grado de convertirse en un odio exacerbado que lleva al hermano —que se siente explotado, envidioso y celoso— a ‘poner el pie’ constantemente al hermano menor y, por supuesto, en circunstancias extremas, a darle muerte. En muchos casos, la más pequeña deferencia de uno o ambos padres hacia uno de los hermanos desencadena los mismos sentimientos y puede ocasionar que el hermano envidioso tome represalias. En las familias en las que son los hermanos menores los que consiguen concluir sus estudios y/o logran destacar en algún ámbito, surgen, en ocasiones, celos y envidia por parte de los hermanos mayores, quienes se sienten agraviados.

### **Símbolo y Mito**

El símbolo, según Scrimieri (s/f, p. 22), es el arquetipo que se acerca y se integra en la conciencia humana, ya que las imágenes arquetípicas son demostraciones inminentes de lo inconsciente colectivo. Según Jung (1970) son fragmentos de naturaleza que se imponen a lo que la conciencia percibe; y es esta quien integra, elabora y asimila esas imágenes y las eleva a la categoría de símbolo. “Las imágenes arquetípicas devienen así imágenes simbólicas, devienen símbolos” (Scrimieri, p.22). En el mito, entonces, los arquetipos se presentan con forma de símbolo, elaborado de acuerdo con la visión del mundo que tiene una colectividad específica y luego esos arquetipos son transmitidos durante largos periodos de tiempo. Así, en el mito, el arquetipo se presenta como un símbolo colectivo, provisto de los rasgos que le son propios<sup>10</sup> y

---

<sup>10</sup> Los símbolos míticos colectivos son representaciones que encapsulan significados profundos dentro de una cultura o sociedad. Se encuentran en mitologías, religiones, tradiciones y narrativas populares y poseen ciertos rasgos distintivos:

que son siempre de carácter contradictorio: luminoso/oscuro, fascinante/temible, visible/invisible.

Elsa Fujigaki, en su curso *Mitos, mitología y arquetipos en la literatura* afirma que los mitos tratan de explicar las dudas existenciales a partir de una cultura, una época y una geografía determinadas. “El mito se vuelve un hecho cultural que moviliza permanentemente y trata de responder las preguntas de los seres humanos” (Fujigaki, E., comunicación personal, 17 de febrero de 2020). Y es que los mitos hablan de las preocupaciones humanas; por ejemplo, ¿qué hay más allá de la muerte? Al respecto, se dice que los primeros mitos surgen a partir de la muerte y le dan sentido. Joseph Campbell dice a Bill Moyers, en *El poder del mito*, que ya desde el hombre de Neanderthal hay ofrendas y al haber ofrendas se puede hablar de mitos. A los cuerpos se les deja comida, agua, etcétera, para su tránsito a “la otra vida”. Las religiones dicen que, después de la muerte, hay otro lugar al cual ir. Así se generan las mitologías del inframundo.

- 
- 1.- Universalidad y arquetipicidad: son comunes en múltiples culturas, aunque con variaciones. Representan arquetipos universales (como el héroe, el sabio, la sombra). Ejemplo: el árbol de la vida, presente en muchas mitologías.
  - 2.- Carga emocional y espiritual: despiertan respuestas emocionales profundas. Se asocian con experiencias humanas fundamentales (muerte, renacimiento, destino, amor). Ejemplo: la serpiente como símbolo del conocimiento prohibido o el engaño.
  - 3.- Transmisión cultural: se transmiten a través de generaciones mediante cuentos, mitos, rituales y el arte. Su significado puede evolucionar, pero conserva su esencia simbólica. Ejemplo: el dragón, que en occidente representa peligro, pero en oriente simboliza sabiduría y poder.
  - 4.- Ambigüedad y plurivalencia: un mismo símbolo puede tener múltiples interpretaciones según el contexto cultural o histórico. Ejemplo: el fuego, que puede representar tanto destrucción como purificación.
  - 5.- Relación con lo sagrado y trascendental: conectan al ser humano con lo divino, lo cósmico o lo metafísico. Son esenciales en mitologías y religiones. Ejemplo: el cielo como morada de dioses o lugar de ascensión espiritual.
  - 6.- Función mediadora: actúan como puente entre la realidad tangible y el mundo simbólico o espiritual. Pueden usarse en rituales, literatura y arte para expresar significados abstractos. Ejemplo: la puerta o el umbral, que simboliza el paso a otro estado de conciencia o existencia.

Otra pregunta, en el sentido opuesto, es ¿dónde se genera la vida? La respuesta a esta pregunta también está en los mitos, que son duales (vida/muerte) y en esa dualidad hay una asociación.

Para explicar las dudas existenciales surgen los rituales; un ejemplo está en la cacería: el hombre y el animal son iguales, inclusive, muchas veces, los animales son considerados superiores. Por lo tanto, debe haber un ritual de cacería para matar sin culpa y, luego de esta, un ritual de restauración a la presa, que ofrece su vida para formar parte de la vida del cazador. El ritual es la manera de regenerar el tiempo<sup>11</sup>. Al ver al animal como un igual, este representa

---

<sup>11</sup> Un ritual de cacería puede entenderse como una forma de regenerar el tiempo desde la perspectiva de la mitología, la antropología y la fenomenología de lo sagrado. Esta idea se basa en el concepto del tiempo cíclico, común en muchas sociedades tradicionales, en contraste con la visión lineal del tiempo en la modernidad.

1.- El tiempo mítico y la repetición de los orígenes. Según Micea Eliade (*El mito del eterno retorno*), en muchas culturas tradicionales, los rituales permiten que la humanidad regrese al “tiempo primordial” o *illud tempus*, es decir, el tiempo sagrado de los dioses y los ancestros. En este contexto, una cacería ritual: no es solo un acto de supervivencia, sino una realización del mito fundacional de la comunidad. Reproduce el momento en que los dioses, espíritus o ancestros enseñaron la caza a los humanos. Regenera el orden del mundo, asegurando que el ciclo de la vida continúe.

2.- La cacería como un acto sagrado de renovación. En muchas sociedades cazadoras-recolectoras, la cacería no es solo un acto material, sino un acto ritual con reglas estrictas. Esto se relaciona con la regeneración del tiempo porque: a) se ejecuta con símbolos, gestos y palabras que imitan los actos originales de los primeros cazadores míticos; b) la presa sacrificada representa una ofrenda que restablece el equilibrio cósmico, y c) se considera que el animal cazado renace en otro ciclo de existencia, asegurando la continuidad de la vida y del tiempo mismo.

3.- El tiempo cíclico y la regeneración del mundo. Para muchas culturas indígenas el tiempo es cíclico, lo que significa que los acontecimientos sagrados deben repetirse para mantener el orden del universo. El ritual de cacería permite que la comunidad reingrese en ese tiempo sagrado, reactivándolo y renovándolo. La caza es una metáfora de la muerte-renacimiento, donde el sacrificio del animal permite la perpetuación de la vida.

Ejemplo, el ritual de la caza en diferentes culturas. **Pueblos nativos norteamericanos:** la caza del bisonte iba acompañada de oraciones y danzas para asegurar la renovación del rebaño y la supervivencia de la tribu. **Los San (bosquimanos) de África:** creen que al cazar un animal en estado ritual, su espíritu se libera y regresa al ciclo de la naturaleza. **Chamanismo siberiano:** se pide permiso al espíritu del animal antes de cazar, y se cree que su sacrificio regenera el tiempo y mantiene la armonía con la naturaleza.

Conclusión: el ritual de cacería no es solo un acto físico, sino un acto cosmológico y espiritual. Al repetirlos, las sociedades tradicionales reanclan su existencia en el tiempo mítico, lo regeneran y aseguran que el orden del universo continúe. Así, el tiempo no avanza de manera lineal, sino que se renueva en cada ciclo de caza, asegurando la perpetuación de la vida.

Mirecea Eliade, *El mito del eterno retorno* (1949). Danièle Dehouve, *U ritual de cacería. El conjuro para cazar venados de Ruíz de Alarcón* (2010). Jasper Nielsen y Christophe Helmke, *El cazador, la presa y el dueño de los animales: observaciones sobre la caza y la guerra en la religión de los mayas prehispánicos* (2020). Jasper Nielsen y Toke Sellner Reunert, *Cacería ritual y sacrificios huicholes: entre depredación y alianza* (2011). Mircea Eliade, *Imágenes y símbolos* (1952). Gilbert Durand, *Las estructuras antropológicas del imaginario* (1960).

también al amigo, al padre, a Dios; por eso tiene que hacerse un ritual de restauración. El animal es un ser superior, representa algo muy importante.

Los mitos no pertenecen a una sociedad en particular, ni se han quedado en la antigüedad, sino que han perseverado a través del tiempo. Sirvan como ejemplo los rituales de iniciación, para sobrellevar el tránsito de la infancia a la edad adulta, entre los aborígenes australianos y el Bar Mitzvah entre los judíos. En las sociedades modernas se ha ido perdiendo la ritualización; en la actualidad los jóvenes no son iniciados y hacen lo que pueden, así surge, por ejemplo, unirse a bandas o pandillas; es una especie de actualización del rito de iniciación. En todas las culturas, los mitos van a ser los mismos; en la parte más profunda de nuestro cerebro están nuestros arquetipos, por eso todos los seres humanos nos podemos identificar. Por ejemplo, Jesucristo y Buda tienen la misma trayectoria, tienen muchas similitudes.

### **El fratricidio en la historia**

En las diversas civilizaciones humanas, el crimen del fratricidio se ha cometido desde la antigüedad hasta nuestros días. Algunos ejemplos memorables son:

Durante el Imperio Romano, es bien conocido el asesinato de Geta por orden de su hermano Caracalla. Tras la muerte del padre de ambos, Septimio Severo, en febrero de 211, los hijos le sucedieron como co-emperadores, pero mantuvieron una relación muy tensa, resultando en la conspiración de cada uno para asesinar al otro.

En el Imperio Persa hay muchos fratricidios registrados. El más famoso involucra a Cambises II y Bardija, hijos de Ciro el Grande. El primero mató al segundo. También son

conocidas las historias sobre Jerjes II, Sogdiano y Darío II, hijos de Artajerjes I, todos en competencia por el trono.

En el imperio otomano, el fratricidio fue una práctica legalizada por Mehmed II, quien sustentó su decisión en la lucha que su abuelo sostuvo con sus hermanos Süleyman, İsa y Musa por la obtención del trono, durante el Interregno Otomano, en una guerra civil que duró ocho años y debilitó al imperio. Mehmed II decidió que legalizar formalmente el fratricidio era una manera de preservar el Estado y evitar las guerras entre hermanos. Declaró: “De cualquiera de mis hijos que ascienda al trono, es aceptable que mate a sus hermanos para el beneficio común de la gente (nizam-i alem). La mayoría de los ulama (eruditos musulmanes) han aprobado esto, que se tomen las medidas necesarias”.

En el imperio Mughal (Mogol), los fratricidios ocurrían como resultado de las guerras de sucesión; así, Shah Jahan<sup>12</sup> hizo matar a sus hermanos Khusrau Mirza (1622) y Shahriyar (1628). Otro caso conocido es el de Dara Shikoh, hijo de Shah Jahan, quien fue asesinado por los secuaces de su hermano Aurangzeb, en 1659.

Ashoka, también conocido como Chand-Ashoka, mató a sus hermanos por una guerra de sucesión al morir su padre. Más tarde conquistó la Gran India por completo, antes de adoptar el budismo y abandonar la guerra.

---

<sup>12</sup> Shah Jahan fue el quinto emperador mogol de la India. Por lo que más se le recuerda es por mandar labrar el Trono del Pavo Real —usado, luego, para describir los tronos de los emperadores persas— y, especialmente, por levantar el Taj Mahal.

### Mitos de origen sobre el fratricidio

El fratricidio está presente en muchos mitos fundacionales y no son estáticos, se van reconstruyendo/actualizando a través del tiempo. En su acepción moderna, el mito es una narración maravillosa<sup>13</sup> que está situada fuera del tiempo histórico y está protagonizada por personajes de carácter divino o heroico. Mircea Eliade (1991, p. 5) dice que, en las sociedades arcaicas, el mito “designa una «historia verdadera» [...] una historia de inapreciable valor porque es sagrada, ejemplar y significativa”, lo que es contrario a la acepción usual del término en la actualidad, es decir, fábula, invención, ficción. La definición de Eliade es distinta, también, al sentido que le otorgan “los etnólogos, sociólogos e historiadores de las religiones como «tradición sagrada, revelación primordial, modelo ejemplar»”. (Eliade, 1991, p.5)

Podemos, entonces, definir el mito como una historia fabulosa, de tradición oral, que encarna simbólicamente aspectos de la condición humana y se aplica con frecuencia a las acciones de dioses o héroes de la antigüedad. Las mitologías están plagadas de ejemplos sobre el fratricidio:

**Osiris y Seth.** Entre los egipcios, uno de los mitos fraticidas más conocidos trata la rivalidad entre Osiris —el hijo favorito de Geb (dios de la tierra) y Nut (diosa del cielo)— y Seth, celoso de su hermano.

Osiris fue un dios-gobernante sabio y amable; enseñó al ser humano la agricultura y a adorar a los dioses, estableció leyes y, luego de terminar con su labor educadora, viajó para

---

<sup>13</sup> Que está fuera del mundo real, como los cuentos de hadas. Caben en el término maravilloso todas las cosas asombrosas, admirables, inexplicables, con una divinidad fuera de la comprensión; es aquello que pertenece a lo sobrenatural, al mundo de la magia, al mundo de las hadas, al mundo donde lo imposible parece posible.

enseñar a otros pueblos. Seth, celoso de la popularidad de Osiris, intentaba apoderarse del trono de Egipto, pero Isis, esposa de Osiris y hermana de ambos, lo observaba y mantenía controlado.

Cuando Osiris volvió del extranjero, Seth tuvo su oportunidad: confabuló contra su hermano, con ayuda de algunos asistentes al banquete de bienvenida para hacer entrar a Osiris a un arca construida expresamente con las medidas exactas del dios-gobernante. Cuando Osiris estuvo dentro del arca, Seth hizo una señal acordada y sus cómplices cerraron la tapa y la sellaron con plomo; como consecuencia, Osiris murió. El arca se convirtió, así, en un ataúd que arrojaron al Nilo. El hermano menor anunció la muerte de Osiris y usurpó el trono.

**Abel y Caín.** La historia de estos dos hermanos y su trágico desenlace es la siguiente: Caín, ciego de furia —y envidia— por la preferencia de Dios a la ofrenda de Abel, lo asesina y comete con ello el primer crimen de la humanidad, dado que lo ocurrido entre Osiris y Seth es entre dioses. Caín, vagabundo y marcado para siempre, termina por establecerse en Nod.

**Rómulo y Remo.** En la mitología de la antigua Roma, la ciudad se fundó como resultado de un fratricidio, luego de una discusión entre los hermanos Rómulo y Remo sobre quién tenía el favor de los dioses; así, Rómulo se convirtió en el primer rey de Roma después de matar a su hermano.

**Karna y Arjuna.** En la epopeya hindú Mahābhārata, Arjuna da muerte a su hermano, Karna para cumplir su obligación, por juramento, de vengar la muerte de su único hijo, quien fue masacrado sin piedad por un grupo de guerreros sedientos de sangre que incluía a Karna. El acto fratricida se comete cuando Karna busca venganza sobre el maestro de Arjuna, y hacia la familia real, por haberlo humillado, además de otras causas.

**Coyolxauhqui y Huitzilopochtli.** Los mexicas llamaron a la Luna con el nombre Coyolxauhqui, que significa en náhuatl “la adornada de cascabeles” (coyolli = cascabel; xauhqui = que adorna). Coyolxauhqui era hija de la diosa madre de la Tierra, Coatlicue, y regente de los Centzon Huitznáhuac<sup>14</sup>. Coatlicue vivía en el cerro de Coatepec<sup>15</sup>, donde hacía penitencia barriendo. En una ocasión, cuando barría su hogar, cayó del cielo un hermoso plumón o bola de plumas finas que recogió y guardó en su seno. Al terminar sus labores y buscar el plumón se dio cuenta de que había quedado embarazada. Al enterarse del embarazo de su madre, Coyolxauhqui enfureció y convenció a sus hermanos de matarla para lavar la deshonra. Cuahuitlicac, uno de los Huitznáhuac, se arrepintió y confesó todo a su madre. Huitzilopochtli escuchó desde el vientre materno y consoló a Coatlicue, prometiéndole protección. Al comenzar el ataque de Coyolxauhqui y los Huitznáhuac, Huitzilopochtli nació ataviado como un guerrero invencible, con un escudo de plumas de águila, se pintó el rostro con franjas diagonales y el cuerpo de azul; sobre su cabeza colocó plumas finas y se puso orejeras. Llevaba consigo una formidable arma, la Xiuhcoatl<sup>16</sup>, con la cual hirió y luego decapitó a Coyolxauhqui. El cuerpo de la guerrera rodó hecho pedazos por el Coatepetl. En ese momento Huitzilopochtli, dios solar, lanzó la cabeza de su hermana al cielo y esta se convirtió en la Luna.

El mito de Coyolxauhqui y su desmembramiento a manos de Huitzilopochtli es la explicación del fenómeno de las fases de la Luna, que muere para dar paso al nacimiento del Sol.

---

<sup>14</sup> Los Cuatrocientos Huitznaua (también llamados los Cuatrocientos Surianos), que representaban las estrellas del cielo del sur.

<sup>15</sup> Montaña de la Serpiente, también pronunciado Coatepetl.

<sup>16</sup> Serpiente de fuego.

### El fratricidio en las religiones monoteístas

Considero importante hablar del vínculo presente entre el fratricidio y la religión porque dicho crimen está presente, a través del mito de Abel y Caín —mito fundante de alcance universal—, por lo menos en las religiones abrahámicas<sup>17</sup>, las cuales enmarcan la cultura occidental y están presentes, quizá con mayor fuerza, en nuestra cotidianeidad. Dichas religiones observan el acto de dar muerte al hermano en el relato bíblico de Caín y Abel y lo reconocen como el primer homicidio cometido por la humanidad, siendo este un fratricidio. *La Biblia de Jerusalén* hace referencia al asesinato de Abel (representante de los nómadas del desierto) por Caín (fundador de las ciudades y las civilizaciones) en el Génesis:

Conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: «He adquirido<sup>18</sup> un varón con el favor de Yahveh». Volvió a dar a luz, y tuvo [Eva] a Abel su hermano [de Caín]. Fue Abel pastor de ovejas y Caín labrador. Pasó algún tiempo, y Caín hizo a Yahveh una oblación de los frutos del suelo<sup>19</sup>. También Abel hizo una oblación de los primogénitos de su rebaño, y de la grasa de los mismos. Yahveh miró propicio a Abel y su oblación. Mas no miró propicio a Caín y su oblación, por lo cual se irritó Caín en gran manera y se abatió su rostro. Yahveh dijo a Caín: «¿Por qué andas irritado y por qué se ha abatido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien podrás alzarlo? Mas, si no obras bien, a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia, y a quien tienes que dominar». Caín dijo a su hermano Abel: «Vamos afuera».

---

<sup>17</sup> Las religiones abrahámicas son de convicción monoteísta y reconocen una tradición identificada con Abraham, el primero de los tres patriarcas del judaísmo. El término se usa para referirse colectivamente al judaísmo, cristianismo e islam.

<sup>18</sup> Más adelante retomaré las palabras dichas por Eva para hablar sobre la importancia que tiene el término adquirir en el nombre de Caín.

<sup>19</sup> La oferta de Caín fue rechazada por Dios, mientras que la oferta de Abel fue aceptada. Esto muestra que a Dios no le importa solo la oferta en sí, sino la actitud del corazón del delincuente. (ver también Mateo 5:23-24 y 2 Corintios 9:7)

Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín contra su hermano Abel y lo mató<sup>20</sup>.

Yahveh dijo a Caín: «¿Dónde está tu hermano Abel?» Contestó: «No sé ¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?». Replicó Yahveh: «¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo. Pues bien: maldito seas, lejos de este suelo que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Aunque labres el suelo, no te dará más su fruto. Vagabundo y errante serás en la tierra». Entonces dijo Caín a Yahveh: «Mi culpa es demasiado grande para soportarla. Es decir que hoy me echas de este suelo y he de esconderme de tu presencia, convertido en vagabundo errante por la tierra, y cualquiera que me encuentre me matará». Respondióle Yahveh: «Al contrario, quienquiera que matare a Caín, lo pagará siete veces». Y Yahveh puso una señal a Caín para que nadie que le encontrase le atacara<sup>21</sup>. Caín salió de la presencia de Yahveh, y se estableció en el país de Nod, al oriente de Edén (Gen, 4:1 - 4:16).

Puede notarse con claridad que *La Biblia de Jerusalén* no nos explica el motivo por el que Yahveh menosprecia la ofrenda de Caín y lo condena a errar por la tierra cargado de un sentimiento de culpa más grande que el castigo.

*El Sagrado Corán*, nos ofrece una explicación en la Sura 5 Al-Ma' idah (La Mesa Servida) en la que también narra la historia de Abel y Caín:

27. ¡Y cuéntales la historia auténtica de los dos hijos de Adán, cuando ofrecieron una oblación y se le aceptó a uno, pero al otro no! Dijo: «¡He de matarte!». Dijo: «Alá sólo acepta de los que Le temen. 28. Y si tú pones la mano en mí para matarme, yo no voy a ponerla en ti para matarte, porque temo a Alá, Señor del universo. 29. Quiero que cargues con tu pecado contra mí y otros pecados y seas así de los moradores del Fuego. Ésa es la retribución de los impíos». 30. Entonces, su alma le instigó a que matara a su

---

<sup>20</sup> El asesinato de Abel por Caín es el primer asesinato registrado en la Biblia. Esto muestra la naturaleza pecaminosa del hombre y la necesidad de justicia y castigo por el pecado. Dios castigó a Caín por su transgresión, pero también le dio la oportunidad de arrepentirse y cambiar su camino (ver Génesis 9:6 y Romanos 6:23).

<sup>21</sup> Dios pone una señal en Caín para protegerlo de ser asesinado por otros. Esto muestra la misericordia de Dios a aquellos que cometen pecados serios. Dios no desea la muerte del pecador, pero se arrepiente y vive (ver también Ezequiel 18:23 y 1Timoteo 1:15-16).

hermano y le mató, pasando a ser de los que pierden. 31. Alá envió un cuervo, que escarbó la tierra para mostrarle cómo esconder el cadáver de su hermano. Dijo: «¡Ay de mí! ¿Es que no soy capaz de imitar a este cuervo y esconder el cadáver de mi hermano?». Y pasó a ser de los arrepentidos. 32. Por esta razón, prescribimos a los Hijos de Israel que quien matara a una persona que no hubiera matado a nadie ni corrompido en la tierra, fuera como si hubiera matado a toda la Humanidad. Y que quien salvara una vida, fuera como si hubiera salvado las vidas de toda la Humanidad. Nuestros enviados vinieron a ellos con las pruebas claras, pero, a pesar de ellas, muchos cometieron excesos en la tierra (p. 49).

### *Caín, arquetipo de la rebeldía*

Caín es una de las figuras expulsadas del Edén, que se convierte, a través del tiempo, en arquetipo de la rebeldía. Caín es desterrado luego de asesinar a Abel, echándose a costas la maldición divina.

La historia de Caín está directamente vinculada con el sacrificio, la sangre y la inmortalidad. Graves y Patai<sup>22</sup> señalan que algunos textos hablan sobre Samael,<sup>23</sup> disfrazado como serpiente, quien hace que el hombre coma del árbol de la Ciencia y que posteriormente engendra a Caín con Eva. De ese modo, contaminó toda la descendencia habida de la posterior unión de Eva y Adán. También, ambos autores mencionan los celos de Samael al mirar a Eva y Adán en el acto sexual. “Samael esperó a que Adán yaciera con Eva y se quedase dormido, y en aquel momento tomó su lugar. Eva se entregó a él y concibió a Caín [...] como el rostro del

<sup>22</sup> Robert Graves y Raphael Patai. Op. Cit. p. 104. (Citado por Nájera).

<sup>23</sup> El ángel rebelde de superior belleza y perfección quien más adelante sería la referencia de Satanás. (Anotado por Nájera).

infante Caín tenía un brillo angelical, Eva supo que Adán no había sido el padre y, en su inocencia exclamó: «¡He adquirido un varón con el favor de Yahveh!» (Nájera, 2003,p. 3).

A partir de todo lo expuesto surge la pregunta ¿Por qué Dios no castigó con la muerte al fratricida? La respuesta que se encuentra en el Antiguo Testamento es que la maldición que Jehová deja caer sobre Caín fue debido a que sus tierras perderían su fuerza por haber absorbido la sangre de Abel, y por eso, lo condena a andar errante y a ser extranjero a donde fuese y lo marca con una señal en la frente<sup>24</sup> para que todos supieran que no lo podían matar o, de lo contrario, sería vengado siete veces. Así es como Caín marchó al oriente del Edén para habitar la tierra de Nod, donde conoció a su mujer, con quien tuvo descendencia. Tal vez la muerte habría sido un castigo poco riguroso y no significaría una verdadera lección para Caín.

Graves y Patai señalan que “Dios infligió a Caín siete castigos peores que la muerte, a saber, un cuerno vergonzoso que crecía de su frente; el grito «¡Fratricida!», que resonaba por valles y montañas; una parálisis que le hacía agitarse como una hoja de álamo; un hambre voraz que nunca se saciaba; la decepción de todos sus deseos; una perpetua falta de sueño, y la orden de que ningún hombre debía ofrecerle amistad ni matarle” (Nájera. p. 4).

La versión árabe habla sobre los diversos objetos con los que pudo llevarse a cabo el fratricidio:

Una noche, Abel no regresó del pastoreo de su rebaño. Entonces Adam [sic.] envió a Caín a ver que le había sucedido. Cuando Caín fue a buscarlo, él lo encontró y allí mismo se quejó: “tu ofrenda fue aceptada pero la mía no”. Abel replicó: “Allah solo acepta de quien[es] a Él temen” Caín se enojó al escuchar esto, y golpeó a su hermano con un hierro que tenía en su

---

<sup>24</sup> Hasta la fecha no se ha definido exactamente el lugar donde se puso la señal ni qué marca fue la que se le puso. Algunos señalan que fue puesta en el brazo y otros que era una cruz (anotado por Nájera).

mano y entonces lo mató. También fue dicho que lo mató golpeándolo en la cabeza con una roca mientras dormía. También fue dicho que lo estranguló hasta matarlo y lo golpeó como si fuera una bestia. Pero Allah sabe más [...] (Sura 5:28)(Kazir, 2012).

### ***El sacrificio presente en el mito de Abel y Caín***

En este apartado retomo las palabras de Eva ante el nacimiento de Caín “He adquirido [caniti] un varón con ayuda de Yaveh”. Mandet (1995) dice que “Caín, en hebreo, significa «Lanza por la violencia usada» y se deriva de *canáh* [adquirir] o menos probablemente de *hayn* [ar] forjado” (p. 1037).

Concluye Mandet que hay que tener en cuenta que Eva “dijo” estas palabras, entonces Caín es hijo del decir de Eva y de la voluntad divina; luego, entonces, fue adquirido y forjado.

Sabemos que en el relato bíblico hay desfiguraciones, omisiones y ocultamientos que, de develarse, nos llevarían a ámbitos inquietantes. Una de las preguntas más importantes que podríamos responder sería aquella sobre el motivo de la ira de Dios y las intenciones de la ofrenda hecha por Caín.

Al respecto, Moscón (2007) inquiere: “¿Por qué Dios se inclinó más por el cordero de Abel que por los frutos de Caín, si ambas ofrendas eran equivalentes, si ambas cumplían con las leyes rituales del Templo?”. Podría percibirse esa decisión de Dios como una arbitrariedad, como un sinsentido, podríamos, incluso, pensar en un dios veleidoso, iracundo, que otorga preferencias injustas. Caín podría haber exclamado, como Cristo en la cruz: «Padre, ¿por qué me has abandonado?».

Presumo que Dios se enoja con Caín —más que por ira, intransigencia o capricho— porque este abrazaba sentimientos de rebelión y murmuraba contra Él a causa de la maldición pronunciada sobre la tierra y sobre la raza humana por el pecado de Adán. Abel rogó a Caín que se acercara al creador, pero sus súplicas crearon en Caín mayor obstinación para seguir su propia voluntad; como era el mayor, no le pareció propicio que su hermano lo amonestara y, autoritario y conservador, desdeñó su consejo. Caín se presentó ante Dios con murmuración e incredulidad en el corazón, su ofrenda no expresó arrepentimiento del pecado, creía que seguir el plan de Dios y confiar en el sacrificio del Salvador prometido era una muestra de ingenuidad, prefirió depender de sí mismo y se presentó confiado en sus propios méritos. No hubo señal del cielo de que la ofrenda de Caín fuera aceptada, no descendió fuego ni la oblación de Caín produjo humo. Caín obedeció al construir el altar, obedeció al traer una ofrenda, pero rindió una obediencia insuficiente, omitió lo esencial.

Se infiere, por lo tanto, que Dios no eligió un hermano para ser aceptado y el otro para desecharse. Abel eligió la fe y la obediencia, Caín, en cambio, optó por la incredulidad y la rebeldía. Esa elección marcó el rumbo.

Sin embargo; hay otras suposiciones: sabemos que algo ha irritado a Dios y esto que le ha irritado ha desatado su ira contra Caín. Probablemente su enojo es debido a que Caín trabajó creativamente la tierra como labrador; sin embargo, paradójicamente, eligió la más pobre de sus gavillas de trigo. Abel eligió el mejor de sus corderos, aunque su trabajo para obtenerlo no haya sido tan intenso como el de su hermano. Si fuese este el motivo, también podría comprenderse el enojo de Caín contra su hermano, puesto que ese exiguo manojito de trigo le supuso un esfuerzo mayor y, a pesar de ello, Dios prefirió la ofrenda de Abel.

Mandet (1995, p. 1039) afirma que Caín entró en la dimensión del pecado, del origen deseante del inconsciente. En efecto, en la versión árabe de la historia puede leerse “estarás el resto de tu vida en perpetua angustia, con lo que huyó despavorido errando y vagabundo”. Estas palabras confirman el sacrificio, el pecado y el horror que estos conllevan cuando la rebeldía va contra la divinidad.

### *La envidia como elemento del fratricidio*

Sabemos que a Adán y a Eva se les da un hijo: Caín. también sabemos que este sufre por la falta del reconocimiento de Dios que siente que le corresponde, entre otras cosas, por su primogenitura, y no consigue dominar esta mezcla de dolor, rabia y envidia. El hecho de que Dios no aprecie los dones de Caín no produce una rebelión contra él, sino que desencadena la violencia contra un hermano no culpable, como vía para la rebeldía.

Asimismo, en la mitología griega, Psique y Eros son felices. Las hermanas mayores de Psique observan aquella dicha y hacen un plan para acabar con su felicidad. La protagonista del cuento “El hombre de la piel de oso”<sup>25</sup>, cuento de los hermanos Grimm, sufre las burlas de sus hermanas, quienes luego se suicidan ante la inminente dicha que aguarda a su hermana. El protagonista de “El pájaro de oro”<sup>26</sup>, otro cuento de Jacobo y Wilhelm Grimm, es engañado por sus hermanos, quienes se quedan con todos sus méritos. Las hermanas de Cenicienta<sup>27</sup> intentan hacerse pasar por ella para usurpar su felicidad. Seth asesina a Osiris; Rómulo a Remo; Höör a

---

<sup>25</sup> [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-hombre-de-la-piel-de-oso--0/html/002b901a-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-hombre-de-la-piel-de-oso--0/html/002b901a-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html)

<sup>26</sup> [https://www.grimmstories.com/es/grimm\\_cuentos/el\\_pajaro\\_de\\_oro](https://www.grimmstories.com/es/grimm_cuentos/el_pajaro_de_oro)

<sup>27</sup> <https://arbolabc.com/cuentos-clasicos-infantiles/la-cenicienta>

Baldr, Huitzilopochtli desmiembra a Coyolxauhqui... Caín levanta la piedra y la deja caer contra Abel.

Esta rivalidad entre personajes se debe a ese sentimiento llamado envidia —o, por lo menos, suele ser lo común—. Desde la psicología, nos dice Montelongo (2018), “se afirma que esta es «un eco de los sentimientos de inferioridad y rivalidad sufridos por el niño en su desarrollo psicológico, con padres, hermanos y otras figuras significativas»”. Cuando no se supera ese sentimiento de inferioridad, aparece la envidia como un método de defensa: “se odia a otro para no sentir odio contra uno mismo”, afirma Montelongo. Los cuentos y los mitos no hacen más que revelar esos sentimientos de rivalidad fraterna surgidos en los primeros años de vida que son un reflejo de la vida real. Cuando el objeto de envidia es un ser amado, la conciencia se llena de culpa y, ante este conflicto, el ser humano hace lo posible por convencerse de que esa persona hacia quien profesa amor no es buena, justificando así la culpa, pues le es más fácil odiar al otro que a sí mismo. El mecanismo, así activado, entonces proyecta el sentimiento en el otro afirmando que es él quien envidia para no aceptar en sí mismo tales afecciones.

Con frecuencia, tal envidia lleva al odio —esa sensación que aparece al sentirnos maltratados o humillados— puesto que resulta más admisible sentir desprecio al creer que hemos sido ofendidos que sentir envidia y aceptar que le deseamos el mal a alguien que deberíamos amar.

En los mitos, la envidia surge cuando un personaje percibe que otro posee algo valioso —belleza, poder, amor divino, estatus, etc.— que él mismo desea pero que no puede obtener. De este modo, la envidia se presenta como el motor del conflicto. Según Montelongo (2018), este

sentimiento genera culpa, pues el objeto de envidia suele ser alguien cercano o amado. Para lidiar con esta contradicción, el envidioso proyecta sus propios sentimientos en el otro y justifica así su hostilidad. Un ejemplo claro es el de Caín, quien envidia la preferencia de Dios por Abel. En lugar de reconocer su propio resentimiento, lo extenaliza y convierte a su hermano en el problema. Para “resolver” la injusticia percibida, opta por eliminar a la fuente de su dolor, asesinándolo.

En la mitología, la envidia extrema no solo genera odio, sino que conduce a la aniquilación del otro. La existencia del envidiado se convierte en un recordatorio constante de la propia insuficiencia, lo que lleva al envidioso a buscar su eliminación como una forma de restaurar el equilibrio. Así, el asesinato se presenta como una solución distorsionada a la envidia, reforzando la creencia de que la violencia está justificada cuando se siente vulnerado el propio valor. En muchos relatos, la eliminación del rival es interpretada como un acto de poder que legitima la acción del envidioso.

Sin embargo, la envidia que impulsa al asesinato no solo destruye al envidiado, sino que también condena al envidioso a un destino trágico. La culpa del acto lo persigue, convirtiéndolo en su castigo. Caín es condenado a vagar, llevando consigo la marca de su crimen. De este modo, los mitos enseñan que el asesinato no soluciona el problema, sino que lo perpetúa.

En conclusión, la envidia mitológica lleva al asesinato porque el envidioso no soporta la existencia del otro. Sin embargo, la eliminación del rival no disipa el sufrimiento, sino que, con frecuencia, destruye también al agresor. Así, los mitos revelan que la envidia mal gestionada es una fuerza autodestructiva, que convierte al envidioso en víctima de su propia ira.

## Marco Creativo

### El báratro es aquí y ahora

Todo hombre vive un infierno, aceptado o negado, nítido o borroso. Yo he sido testigo de algunos abismos y soy consciente protagonista del propio y es partiendo de ese grito·abismo·espejo desde donde escribo.

Según Roland Barthes<sup>28</sup>, la escritura se sitúa en un espacio intermedio entre la lengua y el estilo. Desde su perspectiva, la lengua representa un repertorio cultural heredado<sup>29</sup>, una tradición no elegida, mientras que el estilo abarca los aspectos más personales, como imágenes y léxico, que provienen del pasado del escritor, formando una especie de mitología secreta que parece ser una imposición biológica<sup>30</sup>. Este espacio permite al escritor decidir sobre su propio horizonte discursivo, ejerciendo una libertad condicionada pero esencial para cualquier proyecto literario. Barthes sostiene que la escritura es la posición que un escritor adopta en relación con la historia y las convenciones, un acto consciente y responsable que está determinado por los límites ideológicos de su época.

---

<sup>28</sup> Véase. Barthes, R., (2005). *El grado cero de la escritura*. Madrid: Siglo XXI. 247 pp.

<sup>29</sup> Barthes sostiene que la lengua es un sistema de signos que el escritor recibe de manera pasiva ya que: a) no es creada por él, sino que pertenece a una comunidad lingüística; b) es un producto cultural e histórico, moldeado por generaciones anteriores, y c) define el marco dentro del cual un escritor puede expresarse, pero no refleja su individualidad. Ejemplo: un escritor del siglo XX usa la lengua francesa como sistema heredado, con sus normas gramaticales y su historia de significados. No puede inventar una nueva lengua, solo trabajar dentro de la que ya existe.

<sup>30</sup> Para Barthes, el estilo es algo mucho más personal y orgánico que la lengua, ya que: a) proviene del pasado del escritor, de sus experiencias, de su cuerpo, de sus emociones; b) es una expresión inconsciente y espontánea, no elegida de manera deliberada, y c) se manifiesta en la estructura de las frases, el ritmo, las imágenes, la musicalidad del lenguaje. Ahora bien, ¿por qué es una imposición biológica? Porque no se adquiere culturalmente, como la lengua, sino que surge del temperamento, la sensibilidad y hasta la biología del escritor. Y porque es tan natural y profunda que el propio escritor no puede evitar su estilo, es como si estuviera “inscrito en su sangre”.

Comencé a escribir con plena conciencia de ello cuando ya no era un hombre joven y mi madre, quien desde niño acució mis lecturas y mi creatividad, ya no podía ser testigo de ello. Mi padre, quien difícilmente otorgaba un aplauso en público, pudo leer —pocos meses antes de soltar su propia inmensidad y entregarse a la muerte— mi primer poemario y conceder un débil elogio. Se me ha hecho un poco tarde, quizá, pero aquí estoy, abrazando mi vacío para darle sentido o acaso para comprenderlo mejor. Escribo para reflejar lo que vivo.

Escribo en la búsqueda de los otros, en un escrutinio para encontrar la manera de revelarme a través de un personaje, y para hablar a aquellos a quienes amo; para también romper la frontera y conversar con los muertos para contarles las cosas que han ocurrido en su ausencia; para perseguir a los que no existen más que en el ingenio; escribo desde la intuición, para liberar el alma de las llamas que me calcinan. Escribo reflejando lo que anhelo.

Mi escritura es la heredera de mis aflicciones, anhelos, creatividad, conocimiento, beneficiaria de mis odios y mis amores. Nace para otorgarle un fugaz respiro al espíritu. Escribo reflejando lo que siento. Cuando narro, experimento la vida y esta toma sentido, porque escribo sobre lo que me ocupa y siempre rastreo la manera de conjurar el desconsuelo a través del oficio de escribir, la inspiración y el olfato. Cuando escribo revelo lo que pienso.

Las lecturas sostenidas y reiteradas que he hecho a lo largo de mi vida y durante mi formación académica me dieron un norte qué seguir; sin embargo, mi narrativa estaba inserta en una categoría generalizada. No fue sino hasta que llevé los cursos de novela II, III y IV con la doctora Carmen Ros que comprendí que no hay que forzar la escritura de una novela, sino ir construyendo una historia íntima, tomada del entorno cercano y apoyada en la literatura existente y en la teoría literaria. En lo que se refiere a escribir desde mi entorno cercano, desde mi realidad

acutal el poeta Xhevdet Bajraj me dijo lo siguiente: “Basta con expresar tu día a día, con las palabras y expresiones que utilizas cotidianamente”.

Después, da inicio el proceso de desbastar, pulir, tallar y engarzar

Y así, atravesando este proceso de reconocimiento del abismo, memorias, imaginación, creación, inspiración y conjuro, más el trabajo intelectual de pulimento, es que nació *Un traje negro*, la novela motivo de este trabajo recepcional. Voy a hablar ahora de las proximidades con otras obras literarias que exploran el mismo tema.

### **La estirpe de mi novela**

La raíz de mi novela *Un traje negro* se inserta, por su tema, principalmente en obras literarias que exploran el fratricidio, así como la complejidad de la condición humana y la lucha entre el bien y el mal. Tiene vecindades con algunas novelas cuya premisa no es el fratricidio, pero sí la muerte por venganza.

Siguiendo la estela de *Al este del Edén* (2002), la obra de John Steinbeck, mi novela se sumerge en los entresijos de las relaciones familiares y en las pasiones que impulsan a sus protagonistas. La trama de la novela de Steinbeck sigue la vida de dos familias: los Hamilton, quienes son una familia progresista que busca mejorar la comunidad, y los Trask, una familia disfuncional que tiene una larga historia de violencia y conflicto. El enfoque principal de la novela está puesto en dos de los hermanos Trask —Cal y Aron— y la tensión que surge entre ellos a medida que tratan de encontrar su lugar en el mundo. Mi novela se aproxima a la de Steinbeck en lo que toca a las relaciones fraternas: tal cercanía está patente en la envidia y los celos que siente Gabriel por Venado —similar a los que tiene Charles Trask por Adam Trask y, a

su vez, Caleb Trask, hijo de Adam, por su hermano Aron— y en las tradiciones con las que tiene que lidiar mi personaje Pablo, semejantes a aquellas que observan los Hamilton. La lectura de *Al este del Edén* me hizo volver sobre mi novela para realizarle mejoras. Los retratos que Steinbeck hace de las dos parejas de hermanos Trask son tan impecables, que me sentí obligado a volver a trabajar sobre los fratricidas Echávarri para enriquecerlos. El cariño absoluto de Jorge·Emilio por Pablo es una suerte de espejo de aquella adoración incondicional que siente Tom Hamilton por su hermana Dessie. Estudiar con atención la forma en la que Steinbeck representa dicha relación fue la base para fortalecer los puntos débiles en el idilio fraterno de los primos. La lectura de *Al este del Edén* marcó una pauta para refrescar mi novela en algunos pasajes que lo necesitaban.

Manuel Vicent, en su novela *Balada de Caín* (2012), también se erige como una referencia relevante. La novela del escritor español nos ofrece la vida ficticia del fratricida bíblico, narrada en primera persona, ubicada, en tiempos simultáneos, en las tierras desérticas del Génesis y el asfalto de Nueva York; trazando, así, una especie de puente que une estos dos universos tan disímiles. La temática general presenta diversas cuestiones, a saber: la marginación, la esperanza y el amor —manifestado este durante toda la obra desde diferentes perspectivas—. Al igual que en la novela de Vicent, *Un traje negro* se sumerge en la exploración de personajes complejos —la madre de los Echávarri, El Morocho, Marilina, por mencionar algunos— y en la dualidad inherente a la naturaleza humana, representada por Jorge·Emilio. *Un traje negro*, tal como *Balada de Caín*, busca capturar la esencia de la moralidad y la redención. Y no solamente son los personajes, sino también el entorno marginal en el que se desarrolla parte de la novela del escritor español fue de gran ayuda para robustecer el ambiente de degradación construido en la tercera parte de mi novela.

Andrea Camilleri ofrece, en *Autodefensa de Caín* (drama) (2021), una visión insólita y sorprendente del primer homicida de la historia. Se trata de un Caín partidario del concepto de elección y, por tanto, de la idea de responsabilidad de la que descienden las nociones de culpa y culpabilidad. Un Caín, en última instancia, que va más allá del arrepentimiento para tomar conciencia de que, sin el mal, el bien no existiría. Es un monólogo en el que su autor deja patente que Caín también tendría sus motivos para hacer lo que hizo, pero que nadie ha querido escucharlos hasta ahora. En *Un traje negro*, Pablo deja patente que el fratricidio que Gabriel comete contra su hermano Venado es un hecho que le impele a cometer, a su vez, el mismo acto contra Gabriel. Tal como el Caín de Camilleri, quien se justifica cuando dice que Abel le mostró el asesinato, Gabriel se justifica afirmando que fue Pablo el verdadero asesino de Venado a través de sus anhelos.

Pablo Echávarri y su primo Jorge·Emilio mantienen una relación codependiente: Jorge·Emilio es un compañero fiel de Pablo, amén de copartícipe y alcahuete de sus pendencias. Lo que él llama lealtad es, quizá, un inconsciente deseo de protección hacia su primo y un reflejo de su sentimiento de culpa. Esta relación fraterna y cómplice se asemeja a la de Lennie y George, personajes de la novela *De ratones y hombres*, de John Steinbeck, en la que se narra la historia de Lennie, un deficiente mental, y George, su compañero y ángel de la guarda; dos braceros al borde de la indigencia. Contratados en una granja regentada por un exboxeador, la insatisfecha esposa del patrón pone en serios aprietos a Lennie, quien la mata accidentalmente y huye al bosque. Horas después, George tiene que matar a Lennie para protegerlo de los demás peones, quienes lo buscan para asesinarlo por considerarlo un peligro. Un conmovedor canto a la amistad y sobre todo una novela intensa con unos diálogos impecables y perfectamente construida.

*Terrenal. Pequeño misterio ácrata* (drama) (2014), de Mauricio Kartun, es una obra ambientada en el margen del núcleo urbano en el que dos hermanos, Caín y Abel, se disputan un pobre terreno donde solo se producen pimientos morrones. Por un lado, está Abel, un vagabundo que se dedica a la pesca y venta de carnada y por el otro Caín, dedicado en cuerpo y alma a sus pimientos. La llegada del Tatita —una especie de figura paterna— provocará los celos asesinos de Caín hacia Abel. Dos hermanos siempre en pelea que comparten un mismo terreno dividido al medio, al que nunca podrán volver morada común. La misteriosa aparición de Tatita, el abuelo folclorista que los abandonó años atrás en ese edén, completa los pasos del relato bíblico: el del primer asesinato, el del triunfo del hacer sobre el ser, del propietario sobre el desposeído. El de la condena. Mi novela tiene semejanza con *Terrenal* por esos celos asesinos que también siente Gabriel hacia su hermano Venado.

En *Caín* (2009), José Saramago nos presenta a Caín condenado a vagar eternamente como castigo por haber asesinado a su hermano Abel, quien aparece como un personaje engreído, malicioso y mezquino frente a Caín, quien es una simple víctima. Con la muerte de Abel a manos de Caín, Saramago plantea una cuestión compleja: la omnisciencia de Dios como un atributo en violenta contradicción con el libre albedrío del ser humano. Dicho con otras palabras, Caín fue libre para matar a Abel, pero Dios debía saber de antemano que su preferencia por Abel y su desprecio hacia Caín desencadenaría la muerte del primero. Es por eso que Caín insiste en que Dios ha colaborado en la muerte de Abel, en que ha sido el «autor intelectual» del crimen. Si tomo en cuenta esta autoría intelectual de Dios en el crimen que comete Caín, puedo signar el acercamiento de *Un traje negro* señalando que hay cierta similitud en ese sentido,

puesto que Gabriel afirma recibir órdenes de un ídolo de piedra para justificar sus abusos. La estatuilla resulta, así, en una suerte de autor intelectual de los atropellos y el crimen de Gabriel.

En su novela *En el camino* (2006), Jack Kerouac narra los viajes por carretera de Dean Moriarty y Sal Paradise, en una vorágine de alcohol, marihuana, éxtasis, orgías, amores no correspondidos y, sobre todo, angustia y desolación. En esta crónica de viajes puedo ver reflejado a Pablo Echávarri, el protagonista de mi novela, y a su primo Jorge Emilio en su recorrido para encontrar a Gabriel, sumergidos en un torbellino de pasiones, con los sentidos alterados.

En *Anatomía de Caín* (2010), de Cristina Cerrada, dos hermanos, separados tras un accidente, se reencuentran después de varios años. Abel es un poeta y exitoso presentador, con una vida feliz y acomodada. Caín es vigilante en un almacén y es un escritor frustrado. El reencuentro abre viejas heridas y desencadena traición, envidia, celos y deseo. Ahonda en las bajas pasiones de los personajes. Tiene vecindad con *Un traje negro* en el tratamiento temas como la envidia, los celos y el desasosiego. El acento en los conflictos del pasado está puesto en la cuarta parte de mi novela, en el encuentro de Pablo con su primo Andrés.

*Libro de Caín* (1992), de Victoriano Crémer. En esta novela, Crémer renueva el mito de Caín en una forma peculiar, presentándolo como el incomprendido, el inadaptado, el bueno y penetra a las profundidades de las pasiones humanas y sus móviles. En *Un traje negro* no presento a un fratricida explícitamente bueno; sin embargo, en los capítulos finales, Gabriel Echávarri se presenta a sí mismo con una imagen distinta a la del asesino a sangre fría que su hermano se ha empeñado en construir.

*Un dulce olor a muerte* (1994), de Guillermo Arriaga Jordán, es un retrato del mundo rural mexicano, gobernado por la violencia, la corrupción y el miedo; hay machismo, racismo, venganza, sangre, sudor y sexo, aunado a la presencia constante de la muerte. *Un traje negro* se apoya constantemente en los mismos *leitmotiv* y, en ese sentido, se acerca a la novela de Arriaga Jordán. Otro rasgo de cercanía entre mi novela y la de Arriaga Jordán es la venganza: *Un dulce olor a muerte* es la historia de una joven asesinada y Ramón, a quien la gente señala como su novio, aunque apenas la conoce, y termina destinado a vengar su muerte. En *Un traje negro*, Pablo está convencido de que matar a su hermano Gabriel es el único desagravio posible. El lenguaje utilizado por Arriaga Jordán en su novela es familiar, se siente cercano y natural; es ejemplo de una escritura cuya función no se limita a comunicar, sino que expresa y sitúa la historia. En *Un traje negro* tengo la misma intención: señalar algo distinto de su contenido y su forma individual a través de la problemática del lenguaje.

Así, al explorar la profundidad psicológica y la riqueza temática presentes en estas obras, *Un traje negro* se inscribe en la tradición de la literatura que arriba menciono, novelas y obras teatrales que exploran la rivalidad entre hermanos hasta el asesinato. A través de una narrativa semejante, mi novela busca tejer una historia que resuene con la universalidad de las experiencias humanas, explorando la luz y la oscuridad que coexisten en el corazón de los hermanos Echávarri y su proclividad por el fratricidio.

### **Cómo escribí *Un traje negro***

*Un traje negro* fue primero un cuento que nació en la clase Cuento IV, en la UACM, impartida por la maestra Karla Montalvo. Este cuento primigenio se multiplicó, con el paso de los meses, en una serie de cuentos escritos desde distintos narradores, con diferentes estructuras, pero que

tenían el mismo eje transversal. Luego tomó forma en un poema y este poema se volvió un poemario. Cuentos y poemas no fueron suficientes para expresar lo que tenía que decir sobre el fratricidio cometido contra Venado Echávarri y se quedaron guardados. Es en la clase Novela II, impartida por la dra. Carmen Ros cuando los hermanos Echávarri decidieron irrumpir en mi quehacer literario y se me impusieron como mi siguiente proyecto. Cada día venían a mí nuevas ideas, escenas y personajes que, a través del tiempo, durante los cursos Novela II, III y IV, se fueron amalgamando para dar forma a la novela que hoy es una realidad. Tomé todos estos elementos, comencé a escribir un primer borrador y, a la par, comencé la lectura y el estudio de obras relevantes —y otras que no lo son tanto— para hallar vecindades y descubrir formas hasta ahora inimaginadas. Esta tarea tuvo una relevancia especial durante la etapa de pulimento de *Un traje negro*, ya que se convirtió en un tesoro invaluable que se ha conformado en una herramienta imprescindible mientras escribo.

La etapa de la investigación sobre los temas y situaciones que deseaba reflejar, y sobre los ya plasmados, llegar a la esencia, para comprender y aprehender plenamente aquello que deseaba expresar, resultó esclarecedor y muy emocionante.

Estudiar cuidadosamente las posibilidades para seleccionar y plasmar la palabra precisa ha sido un propósito de mi escritura para formar un lenguaje autosuficiente que se hunda en mi forma de pensar y la empuje hacia la superficie.

Decidir el tiempo verbal y el narrador fue, en el proceso de construcción de *Un traje negro*, otra cuestión difícil de resolver, dada su importancia. Dice Barthes<sup>31</sup>, que el pretérito

---

<sup>31</sup> Barthes, R., (2005). *El grado cero de la escritura*. Madrid: Siglo XXI. 247 pp 26-30.

perfecto simple es la piedra angular del relato, que es el instrumento ideal de todas las construcciones de universos: presente en las cosmogonías, los mitos, las historias y las novelas. También considera muy importante, en la novela, la tercera persona. Afirma que, por lo menos en occidente, la tercera persona, al igual que el pretérito perfecto simple, señalan y realizan el hecho novelístico y dan al lector la seguridad de una fabulación creíble.

Sin embargo, en la búsqueda de un estilo propio, decidí, en *Un traje negro*, explorar otros derroteros y utilizar diferentes tiempos verbales y distintos narradores. Estoy convencido de que la forma es tan valiosa como el fondo y que, entre ellos, hay espacio para individualizarse como escritor porque, claramente, es en ese punto donde uno se compromete. El estilo es el producto de un esfuerzo continuado, es la manifestación de la postura personal, la «cosa» del escritor, su prisión y su libertad. Es ese territorio privado del ritual de la creación que emerge de la mente y se desdobra en un proceso de orden germinativo.

### **¿Cuál fue el impacto de este trabajo en mi novela *Un traje negro*?**

A lo largo de este trabajo expuse que el fratricidio es un delito que ha ocurrido innumerables veces en la historia. Asimismo, los mitos de diferentes culturas también recogen este hecho que perturba la paz, que desgarrar y destroza. En el transcurso de la investigación que realicé para elaborar esta poética, identifiqué cuestiones de fondo que me obligaron a realizar ciertas modificaciones en beneficio de la historia de los Echávarri.

La creación de una novela es un proceso complejo que se nutre no solo oficio y la intuición del escritor, sino también de su bagaje literario, sus experiencias personales y todo aquello que, de algún modo, influya en la trama. En mi novela, el mito de Caín y Abel desempeña un papel fundamental.

Conforme fui apreciando la visión que los autores estudiados tienen sobre el fratricidio, los mitos, los símbolos, los arquetipos y la envidia, mi perspectiva experimentó un cambio que me permitió detectar aspectos que se hizo necesario modificar o reforzar. El proceso de investigación me evocó experiencias que consideré indispensable incluir para enriquecer la novela, de modo que la trama tejida resultara más atractiva y el lector encontrara en ella, de manera más evidente, la reinterpretación del mito.

La exploración sobre el fratricidio, abordado por numerosos autores con datos e ideas tan diversas y hasta divergentes, me facilitó la tarea de consolidar los puntos fuertes de la novela e inspiró en mí nuevas ideas que influyeron en la historia, enriqueciéndola con capas de significado más profundas. Aunque resulta difícil medir con precisión el resultado, puedo afirmar con certeza que el impacto fue profundo y significativo.

La historia nos ha demostrado que es innegable que las relaciones entre hermanos son naturalmente complejas; entre ellos circula un cúmulo de emociones, situaciones, desencuentros y carencias que impregnan la vida diaria de una familia. En una línea continua de privación, carencia afectiva, resentimientos que van de sur a norte, sentimientos de culpa e incluso procesos de intelectualización, las relaciones fraternas pueden transitar desde el afecto íntimo, donde se promete, y frecuentemente se cumple, la protección incondicional, hasta una rivalidad de enemigos encarnizados en la que no solo se experimenta odio por el otro, sino que también se le desampara.

En mi novela *Un traje negro* ese odio por el otro adquiere tal impulso que deviene en el fratricidio cometido por Gabriel<sup>32</sup> contra Venado<sup>33</sup>, el crimen detona la acción y el deseo de venganza de Pablo, el gemelo de Venado.

De manera similar a la narración de la historia del primer fratricida conocido, Gabriel mata a su hermano impulsado por un arrebato, sin premeditar en absoluto el homicidio. Gabriel está habitado por la envidia y, en un acceso que algo tiene de esquizofrénico, hace su última ofrenda a un ídolo de piedra, convirtiendo a su hermano menor en una víctima propiciatoria<sup>34</sup>. Después de cometer el crimen, huye, en un acto de autosacrificio, para sobrellevar la culpa.

Tras el crimen, Pablo, el gemelo de Venado, alberga un creciente deseo de venganza que se desarrolla a lo largo de dos décadas y culmina con el asesinato de su hermano Gabriel. Luego realiza un oscuro rito sacrificial para ofrecer el cuerpo de su hermano. Como se puede apreciar, hay una variante del mito en mi novela, ya que en ella se comete un doble fratricidio: el perpetrado por Gabriel contra Venado y el que consume Pablo contra Gabriel.

A pesar de haber explorado otros mitos que abordan el asesinato entre hermanos en esta investigación, el de Abel y Caín es el que mejor se relaciona con mis personajes debido a la similitud en la ejecución del crimen, así como las repercusiones de este y las circunstancias que rodean a los hermanos Echávarri.

---

<sup>32</sup> Nombre que tiene diversos significados, entre ellos fuerza de Dios. El arcángel Gabriel es el anunciador del juicio y es poseedor de un gran poder destructor, es muy poderoso.

<sup>33</sup> Simboliza el sacrificio, la inocencia, la dulzura, la sensibilidad y la renovación.

<sup>34</sup> La víctima propiciatoria es aquella que se elige como símbolo de castigo definitivo; es la víctima de un sacrificio efectuado para ser propicio, es decir, para obtener el favor de una divinidad. Se llama víctima propiciatoria al animal sacrificado para aplacar la justicia divina o para tener propicios a los dioses.

A partir de las lecturas realizadas para esta investigación y para comprender la relación de los Echávarri con sus padres, revisé de manera tangencial la obra *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, de Santiago Ramírez, quien, en su capítulo III “La organización familiar”, dice que los mexicanos vivimos en una cultura en la que lo fundamental ha sido la relación con la madre y que el padre es anhelado porque está ausente.

Gabriel sufre por la falta de esos afectos, por eso es violento con los más débiles; cree fervientemente en un ídolo de piedra y anhela que sea verdadero. Por consiguiente, evade la verdad que obstaculiza sus esperanzas, permitiendo que penetre y corrompa su entendimiento. Una vez que ha nutrido su mente con la existencia y el mandato del ídolo, ajusta todo lo demás para que concuerde con esta visión y la respalde.

La novela *Un traje negro* explora la rivalidad, la culpa y la búsqueda de redención, adaptándolos a preocupaciones contemporáneas. Por ejemplo, la disfunción familiar de los Echávarri, signada por los problemas de comunicación que persisten bajo una fachada de unidad aparente, la ausencia habitual del padre, la locura de las tías —y sus resentimientos—, y la lucha contra la depresión crónica de la madre.

La historia se centra en la violencia y sus consecuencias, tal como ocurre en el mito bíblico y en las sociedades modernas, con sus implicaciones emocionales y morales, además aborda el proceso de búsqueda de justicia y perdón.

La envidia también hace acto de presencia en la vida de Gabriel y Pablo, pulsa entre ellos y envenena su sangre hasta el punto de empujarles a cometer, cada uno, un fratricidio. Así,

representan el mito judeo-cristiano en un pueblo profundamente arraigado en las tradiciones religiosas.

Aunque mi novela no aborda directamente temas de religión, explora diversas espiritualidades que entran en conflicto a pesar de los esfuerzos por encontrar un entendimiento. La narrativa también se sumerge en las emociones y la moralidad en un mundo cada vez más complejo, donde Pablo se debate en la incertidumbre sobre lo que es correcto en una sociedad con valores y normas fluidos y cambiantes.

Gabriel no solo se convierte en el objetivo de Pablo, sino también en un modelo a seguir para él. Inconscientemente, Pablo reproduce el comportamiento rebelde y agresivo de Gabriel durante las dos décadas que le lleva encontrarlo y cumplir su deseo. Así, Gabriel representa, al igual que Caín, un arquetipo de la rebeldía, el sacrificio y la violencia y, sin advertirlo, Pablo también encarna este arquetipo.

La deidad presente en mi novela acepta las ofrendas que Gabriel le hace cada verano y no solo no lo castiga por asesinar a su hermano menor, sino que le exige oblaciones. Inmediatamente después de la muerte de Venado, esta deidad le insta a huir, *Sálvate*, le ordena, condenándolo indirectamente al destierro. El ídolo reaparece al final, cuando Pablo le ofrenda al propio Gabriel, luego de asesinarlo con lujo de violencia. Pablo sigue el patrón que le impuso su hermano mayor al matar a Venado, haciendo eco de lo que la versión árabe de la historia de Abel y Caín contempla como una posibilidad: “También fue dicho que lo mató golpeándolo en la cabeza con una roca mientras dormía. También fue dicho que lo estranguló hasta matarlo y lo golpeó como si fuera una bestia” (Sura 5:28).

Como Caín, Gabriel toma una decisión que altera su destino. La rivalidad con sus hermanos menores pierde proporción, la violencia ejercida hacia sus primos para lidiar con el aburrimiento y el desapego de sus padres se convierte, verano tras verano, en un odio hacia sí mismo que proyecta irracionalmente en Venado cuando este lo descubre teniendo relaciones sexuales con su prima Chángeles. Luego la culpa y el deseo de redención lo dominan, pero ya ha engendrado en Pablo una ira más cegadora que la suya, condenándolo a convertirse en el siguiente fratricida.

Pablo, al igual que su hermano, carece de un padre que le brinde estructura y busca en aspectos externos todo aquello que no ha incorporado a su interioridad. Por eso, hace alarde de una hombría exagerada de la cual carece. Emplea su dinero y recursos en objetos y diversiones estereotipadas como masculinas. Por eso es aficionado a los cabarets, los autos de lujo, la ropa exclusiva, el alcohol y las drogas. Todos estos elementos son atuendos externos de los cuales depende para calmar su inseguridad masculina y el miedo, inconfesable, a cumplir su destino. Por eso, Pablo convive con hombres intoxicados y prostitutas. La elusión de afectos tiernos, de llanto y de trato cordial con la mujer, le hacen alucinar que lleva dentro de sí mismo “mucho hombre” y le ayudan a sobrellevar la pesada carga emocional que Gabriel le impuso, Por eso, aunque no lo asuma, Pablo siente horror por tener que matar al hermano a quien, a pesar de repetirse constantemente que odia, en realidad ama tanto como a Venado.

Pablo, sujeto a una larga dependencia de sus atavíos, busca con vehemencia el amor. En esa búsqueda aprende una fórmula específica a través de la cual cree encontrarlo y logra establecer un mecanismo defensivo entre sus demandas instintivas y la complacencia de estas en una compulsión que le impide identificar su origen. Esta respuesta surge ante el recuerdo de la

tragedia vivida que le impulsa a repetir, una y otra vez, una conducta destructiva para quienes le rodean y para sí mismo. Pablo repite para no recordar y, al repetir, refuerza el recuerdo en un huracán emocional que no le permite encontrar la paz.

Así como Caín sufre por la falta de reconocimiento de Dios, quien aparentemente prefiere a Abel, Gabriel padece la falta de atención de sus padres a raíz del nacimiento de los gemelos. La sordera con la que nació Venado provoca que su madre vuelque todas sus atenciones sobre él y olvide un poco a sus otros hijos; el padre simplemente se ausenta. La envidia habita al adolescente que anhela afecto y atención y deviene en odio por su hermano, al que llama “Pinche sordo endiablado”. La indigestión anímica que le produce la atención de su ahora mala madre al pequeño, se arraiga en él y se intensifica hasta el punto en que, cegado por los celos y la envidia, aprovecha la ocasión que se le presenta y mata al pequeño.

Todas las lecturas realizadas para la elaboración de este trabajo me ayudaron a identificar lo que ya estaba presente en mi novela. Pude apreciar con claridad la forma en que estoy actualizando el mito y esto me llevó a afinar detalles con mayor precisión, como palabras, personajes y símbolos. Estos revelaron capas semiocultas de la novela, que enriquecerán la experiencia del lector y transmitirán significados más profundos.

Numerosos elementos abordados aquí están íntimamente ligados al núcleo temático de la novela y sus personajes. Tomar conciencia de esta conexión me permitió analizarlos desde una óptica distinta y llevar a cabo ajustes que incidieron en la estética global de la obra, otorgándole una dimensión emocional más profunda. De esta manera, el lector podrá percibir con más claridad las desfiguraciones identitarias fundamentales en cada personaje con respecto a otros, derivadas de la manera en la que externalizan sus necesidades básicas, aprehendidas en sus

respectivos orígenes, incorporadas y reformuladas, sometidos a ellas, repetidas una y otra vez en forma estereotipada<sup>35</sup>, en un esfuerzo por sobrellevar la sensación de “ser diferente”.

Los personajes de esta novela, en un afán por no ser víctimas de la dolencia y el sufrimiento, se enfrentan a la decisión de tomar uno de dos senderos: negar, asidos a una miopía peculiar, esa diferencia, o agarrar el toro por los cuernos, cerrar el abismo de divergencia, sentir orgullo e incluso soberbia como consecuencia de esa desigualdad y, por ende, tomar acciones para no permitir la discriminación y el abuso.

Una importante mayoría de los personajes de esta novela es consciente de la raíz de su dolor y se encara con él y sus secuelas en una lucha encarnizada por sobrevivir. Sus objetivos espirituales se vuelven más importantes que sus necesidades materiales; la búsqueda de afecto se convierte en su máxima prioridad, aunque, para conseguirlo, a veces tengan que enfrentar lluvia, frío, hambre, abuso, enfermedad y sufrimiento. Saben a quién le deben la vida y alguno, incluso, a quien le debe la muerte.

La ausencia del rebozo tierno y cálido de la madre marca un vacío en sus vidas, privándolos también de la satisfacción de sus necesidades más fundamentales. En la búsqueda de un sustituto para esa conexión con la madre se enfrentan con situaciones traumáticas y trágicas que dejarán huellas significativas en sus vidas. Pasan del mundo cálido del regazo materno a un ambiente hostil, “entran” en la calle, donde la lucha por la supervivencia se vuelve imperativa.

---

<sup>35</sup> Los estereotipos son un conjunto de creencias sobre los atributos asignados a un determinado grupo. Estereotipos es asignar características idénticas a cualquier persona de un grupo, sin considerar las variaciones que se dan entre los miembros de dicho grupo. Los estereotipos se corresponden, en cierta medida, con la realidad, pero tienden a exagerarla. Son estructuras cognitivas que incluyen creencias, sentimientos y expectativas acerca de distintos grupos sociales. Para un estudio completo del estereotipo consultar Allport, G. (1962). *La naturaleza del prejuicio*. Eudeba.

En ese contexto, cualquier duda acerca de su valía, de su calidad humana, será una afrenta terrible y profunda, obligándoles a actuar en consecuencia, aunque, para ello, deban verse como seres feroces y crueles.

## Conclusiones

A manera de cierre de esta investigación puedo decir que uno de los temas principales es el fratricidio en la literatura. Para demostrar tal afirmación presenté una serie de apartados dirigidos a esclarecer el concepto fratricidio, la mitología y las religiones y sus manifestaciones en la historia, así como los sentimientos y emociones que le acompañan. Asimismo, estudié las vecindades de mi novela con obras literarias que abordan el fratricidio y presenté mis observaciones.

Lo primordial fue definir el fratricidio: “Asesinato de un hermano”, según su etimología; “Homicidio en relación de parentesco o relación”, según el código penal federal; “La muerte del hermano que comienza siendo tu par y termina como tu antítesis”, dice Freud.

Para desarrollar el concepto, realicé, en primera instancia, una investigación sobre los casos de fratricidios en la historia, entre los que destacan: el cometido por Caracalla contra Geta, el de Cambises II en contra de Bardija, la legalización del fratricidio ordenada por el otomano Mehmed II, para conservar el poder; entre los mogoles, Shah Jahan hizo matar a sus dos hermanos y, a su vez, el hijo de este, Dara Shikoh, fue asesinado por su hermano.

En el siguiente apartado presenté el fratricidio desde los mitos, que designan, según Mircea Eliade, “una historia verdadera [...] sagrada, ejemplar y significativa” y, para ejemplificar sobre lo que significa matar a aquel a quien deberíamos proteger, hablé sobre: Seth, quien mata a Osiris por celos y envidia; Rómulo y Remo, quienes representan el mito fundacional; Karna y Arjuna, quienes muestran el fratricidio por venganza, y Coyolxauhqui, convertida en la responsable de la muerte de su hermano Huitzilopochtli en nombre del honor.

Abel y Caín fueron un pilar importante de esta investigación al representar no solo un mito, sino también uno de los vínculos más importantes entre el fratricidio y la religión, por lo menos en las religiones abrahámicas. Dicho mito sobre el fratricidio es importante en este trabajo de investigación, porque mi novela, *Un traje negro*, tiene como eje central la actualización del mito de Abel y Caín:

Caín, el desterrado, el arquetipo de la rebeldía, el maldito, el vinculado con la sangre y el sacrificio está representado en mi novela por ambos hermanos Echávarri, al presentar un doble fratricidio.

También hablé de la envidia, sentimiento del que adolece Caín, junto con la rabia y el dolor, y desencadena su violencia contra Abel. Asimismo, Psique sufre la envidia de sus hermanas, Seth asesina a Osiris, Gabriel levanta la piedra y la deja caer contra Venado, Pablo hace lo propio contra Gabriel. Los mitos y la literatura revelan esos sentimientos de rivalidad entre hermanos, que devienen en culpa.

En lo que toca al marco creativo, las novelas estudiadas me proveyeron de significativos hallazgos con los cuales me aprovisioné de seguridad sobre lo escrito en mi novela, al encontrar similitudes en algunas obras: las relaciones fraternas encontradas en *Al este del Edén*. El entorno marginal y el manejo de tiempos narrativos alternados y diferentes puntos de vista que presenta *Balada de Caín*. El concepto de elección desarrollado en *Autodefensa de Caín*. El amor fraterno y solidario de George por Lennie en *De ratones y hombres*. El torbellino de drogas, angustia y desolación que presenta Kerouac en su novela *En el camino*. Y la presencia constante de la muerte, la sangre y la venganza de *Un dulce olor a muerte*.

*Un traje Negro* se inscribe en esta tradición novelística de muerte y violencia. Escrita desde diversos puntos de vista y contada en diferentes tiempos narrativos, presenta un tejido de historias paralelas que terminan confluyendo con la historia principal y la refuerzan. Durante el proceso de lectura de las novelas que tocan los mismos temas reforcé pasajes, en la mía, que se mostraban débiles, sobre todo aquellos que representaban un desafío.

Ahondar en la investigación sobre el fratricidio y construir una poética fue un duro proceso, pero muy enriquecedor y, sobre todo, crucial para mejorar mi novela y comprender ampliamente la manera en la que actualizo el mito de Abel y Caín.

## Referencias

- Anónimo. (s/f). *La biblia de Jerusalén*. <https://www.bibliacatolica.com.br/la-biblia-de-jerusalen/genesis/4/>
- Arriaga Jordan, G. (1994). *Un dulce olor a muerte*. México: Planeta. 166 pp.
- Bacon, F. (1985). *La gran restauración. Aforismos sobre la interpretación de la naturaleza y el reino humano*. Alianza Ed.
- Bruni, L. (2014). *Una pregunta recorre la historia: ¿Dónde está tu hermano?* [Archivo PDF]. <https://www.luiginobruni.it/es/cb-alv/todos-somos-herederos-de-abel.html>
- Caballero Calderón, E., (1969). *Caín*. Barcelona: Destino. 240 pp.
- Camilleri, A., (2021). *Autodefensa de Caín*. Madrid: Altamarea. 72 pp.
- Campbell, J. (1988). *El poder del mito*. EMECE.
- Campbell, J., (2001). *El héroe de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Económica. 259 pp.
- Caso, A., (1953) *El pueblo del sol*, Fondo de Cultura Económica.
- Cerrada, C., (2010). *Anatomía de Caín*. Madrid: Baladi. 205 pp.
- Código Penal Del Estado de Coahuila, art. 355. *Homicidio en razón del parentesco o relación*.  
s/f.[documentoPDF].[https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/48375/HOMICIDIO\\_POR\\_PARENTESCO.pdf](https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/48375/HOMICIDIO_POR_PARENTESCO.pdf)

Código Penal Federal, art. 323. *Homicidio en razón del parentesco o relación*. s/f. [documento PDF].[https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/48375/HOMICIDIO\\_POR\\_PARENTESCO.pdf](https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/48375/HOMICIDIO_POR_PARENTESCO.pdf)

Crémer, V., (1992). *Libro de Caín*. Madrid: Institución Fray Bernardino de Sahagún; Instituto Leonés de Cultura. 164 pp.

Eliade, M (1991). “La importancia del «mito vivo»” en *Mito y realidad*. GERSA.

Etimologías de Chile (20 de junio de 2023). *Fratricidio*.

<https://etimologias.dechile.net/?fratricidio>

Freud, S. (2011). *Tótem y Tabú*. Alianza Editorial.

Fujigaki, E., (2020) *Mitos, mitología y arquetipos en la literatura*, curso de la lic. en Creación Literaria. México: UACM.

Hmong.es. (s/f). *Fratricidio*. <https://hmong.es/wiki/Fratricide>

Jung, K. (1970). *Arquetipo e inconsciente colectivo*. Paidós.

Kartun, M., (2014). *Terrenal, pequeño misterio ácrata*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Atuel. 96 pp.

Kazir, I. Knowingallah.com (04/07/2012). *Caín y Abel (Hábil y Qabil), Los Hijos De Adán*.

<https://knowingallah.com/es/articulos/cain-y-abel-habil-y-qabil-los-hijos-de-adan/>

Kerouack, J., (2006). *En el camino*. Barcelona: Anagrama. 400 pp.

Limonche, S. (s/f). *Osiris, un mito fraternal*. Santi Limonche: historias y fantasía.

<https://www.santilimonche.com/glosario/osiris-un-mito-fraternal/>

Mandet E. (1995). *Adolescencia y sacrificio en el mito de Caín y Abel*. Monografía presentada en el seminario La repetición en la obra de Freud. Prof.: Dr. José Milmaniene. [archivo PDF]

Mármol, C. (31 de julio de 2019). *Matar a un hermano*. El Mundo.

<https://www.elmundo.es/andalucia/2019/07/31/5d408581fdddf4f568b465d.html>

Montelongo, A. (2018). *Fratricidio: cuentos, envidia e infancia*.

<https://revmorbifica.wordpress.com/2018/04/30/fratricidio-cuentos-envidia-e-infancia/>

Moscón, J. (2007). *¿Por qué Dios eligió a Abel?*. Revista Página 12, fragmento de “Fraternidad y diferencia”, en Psicoanálisis y el Hospital No. 32.

<https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-96414-2007-12-20.html>

Nájera, O. (2003). *Mitologías: Lilith y Caín ¿Rebeldes o revelaciones?* Razón y palabra., 10-11(35), 1-6. <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n35/onajera.html#12a>

Rizo Morales, P. (2019). *Lazos de sangre: un análisis psicológico en la Antígona de Sófocles*.

[Archivo PDF]. [https://www.eunsa.es/media/universidad\\_navarra/files/book-attachment-4015.pdf](https://www.eunsa.es/media/universidad_navarra/files/book-attachment-4015.pdf)

Sánchez Jiménez, F. (1987). “Violencia y fratricidio: una aproximación a la estructura del lenguaje mítico” en *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Málaga. [Archivo PDF].

Saramago, J., (2009). *Caín*. Madrid: Alfaguara. 189 pp.

Scrimieri Martín, R. (s/f). *Los mitos y Jung*. [Archivo PDF].

Steinbeck, J. (2002). *De ratones y hombres*. Edhasa.

Steinbeck, J., (2002). *Al este del Edén*. Barcelona: TUSQUETS EDITORES. 688 pp.

V. castellana de Julio Cortés (2005). *El sagrado Corán*. [ Documento PDF]

Vicent, M., (2012). *Balada de Caín*. Barcelona: Planeta. 192 pp.